

INMORTALES

por

John Tyrson

PROLOGO

*Cuando el ser humano decidió que debía buscar
la Verdad, definió y acotó tan bien lo que debía
encontrar, que solo halló retazos de ella...
y enormes vacíos. Y no entendió nada.*

John Tyrson

Estimado lector:

Mucho de lo que leerás será la más pura imaginación del autor. Pero atención, las prácticas que aquí se mencionan existen, y como lo verás al final, en el Apéndice, eran conocidas desde la antigüedad como un Arte. Y lo más importante: fueron realizadas en algún momento por grupos de personas en la época actual, hace tan solo unos pocos años. Y se realizan hoy día.

Algunos de los resultados obtenidos se relatan en esta novela...

Los personajes son ficticios, si, así como la organización que se menciona como Los Guardianes de Nicea. Pero alguno de ellos es real, aunque no pertenezca a esta coordenada de espacio tiempo.

En cuanto a los personajes históricos y lo que ellos dicen y vivieron, es una posibilidad... bastante más posible que lo que se toma como Verdad. Dicha posibilidad responde a la investigación, al razonamiento, a la meditación y al resultado concreto de las prácticas.

En cuanto a la Hermandad... todo indica que existe. Incluso muchos registros antiguos y actuales. En la forma en que se presenta acá no coincide con mi experiencia personal al respecto. Aunque sí parece ser la de otros. Tal vez la experiencia de esa vivencia sea individual, según el aprendizaje de cada uno...

¡Cuánta cosa!, ¿verdad?

Ahora es tu turno de reflexionar, de decidir y ¿por qué no?... de experimentar.

Tal vez encuentres a tu alma en el intento... y muchas cosas más.
Buen viaje

El Autor

CAPÍTULO 1

Al principio lo vio en penumbras, era una imagen borrosa, pero mucho más clara que las veces anteriores.

Vestía las mismas ropas, la misma túnica raída y que en un tiempo fue blanca. El mismo turbante deshilachado, que caía ladeado sobre su frente apretando una cabellera corta y sudorosa; los ojos brillantes, la barba descuidada y sucia, y los dientes amarillos que hoy sonreían con cierta... tristeza. Y las sandalias de cuero, incoloras por los mil polvos de caminos sin principio ni final.

Pero ahora podía ver claramente sus rasgos, algo que había sido imposible en el breve encuentro anterior. Y había un cambio.

Sí, algo había cambiado en su expresión. Sus ojos seguían siendo brillantes, pero su mirada había perdido aquella complicidad divertida que apenas había dejado ver en su visita anterior. Ahora parecía... ansioso...

No..., no era tan solo ansiedad: ¡lo que tenía era miedo!

El viajero miró en derredor.

Estaba en un claro en un bosque ralo. Era de noche. Hizo una seña vaga con la mano, un saludo tal vez.

-Te veo, amigo, te veo- le dijo el hombre y su voz sonó un tanto apagada en mi mente.

Lucía avejentado, representaba diez años más de los 37 o 39 que debería tener.

-¿Qué está pasando?- preguntó el viajero preocupado por la expresión del hombre.

-Amigo, veo el futuro otra vez.

-Pero eso...

Sonrió, con tristeza.

El viajero interrumpió lo que iba a decir. Además... no podía decir ni hacer mucho, así lo habían establecido.

Fue entonces que una terrible sospecha se asentó en la mente del viajero. Una sospecha que confirmaba todo el trabajo realizado. Una confirmación que había buscado denodadamente, con entusiasmo, con pasión. Y ahora que lo alcanzaba... La angustia lo invadió.

-¿Es... el momento?- se atrevió a decir casi en un susurro.

-Puede ser, lo sabré en unos instantes.

-Pero..., discúlpame... hay cosas que debo saber, que necesito saber. Tú lo sabes...

El hombre lo miró largamente. Sus ojos oscuros, brillantes, parecieron entrar en su alma.

-Puedes hacerlo cuando quieras, tan solo debes ajustar el momento. Ahora... todo se precipita.

-Pero, ¿por qué? ¡Puedes cambiarlo!

Le puso la mano en el hombro. El contacto entre ellos iba mucho más allá del tacto, era como... como si las almas se tocaran. En realidad era eso mismo.

-Tú también puedes cambiar todo- dijo el hombre- Pero, ¿lo harías?

El viajero no supo qué decir. Sí, podía cambiar todo, de hecho deseaba hacerlo, con todo su corazón. Pero eso hubiera significado... un desastre de proporciones desconocidas.

-¿Cómo te encuentro?- de inmediato comprendió que su pregunta carecía de sentido. Su amigo..., ¡sí, aunque no estuviera seguro de nada, ese hombre era su amigo! El hombre le sonrió con cierta picardía.

-Me encontrarás, es seguro.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque te recuerdo.

El viajero insistió.

-¿Dónde?

-Debajo de la piedra, dentro de la madera...- respondió el hombre ambiguamente.

-No entiendo...

-Entenderás- fue la respuesta tan cortante como extrañamente tranquilizadora.

-¿Qué puedo hacer entonces?- preguntó casi desesperado el viajero viendo que el encuentro finalizaba y no sabía por qué razón.

-Permanece a mi lado mientras veo. Con eso es suficiente; aunque te parezca extraño, tú también tienes tu papel en esto.

El viajero no entendió, pero permaneció al lado de su amigo. Sentía como un suave vacío en su mente. Lo vio perder su vista en algún punto de la

noche por encima de ellos. Lo sintió hablar sin comprender lo que decía. Vio como sus ojos se agrandaban desmesuradamente, cómo las lágrimas caían al tiempo que su frente se perlaba de sudor por la ansiedad y el temor. Sintió su sufrimiento con todo su ser. Era insoportable.

Y lo único que atinó a hacer fue a pasar un brazo por sus hombros que temblaban. El contacto pareció tranquilizarlo un poco. El viajero sintió que también él se calmaba. Y se resignaba con humildad a la acción de fuerzas enormes, desconocidas, eternas...

Y entonces comprendió. Y supo que no iba a morir.

Así permanecieron, mientras un hombre que dormía bajo un árbol cercano despertó y miró la escena con profundo asombro.

.....
El regreso siempre era agradable. Miraba las escenas del viaje de retorno con tranquilidad, con el placer de una extraña certeza. Mirando todo eso sin compromiso, sin otro sentimiento que el de una comprensión creciente. Parecía como el largo despertar de un sueño placentero. Pero cuando llegó a su casa, los recuerdos irrumpieron en su mente y todo cambió. Todavía mantenía dentro de sí aquella sensación de sufrimiento intenso. Pasó la mano por su frente, estaba transpirando.

Y ellos ya estaban allí, por supuesto.

-¿Se siente bien?- preguntó ella. Su voz era algo metálica, con acento francés.

Parecían estatuas, parecían haber estado allí por una eternidad. Solamente la rigidez de la mano enguantada de la mujer apretando su vieja cartera de cocodrilo parecía indicar cierta tensión. Tenía el mismo trajecito antiguo, color rosa, de las otras veces, con chaqueta corta y falda a media pierna. Una camisa blanca y un moño de cinta negra. La infaltable cartera, el cabello gris prolijamente peinado en melena corta y su sombrero ladeado, que le daba un aspecto de Reina Isabel, completaban una imagen que parecía extraída de un figurín de los años cincuenta. Sobre todo por su expresión seria, sus labios un tanto apretados y los ojos pequeños y brillantes. Por lo demás, era pequeña, vivaz, algo nerviosa, según lo dejaba entrever el constante movimiento de sus pies calzados con zapatos también de cocodrilo y de tacón discreto, como correspondía al resto de su atuendo.

Al viajero le recordaba a una tía vieja que había conocido en su infancia. Y como ella, por detrás de su aire ceremonial y su mente aguda, aquella mujer irradiaba una extraña bondad que parecían no corresponder con el resto de su aspecto.

Él parecía extraído del mismo figurín. Alto, hierático, con las sienes blancas y el pelo oscuro... ¡peinado con gomina! Sí, estaba seguro que era gomina, no se explicaba de dónde la obtenía.

Lentes de montura de acero dejaban ver dos ojos que parecían lanzar puñales. La cara un poco larga y el bigote finito y cuidado.

¡Y sus vestimentas! Parecía un enterrador. Saco un tanto largo, negro, por supuesto, que al desabotonar dejaba ver un chaleco. Impecable camisa

blanca y corbata tipo moñita. Los pantalones, también negros, finalizaban en zapatos de charol que brillaban en forma molesta.

Se sentaba con las piernas un tanto abiertas, la espalda muy derecha, ambas manos apoyadas en un bastón oscuro con mango de hueso.

Un viejo portafolio de cuero descansaba a sus pies.

No le recordaba a nadie, alguien había inventado un hombre así. Parecía de unos sesenta o setenta años, a juzgar por los pliegues de su rostro y por sus manos.

-Sí, estoy bien- dijo el viajero ya más seguro. Aunque sabía que nunca podría acostumbrarme a su presencia anacrónica. Eran personas de bien, se lo habían demostrado. Y muy inteligentes, agudos y pacientes. Pero eran... tan distintos. De alguna manera habían logrado captar la confianza del viajero, sin perder esa distancia inexplicable.

Era la combinación necesaria para que el viajero hubiera accedido a realizar ese trabajo. Eso y lo que podía lograr. Y la curiosidad, siempre la maldita –o bendita- curiosidad.

-Cuéntenos todo, por favor- dijo ella al tiempo que encendía el grabador, una máquina de veinte años atrás.

Relató todo en detalle, era un buen observador.

Cuando finalizó la pareja permaneció un buen rato en silencio.

-¿Algo más?- preguntó ella.

El viajero dudó.

-Cuando lo vi caminar me pareció que rengueaba del pie izquierdo, tal vez alguna lesión...

Ambos se miraron y el hombre asintió en silencio.

-Llegamos- dijo la señora.

-Yo también lo sospecho- dijo el viajero –pero, ¿cómo podemos estar seguros?

Sin proferir palabra el hombre abrió el portafolio y sacó varios libros. Pacientemente revisó uno a uno y los fue abriendo en lugares precisos.

-Lea- le respondió con su voz cavernosa que –el viajero lo sabía perfectamente- sabía modular maravillosamente cuando era necesario.

El viajero leyó el primero. Luego, ávidamente los otros dos. Y los releyó todos.

Levantó la vista con desesperación.

-¡Dios... Dios!- fue todo lo que pudo decir.

-Tranquilo- dijo la mujer- ahora sí podemos concentrarnos en los objetivos que nos hemos marcado.

Esperó unos instantes. El viajero se cubría la cara con las manos. Al fin dijo con un dejo de incertidumbre: -¿Y podré resolver... lo mio?

Ambos lo miraron y en el rostro de la mujer se dibujó lo que parecía ser una sonrisa.

-Seguramente- respondió -Todo debe encajar perfectamente. Por ello, se debe hacer un trabajo previo. Y usted debe dominar muy bien el procedimiento.

-Y falta llegar alguno- dijo lacónicamente el hombre- hay mucha gente en el umbral.

El viajero lo miró interrogativamente, aunque sabía que era totalmente inútil preguntar. Ellos lo conducirían a... al ajuste.

“¿Cómo lo hacen?”

-¿Está listo?- preguntó ella interrumpiendo sus pensamientos.

El viajero dejó resbalar las palmas de sus manos lentamente por su cara y los miró a ambos.

-Sí- respondió con firmeza -más que nunca.

CAPÍTULO 2

El espejo reflejaba la barbilla del hombre que se iba revelando a medida que la maquinilla de tres hojas barría sistemáticamente la espuma de afeitar, espesa y muy blanca.

La navaja se detuvo un instante. Más atrás el espejo reveló un movimiento, y la larga y bellísima pierna de Mercedes apareció por entre los pliegues de la bata blanca.

El hombre sonrió con placer y un leve sentimiento de ternura. Contemplar a Mercedes, sobre todo en su intimidad, siempre era un espectáculo completo. Despertaba la ternura, tal vez por ver los movimientos libres, espontáneos y suaves que tienen las mujeres cuando se pertenecen a sí mismas. Despertaba también el placer estético de contemplar el bellissimo y tostado cuerpo y un sentimiento de vanidad al pensar que esa belleza era su novia. Y deseo, sí, un permanente deseo formado del clásico reclamo animal y el placer de poseer lo perfecto.

Martín agradeció al universo por permitirle esos momentos de goce pleno, cerró un tanto la puerta porque no quería robar más tiempo a esa maravilla que se le había concedido, y siguió afeitándose.

Cuando finalizó se lavó el rostro, se puso la crema para esos casos y se puso la bata blanca que el hotel visitado hacía un año proporcionaba a sus pasajeros, y que no siempre era devuelta. Aunque, eso sí, siempre era agregada a la nota de pago y todo se resolvía elegantemente. Jamás un pasajero lo reclamó.

Martín se miró al espejo especulativamente, golpeó suavemente su rostro recién afeitado preguntándose por qué siempre los hombres se cacheteaban después de afeitarse.

El espejo le devolvió sus treinta y ocho años, saludables y exitosos. Un rostro varonil y regular, un físico casi atlético con toda la plenitud del hombre en lo mejor de su vida y un brillo de triunfo en sus ojos. No se podía quejar: una vida plena, una brillante carrera por delante y... Mercedes. Sí, Mercedes era un hito maravilloso, pero exigía –en un futuro– algún tipo de resolución. No podían seguir así, indefinidamente, con un potencial salto de su carrera en un futuro inminente y ella que aun

buscaba... Martín no entendía qué cosa buscaba Mercedes. El proceder lógico, según lo veía él, era el de esperar que Martín alcanzara ese punto a partir del cual todo se hace fácil y el dinero y la fama fluyen en forma natural. Y entonces, que ella se dedicara su búsqueda, a su capacitación, o a la actividad que más le guste. Pero mientras tanto le pedía no seguir en esos indefinibles tironeos en los cuáles cada uno parece querer marcar un territorio y un ámbito de dominio. Martín quería que lo apoyara, para después poder decidir con comodidad y sin apremios de ningún tipo.

Había empeñado una vida para alcanzar este momento. Desde sus comienzos como estudiante y ayudante de laboratorio, hasta hoy día, con un grado importante como profesor de facultad, participando en un proyecto de investigación –rentado por supuesto- sobre física nuclear en la Universidad de Córdoba. Y para el año siguiente, presentar un artículo de su autoría para la revista Science. Y si se lo publicaban... bueno, sería el tan ansiado despegue. Por lo menos así se lo había dado a entender Claudio Montesor, su mentor, quien lo había tutorado en su tesis, quien lo había presentado en la cátedra y quien lo había invitado a participar del proyecto de investigación.

No, Martín no podía desviarse de lo que parecía un plan perfectamente trazado con anterioridad. Y menos ahora que había completado aquel trabajo. Sí, a través del contacto con aquel ignoto japonés, había logrado dar forma al artículo que se constituiría en la piedra fundamental de la investigación de Montesor. No lo había comentado con nadie, atesoraba aquello como algo sagrado, como su arma final y definitiva.

Lo único que lamentaba era el no poder participarlo con sus padres, que vivían en Estados Unidos desde hacía diez años. Su padre –ingeniero químico y graduado de MIT- nunca lo había apoyado abiertamente, apenas esbozaba una sonrisa con algo de escepticismo cuando Martín le contaba de sus progresos. Mientras que su madre parecía que el mundo no existiera por fuera de su club de bridge o de las maravillas de su hermano mayor, un genio de las finanzas que no perdía oportunidad de someterlo a alguna burla cruel y sutil.

Sí, esa era la parte de su vida que hubiera querido cambiar, hubiera deseado ser el hijo mayor. Estaba seguro que, de haber sido así, todo habría cambiado.

Pero no importa, ahora les iba a demostrar quién era él y cuánto valía. No faltaba mucho para ello. Y lo mismo con el resto de sus amigos, que poco a poco se transformaban en competidores. Si bien no en la misma área de desempeño, pero sí en cada vez que se reunían y comenzaba el recuento de los éxitos materiales y sociales de cada uno. Y Martín no iba nada mal en esa competencia. Es más, lo estimulaba.

Martín salió del baño y Mercedes le sonrió. Tomó el control remoto y ajustó el aire acondicionado a veinticinco grados. Y se tumbó en la cama a disfrutar del momento posterior al baño y de la vista de Mercedes.

Su novia era una mujer formada, de treinta y siete años de edad, una cabellera castaño oscuro y ensortijada, y una piel agradablemente olivácea, le daban un saludable y refrescante aire mediterráneo. Su cuerpo era atlético, casi robusto, y muy bien formado. Sus hombros se veían un tanto anchos y sus caderas, importantes, se marcaban nítidamente por una cintura que, sin ser estrecha, estaba en perfecta proporción para hacer de su cuerpo una belleza estilo olímpico. El toque final lo daba un rostro proporcionado y bello, con un par de ojos oscuros que parecían mirar desde muy adentro. Verla en movimiento, o cuando se vestía, era todo un espectáculo. A Martín le encantaba cuando, como ahora, se pintaba las uñas de los pies. Encontraba en ese acto una enorme carga de femeneidad, tanto sea por la postura, por los movimientos, como por lo que se siente al robar un momento de intimidad de la persona que se ama.

Ella finalizó, se miró ambos pies moviendolos suavemente a un lado y a otro y pareció satisfecha. Guardó sus pinturas, se tendió a su lado y suspiró.

-¡Qué hermoso día hemos pasado!

-Aun no finalizó- respondió Martín.

Mercedes observó el cielo, apenas violáceo, por la ventana y pensó que recién anocheecía.

Estaban en una bella y confortable casa que habían alquilado en Pinares, un tranquilo y hermoso barrio próximo a Punta del Este, la perla turística del Atlántico situada en el Uruguay, una punta de tierra que se interna en el mar rodeada por hermosas playas y bellísimos pinares. Con un crecimiento enorme en los últimos cincuenta años, actualmente es un

balneario de una quince mil personas que viven en forma permanente y más de cuatrocientos mil en la temporada veraniega.

Por esa razón habían elegido el mes de noviembre para alquilar. Un mes donde el calor comienza a apretar, los baños de playa son muy posibles y no se manifiesta la opresiva presencia de la masa turística que ocupa todos los espacios y hace una empresa terrible de cualquier desplazamiento en auto por la zona céntrica. Martín había insistido por alquilar en enero, el pleno del verano, donde era muy probable que pudiera encontrarse con gente importante y establecer buenos contactos, Y sobre todo, que ellos lo vieran allí. Pero la insistencia de Mercedes por la tranquilidad, y, sobre todo, por los prohibitivos precios del verano, lo hicieron cambiar de opinión.

Así fue que habían dejado las sierras y los montes de Córdoba por una estadía en Punta del Este, a pleno sol y mar.

Hacía ya unos diez días que estaban, y Martín daba muestras de cierto nerviosismo.

Tomó su celular y comenzó a teclear rápidamente.

-¿A quién llamas?- preguntó Mercedes.

Martín se levantó y comenzó a pasearse por la habitación con el teléfono en su oreja.

-A Claudio- dijo un tanto nervioso.

-¿Otra vez?- protestó ella -¡Vinimos de vacaciones!

Martín hizo un gesto de molestia.

-Hola, hola, Claudio, soy yo... sí... Contame cómo va todo.

Permaneció en silencio mientras sacudía la cabeza en señal de asentimiento.

-Sí... en cinco días... ok..., nos vemos. Gracias, Claudio.

Mercedes lo estaba mirando muy fijamente.

-En cinco días todavía estamos acá- le dijo secamente.

-Ya lo sé, Mercedes. Tal vez tenga que ir un par de días a Buenos Aires y vuelvo. Sabés que es importante para mi. Y para nosotros.

Claudio se echó nuevamente en la cama y suspiró.

-Todo va bien, muy bien.

Mercedes apretó el control remoto de la TV y sintonizó un programa musical.

-¿Que hacemos hoy?

-Nos damos una vuelta por el Casino y después vamos a comer unos mejillones con vino blanco al puerto.

Mercedes se levantó y tomó el telefono.

-Le aviso a Felipe.

Martín apretó las mandíbulas.

-¿No podemos ir solos, siempre tenemos que acarrear a tu hermano?

-Martín...- le dijo ella en tono condescendiente salimos solos ayer, es mi hermano...

Martín no respondió.

Mercedes habló por teléfono un rato y cortó.

-Hoy tampoco quiere salir- dijo con algo de preocupación.

Martín levantó los puños en gesto de triunfo.

-No seas así, Martín. Me preocupa.

-Tu hermanito es un solitario, Mercedes. Toda la vida lo fue, tienes que aceptarlo.

-Ya lo sé, es que a veces... tiene un mundo interior muy intenso. Y está muy solo allí.

Martín la miró serio.

-Tú también lo tienes.

Mercedes no respondió.

-Es así... -dijo Martín- cada uno con sus misterios...

“Y yo también con los míos”, pensó.

-Vamos, vestite y vamos.

CAPÍTULO 3

El mar estaba tranquilo, alguna onda larga y tendida se insinuaba apenas en la Punta del Chileno, y corría plácidamente hasta alcanzar la orilla con un estallido suave y duradero.

Para un observador atento, no podían pasar desapercibidas aquellas gigantescas aletas y colas que aparecían esporádicamente a menos de cien metros de la orilla denunciando la presencia de las ballenas que concurrían periódicamente a aquella zona de la Bahía de Maldonado.

Pero la silueta en la playa miraba muy atentamente otra cosa. Ya había contemplado las ballenas confortándose con el espectáculo, hasta sentir aquella conocida sensación.

La punta de la caña se movió, apenas. El hombre había sentido ese temblor en sus manos atentas. Pero además, había visto los movimientos de la punta de la caña. Porque una cosa es un temblor, como una leve corriente eléctrica, un sacudirse nerviosamente.

Y otra cosa muy distinta son los dos leves pero evidentes cabeceos que había experimentado.

El hombre se tensó y permaneció inmóvil, esperando.

Que la pesca es una actividad que brinda momentos de reposo es una fábula.

Reposo mental, sí. Cómo también lo puede proporcionar un buen partido de paleta, en el cual los jugadores lo único que tienen en la cabeza es esa pequeña pelotita.

Por lo demás es una actividad febril, un constante movimiento.

La imagen del pescador sentado plácidamente en un muelle mientras contempla en paz una boyita se ve muy pocas veces.

Normalmente se ven hombres intensamente atareados en preparar anzuelos con tal o cual carnada –siempre se lleva de varios tipos- o en confeccionar nuevas líneas o cambiar anzuelos o plomadas, o en violentos tirones cuando el anzuelo se traba en la piedra. Lanzando todo tipo de imprecaciones cuando la línea se rompe.

O bien en esos momentos de suprema tensión, cuando se produce el esperado pique y comienza la lucha contra eso desconocido que se trae cuidadosa y decididamente hacia la orilla o el muelle.

Lo demás es espera, tensión hasta que ese momento se produzca. La vista en la punta de la caña, las puntas de los dedos tratando de auscultar cualquier temblor que denuncie un pez comenzando a picar.

Esa era la actitud de Carlo Santomauro, cuando lo encontraron Martín y Mercedes en su paseo matinal por la hermosa playa que finaliza en la punta de El Chileno, al día siguiente de una cena aburrida y algo tensa.

Se aproximaban caminando lentamente sobre la arena gruesa y dorada de esa zona. Martín, sumido en una conversación por celular, caminaba y gesticulaba. Más atrás Mercedes contemplaba el mar y se contemplaba a sí misma.

Atardecía, pero había la suficiente luz como para que Martín pudiera ver que el pescador se tensaba un poco. Se despidió de su interlocutor telefónico y se detuvo a unos metros, para no molestar y para poder contemplar lo que pudiera ser la pesca de una buena corvina.

El pescador los miró de reojo. No le molestaban los curiosos. Hacían la pregunta de siempre: “¿Pican?” Y se iban conformes con cualquier respuesta.

Los que molestaban eran los que se quedaban a opinar. Por lo demás, la pesca siempre fue un punto de encuentro entre mundos increíblemente diversos. Y cualquier pescador lo sabe, por lo tanto está atento y rápidamente clasifica a los paseantes: curiosos que se retiran rápido, pescadores que intercambian alguna información interesante, o bien lo inesperado, la sorpresa. Como ocurre a menudo en la pesca.

La caña apenas tembló. El hilo se aflojó. Carlo sabía lo que eso significaba. El pez prendió la carnada y la arrastra suavemente hacia la orilla. En este momento se puede hacer dos cosas: o dejarlo “que trague”, a Carlo no le gustaba esa opción porque después debía extraer el anzuelo de las vísceras del pez con el consiguiente trabajo y destrozo. O bien pegar el “cañazo” confiando que la carnada esté bien colocada en la boca del animal y le enganche el labio.

Optó por eso, pegó un “cañazo” fuerte y firme. Y de inmediato la línea se tensó y la caña comenzó a cabecear violentamente.

“¡Corvina!”, de lo máspreciado en la pesca de costa, tanto deportiva como culinariamente.

Carlo mantuvo firme la caña confiando en haberlo “pinchado”. De pronto la línea se aflojó combándose en un suave y extenso arco.

¿El pez nadaba velozmente hacia la orilla?

Carlo recogió el reel rápidamente y no sintió peso alguno. Ni el de la plomada. Sabía muy bien lo que eso significaba: la línea se había roto.

-Bueno, se terminó por hoy- dijo para sí mismo mientras terminaba de recoger lo que quedaba de la línea.

Martín se acercó.

-¿Y hubo suerte?

“Otro...”

-No, un par de buenas corvinas.

Martín sonrió un tanto sorprendido.

-Bueno..., eso es suerte.

El hombre giró hacia él y se quitó los lentes de sol, inútiles a esa hora. Era un hombre fornido, de poco más de cincuenta años, vestía muy simplemente, como un pescador; el infaltable sombrero y una campera un poco vieja con los bolsillos abultados de enseres de pesca. Parecía abrigado en exceso. Como todos los pescadores, siempre están con ropa de más. Cuando se ve alguno en la playa pescando en traje de baño, es más turista que pescador.

Entornó un poco sus ojos oscuros y las arrugas de su cara tostada y con barba descuidada, se profundizaron en una leve sonrisa un tanto ladeada.

-No, eso es hacer todo bien- respondió el hombre quitándose el sombrero y pasando la mano por su frente. Sus cabellos eran ondeados y entrecanos; un poco largos.

Martín entrecerró un tanto los ojos y lo miró detenidamente.

-¡Hey, yo lo conozco! ¡Usted es el doctor Santomauro, el famoso cardiólogo!

Carlo suspiró con cansancio.

-Cardiocirujano, y ya hace tiempo que no lo soy.

Mercedes se acercó.

-Permítame que me presente, soy Martín Píriz, y esta es mi novia, Mercedes...

Carlo se limpió las manos con un trapo y estrechó la del hombre. A continuación la de la mujer.

Mercedes no pudo evitar pensar que ese tipo había estado toda la tarde manipulando pescado, no obstante aceptó el apretón firme del pescador. Sintió sus manos un tanto ásperas y callosas.

“No parecen las de un cirujano”, pensó, y aclaró.

-Mercedes Funes.

-Ustedes son argentinos...

-Sí, de Córdoba- explicó Martín.

-Yo soy de Entre Ríos- aclaró Mercedes que siempre se había sentido orgullosa de su origen.

A Carlo no le pasó desapercibido el punto y dejó escapar una muy leve sonrisa.

-Disculpe la pregunta- continuó Martín –me dice que no es más cardiocirujano... usted es famoso.

-Era famoso, y no soy más cardiocirujano.

-¿Se jubiló?

Carlo suspiró y pasó una mano por su cara.

-¿Y ustedes, están de vacaciones?

Sí., sí- respondió Martín un tanto embarazado ante la tática negativa a responder. –Y soy científico, físico exactamente, me especializo en física nuclear.

Carlo asintió con la cabeza y lo miró detenidamente. Sus ojos parecían divertirse un tanto

-¿Y usted, señorita?

-Yo estudio reiki, aunque es seguro que usted no considere esa actividad.

Martín se movió un tanto inquieto. No le convencía que Mercedes hablara de sus estudios, no era..., no era algo seguro, aceptado científicamente. Era una especie de... “cosas de la New Age”, había dicho una vez provocando la furia de Mercedes

Carlo sonrió abiertamente.

-No esté tan segura, son muchos los médicos que, reservadamente, consultan a expertos en esa disciplina. El saber que algo puede influir por fuera de nosotros cuando se abre un corazón no es nada desdeñable. Por mínima que se considera esa influencia.

-Pero no es ciencia...- aclaró Martín.

Mercedes lo fulminó con la mirada.

-La medicina tampoco lo es- respondió Carlo –Es un arte, se basa en ciencias, en técnicas, en tradiciones. Pero es un arte. El médico emplea el conjunto de sus conocimientos como mejor le parezca, de acuerdo al paciente y las circunstancias. Y cosas como el reiki y otras medicinas no tradicionales se han aplicado por muchos más años que la medicina moderna. Y han curado a la humanidad. No hay que desdeñarlas tan rápidamente...

Mercedes lo observó detenidamente. Esa voz, esa sonrisa... De pronto recordó. Y su cuerpo lo demostró con una súbita y casi imperceptible rigidez y un tono un tanto seco al responder.

-Si, se acepta la medicina no tradicional. Siempre y cuando la ejerza un médico diplomado- culminó con una indisimulada ironía en su tono de voz.

A Carlo no le pasó desapercibido el cambio. Y la miró con curiosidad.

-Demasiado para un encuentro casual en la playa. ¿No le parece señorita?

-Nada es casual. Por algo nos encontramos- respondió Mercedes enigmáticamente.

Carlo rió por lo bajo.

-Está bien, está bien. Tiene usted razón, completa razón- agregó levantando la palma de las manos en señal de rendición.

En tanto Martín estaba entusiasmado con haber encontrado esa personalidad allí solitaria en una playa de Punta del Este.

-Disculpe, doctor...

Carlo agitó la mano negando.

-Dígame Carlo, por favor.

-Está bien... Carlo. Me gustaría charlar de estos temas con usted, y no le puedo mentir, me gustaría conocerlo. ¿Puedo invitarlo a comer esta noche? Unos mejillones con buen vino blanco...

Mercedes apretó la boca. Carlo lo vio.

Hubiera respondido que no, lisa y llanamente, como hacía desde hace años. Pero algo despertó su curiosidad en el comportamiento de la mujer. Además, no tenía ganas de cocinar, le gustaban los mejillones, y hacía días que no hablaba con nadie.

-Bueno... con gusto. Dígame dónde.

-Venga a casa, es aquí cerca, en Pinares.

Y Martín le explicó cómo llegar.

-Está bien- nos vemos.

-Hasta luego, doctor- dijo Martín con entusiasmo –eh... disculpe- agregó viendo a Mercedes que se alejaba sin saludar..

Carlo saludó con la mano. Y frunció el ceño un poco al ver la actitud de Mercedes. Contempló unos instantes a la pareja.

“¿Qué cosa...?”

Comenzó a juntar sus enseres. Le regalaría las corvinas a Esteban, el muchachito de la esquina que siempre le pedía un trabajito para hacer.

Martín pasó el brazo por los hombros de Mercedes y sintió cierta rigidez.

-¿Que pasa?- preguntó.

Mercedes demoró un rato en responder.

-¿Por qué te interesa ese tipo?

Martín respiró hondo.

-En primer lugar, es una persona famosa, interesante. Y en segundo lugar, es millonario, debe de tener muchos contactos que me pueden ser útiles.

Mercedes permaneció en silencio.

-Y no deja de ser una persona simpática, educada y agradable. A ti parece molestarte...

Por toda respuesta Mercedes sacó su celular.

-Voy a avisarle a Felipe.

Martín se encogió de hombros y siguió caminando mientras ella se detenía a hablar.

Cuando lo alcanzó nuevamente parecía contrariada.

-¿Qué pasó?

-Que no viene, no me dijo por qué razón.

Siguieron caminando en silencio. Ambos mirando sus pies que hollaban la arena en cada paso.

Las olas rompían mansamente en la pendiente de la playa.

CAPITULO 4

La tenue luz de la vela iluminaba desde atrás la escena.

El joven miró fijamente la superficie brillante del espejo cóncavo que tenía entre las manos. Al poco tiempo la imagen comenzó a transformarse: un halo azul oscuro parecía aparecer en los bordes del espejo y se extendía aun más allá. Y un punto negro y redondo apareció en el centro. Desenfocó su vista sin abandonar el punto negro que comenzaba a agrandarse más y más, hasta abarcar todo devorando la imagen de sí mismo y aun más allá.

Ahora era un todo con esa negrura. Entonces comenzó a concentrarse en su calor interno, y al mismo tiempo elevó su pensamiento a lo más sagrado que pudiera concebir.

Todo era ahora un calor hirviente que agitaba la negrura.

De pronto la totalidad oscura comenzó a descender lentamente, en la superficie que se comenzaba a percibir apareció una línea gris que se fue aclarando más y más hasta transformarse en un blanco espeso, casi sólido, total; que súbitamente se derramó sobre sí mismo ocupando todo lo que el joven podía sentir y percibir. La sensación era de plenitud, de paz... pero su mente, que desde algún punto desconocido mantenía el control de la experiencia, sabía perfectamente que no debía abandonarse, que debía continuar calentando.

Fue así que el blanco cambió a amarillo y rápidamente a un rojo brillante. Era el momento.

El joven fijó ese rojo en su mente y en su cuerpo y con ello transformó a aquello que había hecho ascender.

Entonces, desde ese nuevo estado, desde esa nueva experiencia del Ser, se permitió descansar y gozar.

Escuchó cómo una voz suave y pausada le hablaba desde su interior.

Después de un tiempo indefinido el joven fue recuperando el estado anterior sin dejar de retener una parte de ese fuego rojo que se había formado en sí mismo.

Abrió los ojos y miró el reloj. Habían pasado unos treinta minutos.

Suspiró y descansó hasta sentirse nuevamente en cuerpo y espacio.

Entonces tomó el teléfono y llamó.

-¿Mercedes?... sí, soy yo... cambié de idea, voy a la cena.. sí, sí, después te explico...

Se despidió y se recostó en la cama.

Otra vez, había sucedido, otra vez.

CAPÍTULO 5

La copa se iba llenando una vez más a medida que la mano fuerte de Martín servía generosamente el vino.

La casa que había alquilado Martín era sencilla y muy confortable. Discretamente amueblada sin que le faltara absolutamente nada.

Mercedes vestía una enorme camisa –que usaba normalmente para limpiar- y unos gastados bermudas anchos. Calzaba unas alpargatas muy viejas dejando el talón libre. Había arreglado su pelo con una cola alta y no se veía una gota de maquillaje en su hermoso rostro. Parecía agresivamente descuidada.

Martín la miró extrañado.

-¿Por qué te vestiste así?- le preguntó.

-Quiero estar cómoda- fue la respuesta cortante.

Martín optó por no preguntar más.

Habían decidido organizar la cena en el fondo, un agradable espacio entre altos y añosos pinos, con una amplia barbacoa con todas las comodidades para cocinar cualquier cosa. Y un poco más allá una piscina con jacuzzi iluminada por las luces bajo agua y por la luz de la luna de verano, acompañaba a los grillos nocturnos con el constante y arrullador sonido del filtro y el gorgoteo del agua que entraba renovada. Un conjunto hermoso, y apacible.

Carlo había llegado puntualmente con tres botellas de un buen champagne argentino *brut*. Ahora vestía normalmente, de sport, con unos impecables pantalones azules, una camisa celeste remangada a medio brazo que dejaba ver su piel muy tostada por el sol, y mocasines oscuros. Un reloj grande, tipo deportivo y un par de anteojos de media montura completaban un aspecto discretamente elegante y al mismo tiempo informal.

Carlo lo saludó con entusiasmo y Mercedes le sonrió con cortesía distante. La charla de inmediato se hizo amena y agradable, facilitada por el vino suave y amable, y por la agradable temperatura.

Martín hablaba con entusiasmo de su tema favorito: la física.

-Insisto, los postulados de la física moderna tienen el potencial de cambiar la forma de pensar de los seres humanos. Nosotros seguimos viviendo en

la época de Newton, en base a sus postulados, y no aplicamos lo que la física moderna nos muestra.

-¿Por ejemplo?- preguntó Carlo alentándolo a continuar. Parecía interesado, divertido. Y raramente curioso, expectante.

-La física moderna postula la existencia de una continuidad de campo energético, en el que espacio y tiempo se confunden, se alternan, o pierden su significado. Cada uno de nosotros somos una especie de coágulos de esa energía. Sin embargo nos comportamos como entidades separadas unos de otros.

Martín esperó para ver el efecto de sus palabras.

Carlo se pasaba la mano por el mentón y Mercedes mantenía su indisimulada distancia social.

-¿Qué me dice, doctor?

Carlo tomó un buen trago de vino y sonrió abiertamente.

-Digo que se terminó el vino, digo que por suerte traje champagne... y digo que es hora de tutearnos.

Martín batió las palmas.

-¡De acuerdo!

Mercedes no pudo evitar una sonrisa.

-Y digo que tienes razón. Sobre todo en lo que al tiempo se refiere. Algunos dicen que ni siquiera existe, que es una percepción distorsionada, errada. Pero es inevitable, ¿no?

Y así seguía la conversación. Ahora el que corría con generosidad era el champagne.

Los mejillones se habían terminado hacía ya un buen rato y Mercedes miraba preocupada el reloj.

“Felipe...”

Martín proseguía, implacable.

-La última teoría de explicación del universo, o de la realidad, podemos decir, habla de que existen más dimensiones de las que percibimos. Es la teoría de las cuerdas, y postula once dimensiones. Esto es lo más moderno.

-No obstante la Cábala lo dice desde varios cientos de años atrás.

Todos se sorprendieron, la voz provenía de la puerta de la cocina. Mercedes sonrió con alegría.

-¡Felipe...!

Su hermano hacía irrupción en la reunión portando una muy adecuada caja de helado.

-Disculpen, disculpen la demora.

Era un hombre joven, “tal vez unos treinta años”, pensó Carlo. Vestía con hawaianas, una remera sin mangas y muy suelta, y un bermudas de jean que requería un urgente reemplazo. El pelo largo y muy rubio caía obre su frente tostada que, junto al color bronce de sus brazos, denunciaban horas de sol y mar.

“Un surfista”, pensó Carlo mirando con simpatía al joven.

Se hicieron las presentaciones de rigor y Carlo se sorprendió por el fuerte y decidido apretón de manos del joven que lo retuvo un instante.

-Lo conozco...

Carlo respiró fuerte.

-Sí... de cuando fui médico...

-No..., de verlo en la playa, pescando.

-¡Qué alivio!- sonrió Carlo –me conoces por lo que soy, un pescador.

-Doctor, vivo acá cerca, en Madonado, y todo el mundo sabe quien es usted; me refería a que lo había visto antes.

Carlo asintió con la cabeza con un gesto de resignación y una sonrisa.

-Mira Felipe, hicimos un acuerdo, nos tuteamos todos... y dime Carlo

El joven se encogió de hombros y sonrió.

-Por mi va bien...

Felipe agradeció el champagne que le sirvió su hermana y se acomodó.

-¡Martín, hablabas sobre Cábala, no lo puedo creer!

Martín tragó apresuradamente.

-No, yo hablaba sobre física.

-Es parte de la cosa... ¿no le parece doctor?, perdón... Carlo.

Carlo sonrió un tanto embarazado.

-La verdad que... sé muy poco sobre física y de Cábala apenas escuché hablar. Pero tengo una curiosidad.

Todos lo miraron.

-Aprovechando las bondades de una buena bebida espirituosa, que afloja las lenguas y libera los espíritus, me gustaría saber por qué tú, Mercedes, estás tan callada.

Ella lo miró, como midiendo sus pensamientos antes de formar palabras. Pero cambió, algo cambió y ese instante desapareció.

-No, nada, es que todo esto me hace pensar.

-¿En qué cosa?- insistió Carlo –disculpa, si se puede...

-Lo del paso del tiempo, es la vida, ¿no? ¿Y si se pudiera cambiar?

Felipe la miró casi con dolor.

-Mercedes...

-No, no, no empecemos a hablar de cosas tristes- interrumpió Martín con la voz un tanto pastosa.

-Continúa, continúa- alentó Carlo –es un punto interesante. No siempre salen estos temas.

-Nunca terminan bien...- sentenció Martín.

Mercedes no lo miró y siguió.

-Quiero decir, creo que nadie, absolutamente nadie, está conforme con su propia vida. En algún momento cometió errores que lo desviaron de su propósito. Y después pasa toda la vida tratando de arreglar eso y retomar el rumbo inicial. Hay cosas que suceden, hechos, personas, que te cambian. ¿Y después, cuánto tiempo se necesita para recuperar un pasado perdido?

Hubo un silencio.

-¿O no es así?- y ahora miraba muy fijamente a Carlo.

-Un pasado perdido...- musitó Carlo pensativo. De pronto se levantó, se sirvió más champagne y dijo:

-¿Sirvo el helado?

Mercedes apretó los dientes con rabia.

-No, no, no te enojas. Ahora hablamos de eso, es que si no como algo tampoco voy a poder hablar.

-Déjame a mi- dijo ella secamente. Y procedió a servir el helado.

Carlo quedó cortado.

-Los orientales le llaman karma- terció Felipe oportunamente.

-¡Uf, otra vez con eso!- dijo Martín –no creo que al amigo le interese.

-Al contrario, al contrario. Tengo mucho que aprender- aclaró Carlo.

Felipe sonreía mirando a Martín.

-Siempre se molesta, pero no hay otra explicación, ¿no?

Carlo seguía mirando a Mercedes.

-¿Hay cosas que te gustaría cambiar, Mercedes? Yo por mi parte sí, mucha cosa.

La mujer dejó el helado y tomó lenta y pausadamente un sorbo de champagne al tiempo que lo miraba fijamente por encima de la copa.

“Cuando una mujer mira así...”

Como si la naturaleza respondiera a sus íntimos pensamientos una sorpresiva luz inundó todo el ambiente y un instante después un fuerte trueno pareció sacudir la casa.

-Parece que hoy dormimos todos acá...- dijo Felipe divertido.

Y de inmediato un fuertísimo e intenso aguacero cayó sobre el techo de la barbacoa. El agradable olor a tierra mojada se esparció por todos lados.

-¡Vamos, vamos adentro!- dijo Martín. Y apresuradamente juntaron todo y corrieron al interior de la casa.

Entraron riendo. El ambiente se había distendido un tanto.

-Tormenta de verano... Y ahora... ¡un buen café... y unos licores!

Se acomodaron en el living y Martín sirvió sendas copas de limoncello y anís para Mercedes y para sí mismo e interrogó a Carlo y Felipe con la mirada.

-Anís- dijo Felipe.

-Si no te importa sigo con el champagne- dijo Carlo.

-Bueno,¿ en qué estábamos?

-En lo del karma- se apresuró a decir Mercedes evitando la respuesta a la pregunta que había quedado pendiente. Y lanzó una mirada fugaz a Carlo.

“Está bien, acepto, queda para después. Pero no me olvido.”

Felipe explicó.

-Es inevitable, cada acción tiene su reacción, para hablarlo en términos de Martín. Eso es el karma, cada cosa que hacemos provoca una reacción. Y si hacemos algo erróneo... quién sabe a dónde vamos a parar. Tenemos que resolverlo en otra vida, ¿no?

-Nadie dijo que hay otra vida- acotó Martín.

-Muchos lo dicen.

-Pero sin pruebas.

-Hay tantas pruebas en un sentido como en otro. ¿Qué dices tú Carlo?, y no le pases la posta a Mercedes- advirtió Felipe en tono de broma.

Carlo pensó un momento y se inclinó hacia adelante.

-O bien creemos, en una cosa u otra, y estamos en el ámbito de las creencias, o bien manejamos esto como hipótesis.

-¡Bien!- interrumpió Martín. Carlo le sonrió. Los demás estaban atentos, el punto no dejaba de ser interesante. Carlo continuó.

-Si aceptamos la hipótesis de que no existe ni el karma ni la vida posterior a la muerte, no hay problema, la discusión termina en seguida. Por el contrario, si aceptamos el karma, y la vida posterior a la muerte... y por lo tanto la vida previa a la muerte...- hizo una pausa. Ahora Martín lo miraba con el ceño fruncido, atento. Felipe parecía divertido, y Mercedes miraba el fondo de su copa.

-... entonces también tenemos que aceptar que el tiempo es algo muy relativo; y tendríamos que hablar de ciclos.

-Y volvimos al tiempo...- dijo Martín asombrado.

-Y si los ciclos se repiten, entonces estamos muy próximos al asunto del karma... y de vida tras vida.

-Es casi un silogismo, Carlo- alertó Martín.

-Casi... pero aunque lo sea... los silogismos no son contradicciones.

-¿Y entonces?

-Digo que, si se puede viajar en el tiempo, se puede retomar el punto donde se produjo el desvío y se puede... como dice Felipe, reparar el karma. Hablando de cosas importantes, claro, porque siempre va a haber pequeñas desviaciones y pequeñas correcciones. Me refiero a aquellas que se arrastran por vidas.

Martín se echó hacia atrás.

-Claro, pero haría falta llamar a Einstein o a Marty, el de "Volver al Futuro".

Carlo lo miró sin responder.

Y Felipe, sorprendido, dijo:

-Hablas como si lo hubieras estudiado a fondo... como si...

Y prefirió dejar la frase en suspenso.

CAPÍTULO 6

El tono de la reunión había cambiado sutilmente.

Más allá de la liberación que ocasiona una considerable ingesta de alcohol, más allá de que las noches tormentosas y cálidas del verano facilitan los relatos, más allá de todo esto, había un cambio.

Tal vez porque resultaba un poco anómalo que un hombre ya bastante maduro y considerado una eminencia internacional en el campo de la medicina abordara estos temas con propiedad.

O seguramente porque había en sus palabras y en toda su actitud, el velado anuncio de estar hablando, apenas en la superficie de profundidades complejas.

Felipe intervino nuevamente.

-Carlo, si es karma, tal como se entiende, no se puede cambiar. El pasado no se puede cambiar.

-¡Claro!- acotó Martín.

Carlo asintió con la cabeza y lo contempló con simpatía.

-Es verdad, pero se puede llegar a comprender, y así cambiar el futuro.

-Explica eso, por favor- dijo Martín.

-Tenemos un futuro que está bastante determinado por lo que hemos vivido hasta ahora. Y más aun si se acepta que existe la influencia de vidas anteriores. Es una hipótesis, como dijimos- dijo al ver la expresión de Martín. Y continuó.

-Si entendemos por qué vivimos lo que vivimos, cuál fue la causa, entonces podemos cambiar y construir un futuro diferente. Cada cosa que vivimos ahora responde a situaciones pasadas, o de vidas pasadas, si aceptamos esa hipótesis. Incluso éste encuentro. Lo que aun no sabemos es por qué razón se produjo.

Y miró a Mercedes,

-Como tú dijiste; nada es casual.

Mercedes lo miró largamente con una expresión vacía. Se levantó y encendió un cigarrillo. Fumaba muy poco, y cuando lo hacía Martín y Felipe sabían que era signo de una tensión muy grande.

Mercedes comenzó a pasearse por la habitación.

-¿Puedo hablar un poco?- preguntó con voz nerviosa.

Se sentó nuevamente y apagó el cigarrillo nerviosamente.

-Nuestros padres son médicos- comenzó. Y Felipe suspiró sabiendo lo que venía. –Y toda la familia, tíos, tías, primos, primos segundos, todos, o bien es médico, o nurse o enfermero, instrumentista, etc., etc. Todos en el ámbito de la salud. Una vez al año se reunían todos, hacían una pequeña fiesta y recordaban el juramento hipocrático. Son una especie de logia familiar en torno a la medicina.

Carlos pensó en el apellido de la muchacha e hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza.

-Felipe y yo nos criamos entre médicos, hospitales, olor a éter y eternas charlas sobre pacientes y casos. Pasamos varias navidades en la guardia del hospital, entre corridas, sirenas y camillas que se golpeaban contra las paredes. Después de unos años, papá se especializó en cirugía plástica y mamá en ginecología. Ambas especialidades daban mucha fama y dinero.

A nosotros nos atendieron bien, pero el interés principal hacia nosotros era cuando preguntábamos algo de medicina, o cuando jugábamos a los médicos. Nunca me regalaron una muñeca, lo más parecido que recibí fue un cuerpo humano de látex donde se marcaban todos los músculos, y que al desarmarlo mostraba todos los órganos.

Felipe asintió con una triste sonrisa. Mercedes continuó, un poco más calma. Martín la observaba con curiosidad, nunca había hablado de eso.

-Y por supuesto, nos enseñaron a jugar a las operaciones. Y para carnaval nos disfrazaban de médico o enfermera. Un día que Felipe se lastimó jugando en la calle, me obligaron a curarlo con alcohol y gasas. Yo tenía seis años, y él dos. Felipe lloraba –pobrecito- por el ardor, y yo lloraba porque no quería hacerlo sufrir. Y recuerdo que mi padre dijo: “Se tiene que acostumbrar a ver el sufrimiento del paciente.” Y tuve que seguir. Como premio me regalaron un estetoscopio usado que pertenecía a mamá.

Así fue la niñez. Cuando crecí, los regalos para cumpleaños o Navidad siempre eran lo mismo: libros. “Historia de la Medicina”, “La vida del doctor Alexander Fleming”, y podría nombrar decenas más. Nunca supe si la medicina fue una vocación para mí, o simplemente nunca pude pensar en otra cosa. Cuando terminé la secundaria, sin pensarlo, me anoté en la

Facultad de Medicina. No había otra cosa en el mundo –en mi mundo– fuera de eso.

Se interrumpió un instante, miró hacia abajo y sonrió dulcemente.

-Excepto por mi abuela... Pobre, nunca participó de las actividades o fiestas familiares. Tampoco le interesaba.

-Mercedes, nunca me contaste todo esto- Había cierto reclamo en la voz de Martín.

-Disculpa, Martín. Lo sé, nunca se dio. Será el alcohol y la tormenta...

-¿Qué cosa era lo de tu abuela?- preguntó Carlo que estaba interesado y un tanto impresionado por el relato. Había conocido gente así, como los padres de ella.

Mercedes lo miró. Otra vez en forma extraña.

-Mi abuela, la madre de mamá, era muy religiosa. Y cuando me llevaban a su casa, normalmente cuando ambos tenían una guardia complicada, la abuela me llevaba a la iglesia. Recuerdo que íbamos a una pequeña capillita donde había un cura viejo, amigo de la abuela en su infancia. Allí fue la primera vez que vi una imagen de Jesús. No sé que edad tendría yo, tal vez siete u ocho años. Era una imagen horrible, en la cruz, y completamente ensangrentado. Yo no sabía quién era, y lo único que atiné a preguntar a mi abuela fue: “¿Quién es ese?” y recuerdo, eso sí, la angustia que sentí. “Es Jesús, Mercedes”, respondió la abuela. Yo no podía apartar la vista de la sangre. “¿Qué... qué le hicieron?” La abuela suspiró. “Lo castigaron... y lo mataron”.

“Pero, ¡¿por qué?!”

“Porque no entendían lo que decía”

No podía aceptar eso a esa edad, “¿Y no podían hablar con él, preguntarle?”

“No lo entendían, Mercedes, no lo entendían”.

-Miré alrededor y vi mucha gente sentada, a nadie parecía importarle el hombre sangrante en la cruz. Y le pregunté a mi abuela: “¿Y esos, qué hacen?” “Están rezando, Mercedes”, “¿Y qué es eso?”, “Hablar con Dios”.

-Yo no entendía nada de eso, pero sentí que era importante. “Quiero rezar”, le dije a mi abuela. Y fui a sentarme en un rinconcito. No recuerdo qué hice, sé que fue importante, muy importante.

Mercedes esperó unos instantes y prosiguió.

-En eso llegó mamá, habló con la abuela, me fue a buscar y me sacó de la capilla arrastrándome de un brazo. Y me retaba.

Mercedes no pudo contener las lágrimas.

-Cuando llegué a casa me habló y me habló. No recuerdo cómo terminó esa conversación, ni presté atención a lo que me decía. Pero siempre sentí un interés enorme por esa persona, por Jesús. Hubiera querido dedicar tiempo a estudiar eso... es lo que realmente me interesaba fuera de la medicina que ocupaba todo mi universo. Y además... algo pasó cuando rezaba, algo importante, que nunca más recordé...

Y quedó pensativa, con su mirada brillante vagando por el tiempo. Suspiró.

-Así fue que desarrollé, para mí, una especie de cristianismo salvaje. Fuera de la religión instituída, era solo eso, la persona de Jesús y qué cosa quiso decir para que pasara todo eso... y cambiara el mundo. Y esto, solo lo compartía con Felipe. Pero nunca me animé a comprometerme seriamente con lo que creía. Lo de Jesús siempre fue algo pendiente, un enorme vacío que me reclamaba... Y así fui viviendo sin rumbo, sin propósito...

Mercedes quedó pensativa. Martín parecía desconcertado. Pero lo que más asombró a Carlo fue ver los ojos brillantes y húmedos de Felipe. Allí había algo más, ¡mucho más!, tal vez...

-¿Y qué pasó con la medicina?- preguntó Carlo.

Ella lo miró como debe mirar un predador a una presa que ignora su presencia.

Se sirvió más limoncello.

-Mercedes...- intentó Martín.

-Está bien, doctor, vos lo pediste.

Hizo una leve pausa para tomar un sorbo.

-Entré en la Facultad de Córdoba.

Sin saber la razón, Carlo sintió un leve toque de alarma en su interior. Ella continuó.

-Era una estudiante brillante. No podía ser de otra manera. Iba avanzando exámen tras exámen, sin perder un año. Mis padres estaban orgullosos y no paraban de comprarme libros y acrecentar mis conocimientos con casos y anécdotas. Hasta que llegué a cuarto de facultad. Cuando uno parece tener las cosas en sus manos, cuando no se entiende cómo alguien

puede vacilar en un diagnóstico, en fin, el paso anterior a darse cuenta que uno, en realidad, no sabe nada.

Carlo le sonrió, pero ella no hizo caso.

-Y un día entró un profesor, hace casi veinte años atrás... Enérgico, elegante, atractivo. Y precedido por una fama enorme. Un maestro. Todos estábamos en silencio, íbamos a beber de la fuente del auténtico conocimiento.

Mercedes sonrió con ironía.

-Y lo primero que dice este tipo al entrar fue lo siguiente: “Supongan que ustedes son un paciente, con una enfermedad cardíaca grave, y deben operarse de inmediato. Su tórax va a ser abierto y su corazón va estar en manos ajenas. ¿De quién quieren que sean esas manos, de un cirujano cardiovascular con años de experiencia?... ¿o del propio Jesús en persona? ¿A quién quieren en ese momento? Si no pueden responder a esta pregunta, es mejor que no sigan con la medicina.”

Hizo una leve pausa, mirando aun hacia abajo.

-Y entonces mis dos universos colisionaron. Y me fui. Y así terminó mi carrera de médico. Y tampoco Felipe quiso saber más nada con la medicina cuando supo de esto. Mis padres casi no me hablaron más. Reunieron a la familia, explicaron “la increíble traición de Mercedes” y “cómo contaminó a Felipe” y tiempo después se fueron a Estados Unidos. Siempre mandaron dinero. Cuando conseguí un trabajo les pedí que no mandaran más. No supe más de ellos, ni de nadie de la familia Funes. Yo tengo el estigma de “la traidora”.

El silencio era, ahora, espeso. Martín miraba a uno y a otro sin saber qué estaba sucediendo. Mercedes levantó la cabeza y miró a Carlo con los ojos muy brillantes.

-¿Cómo le dices a esto, doctor?, ¿karma?- y con dureza: -¡Me cambiaste la vida, doctor, y a toda mi familia! ¿y ahora qué vas a hacer para reparar el karma, me vas a dar clases particulares?

-Mercedes... – intentó Felipe –Ya pasó, todo eso ya fue...

Carlo la miraba. Pasó las manos por el rostro. Parecía cansado, muy cansado.

-Sí, yo era soberbio, muy soberbio en esa época- alcanzó a decir.

-Entonces... ¡eras tú!- dijo Martín muy sorprendido.

Carlo asintió con la cabeza. El mundo entero parecía haberse desplomado sobre sus hombros.

“Pero es una oportunidad, sí. ¡Tiene que ser una oportunidad!”

-Tal vez por eso estemos aquí...- atinó a decir en voz baja.

Nadie respondió. Por el bello rostro de Mercedes caían gruesas lágrimas.

Sin decir palabra Carlo se puso de pie, tomó sus cosas y levantó una mano en gesto de despedida.

Martín lo acompañó hasta la puerta.

-Disculpá...- le dijo con voz un tanto quebrada.

Carlo la palmeó el hombro y salió. Su camioneta estaba en la puerta.

La lluvia había cesado, pero aun se escuchaban truenos a lo lejos.

Mercedes estaba acostada mirando hacia la pared.

Martín le tocó un hombro suavemente.

-Mercedes...

Ella se sacudió rechazando el contacto. Con un suspiro Martín se dio vuelta hacia el otro lado y se dispuso a dormir.

En la penumbra de su habitación, Felipe recreaba y analizaba cada parte de la conversación. Y pensaba.

CAPÍTULO 7

La Cherokee avanzaba rugiendo serenamente por la costanera rumbo al este.

Carlo Santomauro había ido al lavadero a levantar su ropa –cosas de la vida en solitario- y ahora solo manejaba, sin rumbo ni propósito. La conversación de la noche anterior le había dejado un sabor amargo. No solo por la desagradable anécdota de lo sucedido con Mercedes años atrás, sino porque esto desencadenó el recuerdo de toda su vida posterior. Y eso...

Todo era demasiado casual, demasiado. Y en ese momento de su vida... No debía ver esto como un accidente o un hito más, ya había aprendido eso. Esto era...

La figura del surfista al borde de la ruta pidiendo transporte con la clásica señal lo distrajo un poco de sus pensamientos.

Cuando se dio cuenta frenó. Miró por el espejo retrovisor y vio al surfista que corría hacia él.

Felipe dejó su tabla de surf en la parte posterior de la camioneta y subió a la cabina con una amplia sonrisa.

-¿Qué tal doctor?, ¿dormiste bien?

Carlo negó con la cabeza.

-¿Para dónde vas?- preguntó.

-A Manatiales, me cantaron que allá está bueno.

Siguieron un rato sin hablar.

-Yo quería hablar contigo, doctor.

-No me digas más “doctor”, Felipe. Por favor.

-Está bien- Felipe hizo una pausa.

-No te castigues tanto por lo de Mercedes. Es una decisión que tomó ella, lo dijo muchas veces. Lo que más la molesta es cómo nos condicionaron la vida, cómo nos dejaron sin alternativa. Vos fuiste solo un factor.

Carlo movió la cabeza ambiguamente. –Pero fui yo... podría no haber sucedido.

Felipe se encogió de hombros mientras miraba para afuera.

-Sí... y Mercedes sería médico, y tal vez yo también –aunque lo dudo mucho- y seguirían aquellas ridículas reuniones y el juramento y todo eso.

Y Mercedes se hubiera casado con un médico... y seríamos dos descerebrados, lobotomizados por la actividad familiar.

Hizo un gesto de hastío.

-No, doctor, disculpa, Carlo... Es mejor así. Yo tengo mi tienda de surf, corro las olas, y ... voy viviendo. Para Mercedes fue peor. Pero va a salir.

-Tiene a Martín- no pudo evitar decir Carlo.

Felipe lo miró con una sonrisa de lado.

-No es para ella, ¿no lo viste?, el tipo está en otra...

Pasaron el puente colgante en silencio y se adentraron en La Barra. A esa hora el tráfico era importante y la marcha se hizo un tanto lenta.

-Lo que no me explico, es el por qué todo eso salta ahora, es como si el pasado quisiera... no sé, no sé...- dijo Felipe como hablando para sí mismo

-Es demasiada casualidad, algo está pasando.

-¿Crees en ese tipo de... cosas?

-No creo, lo sé, lo he experimentado.

Carlo lo miró serio.

-¿Me puedes contar?

-Para la camioneta allí- dijo Felipe señalando la playa.

Carlo obedeció. Aparcó la Cherokee entre dos pequeñas dunas de arena, puso el freno de mano y suspiró.

-Dime...

El muchacho respiró hondo.

-Después de lo de Mercedes, quedé muy mal. En cierta forma yo también era un "traidor", pero como era muy joven me la hicieron más liviana. Lo que no podía soportar era ver el sufrimiento de mi hermana. Y lo solo que me sentía mientras ella se sumergía en el dolor. En esos días murió la abuela, tal vez por el disgusto... No sabía qué hacer. La verdad es que entonces me di cuenta de que no tenía amigos, que era un tipo solo... y raro. Y concluí en que era un desadaptado, yo no tenía que estar viviendo todo esto. Me desconocía. Y aun lo siento así.

-¿Has pedido ayuda profesional?

Felipe lo miró como si fuera un marciano. Carlo optó por no insistir en ese punto y Felipe continuó.

-Pensé que el tema se resolvía por lo religioso. Habíamos hablado mucho de eso con Mercedes y la abuela, y entre mi hermana y yo, teníamos

nuestras propias conclusiones. Empecé a ir a la iglesia, solo, cuando no hubiera nadie. Y allí me concentraba fuertemente en mi interior, buscaba una conexión con lo superior, trataba de entender lo de Jesús. No sé, tantas cosas... Y me aislaba completamente de todo, entraba en mundos extraños, tenía visiones que día a día eran más y más consistentes. Hasta que un día, un cura se me acercó y me dijo que no fuera más a la iglesia.

Carlo lo miró sorprendido.

-¿Que había sucedido?

Felipe levantó las cejas con perplejidad y sacudió la cabeza. Comenzó a golpear suavemente el tablero de la camioneta.

-No lo sé... según cuentan algunos conocidos... y Mercedes... el cura ese comenzó a correr la voz de que cuando entró a la iglesia sintió un cántico extraño que provenía desde el altar. Y cuando miró para allí... ¡me vió!

Hizo una pausa y cesó el golpeteo.

-Parece que yo estaba de rodillas... ¡pero elevado a un metro del piso!, y cantaba en alta voz, y en una lengua extraña... Yo, por supuesto, no recuerdo nada. Cuando entraba en esos estados era como... como si abandonara el mundo. El hecho es que no me dejaron entrar más y todos me empezaron a mirar torcido en el barrio.

-Entonces me decidí. Llamé a mis padres, aunque nunca lo hacía, y les pedí dinero. Y me vine para acá y abrí la tienda de surf. Mercedes conoció a Martín y quedó allá... Acá no hice muchos amigos, alguno trajo el chisme... además...- Felipe se interrumpió e hizo un gesto de dolor. Y continuó.

-Pero yo seguí en lo mio, practicando en solitario. Pero en mi departamento. Empecé a leer, a informarme, conocí gente, asistí a conferencias y escuelas varias. La inmensa mayoría eran unos chantas, unos volados. Pero de un lado y otro sacaba alguna cosita que me iba explicando las cosas más y más. Entonces comencé a interpretar las cosas que sucedían a mi alrededor. Y descubrí que existe un idioma, una especie de lenguaje de los hechos y de las cosas, algo que te va explicando la vida a medida que ésta sucede, pero en otros términos. Ese es el idioma que ahora me dice que algo está pasando y que todo esto es demasiado para ser una casualidad.

Carlo todavía lo observaba muy serio.

-¿Qué, piensas que son cosas de locos? Mira que yo no fumo nada ni me drogo, sé de lo que te hablo.

-No, no- se apresuró a decir Carlo -solamente pensaba. Todo esto es tan...
¿Integras algún grupo, u orden esotérica?

Felipe lanzó una carcajada.

-No, no creo mucho en eso. Estoy solo, ando vagando por el mundo con una especie de sino en mi cabeza. Como Caín- dijo al final. Y su expresión se ensombreció un tanto –Como Mercedes.

-¿Y ella participa de esto?- preguntó Carlo con indisimulado interés.

-Sabe, sabe todo porque yo le cuento. Casi todo digamos. Pero ella tiene su propio misterio. Y yo se lo respeto. Yo también tengo mis secretos- agregó en un tono extraño

Carlo se acomodó en el asiento, inquieto.

-Disculpa, pero... ¿Cómo puedes estar tan seguro de todo... eso?

Los ojos de Felipe brillaban.

-Porque son años... y porque así me lo dijeron claramente.

-¿Que cosa te dijeron, quién?

-Ayer... no iba a ir a la cena. Tenía pensado experimentar con mis viajes interiores. Y escuché la voz, o las voces, no lo tengo claro. Es un fenómeno reciente, pero bastante firme. Y esas voces me decían que fuera a lo de mi hermana... que era necesario... para el futuro y para el pasado. No entendí muy bien lo que querían decirme, pero fui. Y sucedió lo que sucedió. Creo que en esto hay más cosas, y la respuesta la debemos buscar entre todos. Tenemos que sobreponernos a lo que pasó, tenemos que buscar los por qué. Todos juntos.

-¿Cómo entras en esos estados?

Felipe le detalló su experiencia.

Carlo asintió, reconociendo la técnica.

-Alquimia- se limitó a decir.

-Sí- dijo Felipe.

Hizo una pausa

-Además...

-¿Qué?

-Además, creo que tú sabes algo más. Tú sabes de... de algo de todo esto. Ayer estuviste a punto de decirlo.

Carlo lo miró largamente.

-Si- fue la seca respuesta.

CAPÍTULO 8

La sala de reuniones de la Latin Incorporated en Buenos Aires, era amplia, iluminada, elegantemente amueblada, y un lujo cuidadosamente calculado para no ser ostentoso, pero para que no pasara desapercibido para miradas entendidas.

Por los amplios ventanales la luz del sol era filtrada suavemente, proporcionando una claridad que se difundía por todo el ambiente sin la molestia de un foco de luz directo.

Un hombre, de unos sesenta años, impecablemente vestido, contemplaba la ciudad de Buenos Aires a través de ese ventanal en el décimo piso de un edificio de barrio Norte.

Más atrás, dos hombres y una mujer, también elegantes, discretos y de mediana edad, se sentaban a una enorme mesa oval que tenía un solitario y un tanto antiguo teléfono, que conectaba tan solo con una línea, estrictamente privada y utilizada en contadísimas oportunidades.

Todos miraban fijamente el aparato excepto el hombre de pie.

Nadie se movía, excepto alguno que tamborileaba sus dedos sobre la mesa, en movimientos inseguros y discontinuos.

Esperaban.

El teléfono sonó y el hombre interrumpió el tamborileo y las miradas se dirigieron, nerviosas, hacia el hombre de pie junto a la ventana.

El teléfono sonó una vez más y el hombre de pie se aproximó a la mesa y esperó.

Cuando el teléfono sonó por tercera vez el hombre descolgó el tubo.

-Sí...- fue todo lo que dijo. Y escuchó atentamente unos minutos.

-Comprendido- finalizó, y cortó.

Miró a los demás.

-Esta vez llamaron de Estados Unidos- hizo una pequeña pausa – Aparecieron de nuevo, hace un par de meses, en Italia. Y existe la posibilidad de que se esté creando una nueva célula, cerca de aquí. Tenemos que actuar.

La turbina del Boeing 737 de Aerolíneas Argentinas, se fue deteniendo con un silbido suave en el aeropuerto Jorge Newbery, más conocido como

Aeroparque, de la ciudad de Buenos Aires. Era el tercer vuelo de ese día del puente aéreo Buenos Aires – Montevideo.

Martín esperaba tranquilamente a que la fila de impacientes pasajeros apretujados en el pasillo descendiera, y así él podría moverse con comodidad para descender del avión.

Era un viaje de un par de días, donde concurriría a la reunión con Claudio y arreglaría algunas cosas personales en Buenos Aires.

El hecho de que la reunión hubiera sido adelantada una semana no le sorprendía. Había ocurrido otras veces. De todas formas, él estaba preparado.

Cuando el pasillo se despejó, Martín se levantó y sacó su equipaje del compartimento sobre los asientos: una gabardina liviana y un ataché moderno con combinación.

A la salida del aeropuerto tomó un taxi.

El trayecto no fue largo, pero Martín pudo apreciar una vez más los olores, colores, sonido y ritmo de la gigantesca Buenos Aires. Su Buenos Aires. Martín amaba esa ciudad. Con todas sus contradicciones, Buenos Aires representaba para él el gran caldero de las oportunidades, donde había que estar atento y bien preparado para cuando pasara una al alcance de la mano. Y Martín se había preparado toda su vida. Desde su niñez en la casi olvidada Cruz del Eje, una pequeña ciudad de la Provincia de Córdoba hasta ese presente, la vida de Martín había sido toda lucha y conquista. Y muchas, demasiadas, derrotas. Martín no renegaba de su origen, pero se decía oriundo de Córdoba, sin aclarar que no era nacido en esa ciudad, sino en el interior de la Provincia homónima. Y había visto cómo, con el tiempo, él mismo había llegado a convencerse y a no hacer distinción entre una cosa y otra. Claro, hubiera preferido nacer en Buenos Aires...

El taxi llegó a destino interrumpiendo sus pensamientos.

Pagó y descendió en el céntrico cruce de Santa Fe y Callao. Un día hermoso y soleado, que hacía gustar más aun de Buenos Aires. Martín sonrió, hoy se regalaría con un almuerzo en la Costanera: bife de chorizo, provolone y papas fritas, con un buen Merlot; la mejor forma de entrar en Buenos Aires, la clásica.

Recorrió los pocos metros que lo separaban del edificio, entró y en el ascensor miró su reloj. Perfecto, faltaban apenas cinco minutos para la reunión que había fijado Claudio Montesor.

-Martín Piriz- anunció por el citófono y un zumbido le abrió la puerta.

La secretaria lo saludó sin efusividad y siguió con lo suyo. Martín se sentó en silencio. Desde hacía años se dispensaban ese trato serenamente hostil con la secretaria de Montesor. Ella porque lo consideraba “un arribista de provincia”, y él porque la veía como “una simple secretaria con inflación psicológica, que ni siquiera está buena”.

A la hora en punto la secretaria lo anunció.

Cinco minutos después sonó el intercomunicador y la secretaria le hizo una seña para que entrara. Martín ni siquiera la miró.

Abrió la puerta y entró en el despacho de Claudio Montesor. Se secó las manos disimuladamente en sus pantalones antes de avanzar hacia su jefe con una franca, cordial y segura sonrisa.

-¡Martín!- exclamó Montesor con entusiasmo.

Claudio Montesor tenía cuarenta y cinco años, pensaba en el retiro, para el cual faltaba aun mucho tiempo, y sentía un suave desprecio por Martín al que consideraba un oportunista inescrupuloso pero eficaz. Lo que más le gustaba era que cuando Martín se concentraba en un trabajo, era de lo mejor.

Claudio todavía no entendía bien cómo ese proyecto que dispensaba enormes sumas había llegado hasta él, pero la teleconferencia con aquella hermosa mujer –que parecía saber todo sobre su vida- y el depósito en su cuenta bancaria que habían realizado habían terminado de convencerlo. Su vida, un tanto aburrida y restringida, iba a cambiar. Podría -¡al fin!- satisfacer los deseos de su joven mujer, y, sobre todo, los de su –no tan joven pero mucho más exigente- amante desde hacía ya cuatro años. ¡y podría cambiar el auto! “Mañana mismo”.

Una búsqueda en internet había mostrado a esa firma como sólida, antigua y vinculada a investigaciones de mucho nivel para varios gobiernos. Le habían enviado un archivo con toda la información y el nivel de abordaje de la investigación. “Esta gente sabe trabajar.” Sería cuestión de organizarse un poco. Después de un rápido relevamiento decidió contratar a cinco personas con las capacidades deseadas... por él. Tenaces,

intuitivos, responsables, y no tan inteligentes como para llegar a su nivel de decisión o contactos. Martín era perfecto para eso

Ambos se estrecharon las manos por encima del escritorio, fuerte y efusivamente en declaración de una falsa confianza mutua.

-Siéntate, siéntate. ¿Un café?

-Sí, gracias- dijo Martín tomando asiento en la cómoda poltrona de cuero del elegante despacho de Claudio.

-No, mejor vamos al sofá- dijo Claudio.

A Martín no le pasó desapercibido el hecho. Era evidentemente distinto conversar con un escritorio de por medio, por más elegante que fuera, que hacerlo en el cómodo y confortable espacio del un sofá y dos elegantes Bergere en estilo californiano, y una discreta mesita ratona.

Y por supuesto que era muy distinto que lo atendiera en su despacho céntrico, y no las acostumbradas reuniones en el casi destartado despacho de la facultad, donde todo era ruido, olor a papel y manchas de café, y donde entraban y salían profesores y alumnos a cada instante.

Martín se sintió bien. Y ansioso.

Claudio pidió los café y ambos se dirigieron a los sillones. Claudio portaba una carpeta de cuero.

Hablaron de los consabidos temas del tiempo y del vuelo hasta que la secretaria trajo los café y se retiró

Claudio interrumpió la conversación banal, lo miró con una amplia sonrisa en su rostro y dijo:

-Martín, tengo excelentes noticias.

-El proyecto...- comenzó a decir Martín, deseoso de hablar de sus últimos trabajos.

Claudio agitó la mano interrumpiendo.

-Olvida el proyecto... es decir, lo postergamos por un tiempo- agregó al ver la cara de Martín, -Tengo algo que te va a entusiasmar mucho más.

Martín no parecía muy entusiasmado. Claudio lo sonrió.

-Confía en mí. Es algo a la medida de tus conocimientos y a la medida de lo que te gusta... Y muchísimo mejor pago- agregó.

Martín tomó apresuradamente un sorbo de café. Ahora sí que parecía entusiasmante.

-Es un proyecto que viene de un instituto privado de Estados Unidos, se trata de física cuántica.

Martín abrió mucho los ojos.

-Claudio sabes que eso me encanta, pero temo no estar a la altura...

Claudio levantó la mano para detenerlo.

-Tranquilo, no vamos a instalar un acelerador de partículas, se trata de la física cuántica en relación a la mente: noética. Como se le dice actualmente. Y lo nuestro va a ser trabajo de campo, sistematizar experiencias de otros, analizarlas según los parámetros científicos. Hay un montón de cosas que pasan por allí relativas a las actividades de la mente, que escapan al ámbito de la ciencia, nuestro trabajo es sistematizar el estudio de todo eso. Hay mucha gente trabajando en esto, es una gran pesquisa a nivel internacional. En lo que nos toca a nosotros de inmediato pensé en vos, con tu afinidad a la cuántica y tu mentalidad científica estás en posición ideal para hacer un buen trabajo de campo. Es algo bastante sencillo y muy interesante, entretenido. Vas a conocer mucha gente. ¿Qué te parece? Martín, esto es Heisenberg, Böhr, Fritjof Capra, y tantos otros, aplicados al trabajo de campo, donde la mente se junta con la física, ¡lo que siempre hablaste!

Martín parecía dudar, todo esto era tan repentino... abandonar todo el otro trabajo, y ni siquiera sabía por dónde empezar. No...

Claudio sacó de la carpeta un folio de una veinte páginas y se lo dió.

-Esto es el plan detallado de la investigación, el propósito, las tareas, el marco teórico, como enfocar el trabajo de campo, nivel de abordaje, objetivos, tipo de informes, indicios a relevar, etc. Como ves, está todo pensado.

Martín comenzó a leer y después de un momento pasó las páginas más rápidamente. Allí estaba todo, en detalle. Pero no tuvo tiempo de seguir pensando. Claudio garabateó algo en un papel y se lo alcanzó. Martín lo miró sin entender.

-¿Qué es esto?

-Tu sueldo base. Hay que agregarle los gastos, por supuesto.

Martín abrió desmesuradamente los ojos. Claudio sonrió, de adentro de la carpeta extrajo un par de hojas con una larga lista y se lo alcanzó.

-Hay que empezar relevando las actividades de todos estos grupos y estas personas, allí están las direcciones donde funcionan. Te presentas como investigador de la Facultad, yo te doy las acreditaciones correspondientes; van a estar muy contentos de que al fin la ciencia se interese en ellos y legitime su actividad. Están todos cerca de Buenos Aires, y alguno en Córdoba.

Claudio miró la lista por encima. Sonrió disimuladamente. Él sabía muy bien por dónde comenzar.

-¿Cuándo empezamos?- preguntó Martín sonriendo, ahora abiertamente. Claudio abrió la carpeta, extrajo un cheque y se lo entregó a Martín. Éste lo miró y deglutó.

-Ahora- respondió Claudio sin ocultar su satisfacción.

CAPÍTULO 9

Mercedes se contempló en el espejo una vez más; de frente, alisando los pliegues de su falda con ambas manos; giró a un lado y se observó por encima del hombro derecho y luego repitió el movimiento hacia el otro lado. Tocó la base de sus cabellos que había peinado cuidadosamente para darle aquel aspecto un tanto descuidado que le sentaba maravillosamente, sus rizos lucían brillantes y largos. Movi6 la boca varias veces para emparejar y disminuir un tanto el rouge.

Sí, estaba nerviosa, no lo podía negar.

Después de numerosas pruebas había optado por un sencillo vestido veraniego negro -esto disimulaba un tanto sus anchas caderas y hombros atléticos- abotonado al frente en la parte superior, un cinturón ancho, de cuero también negro con hebilla plateada, sandalias blancas de taco alto y cartera al tono.

“Si, esto está bien.” Giró, se miró las caderas y súbitamente se quitó todo. Optó por unos discretos pantalones azules y una remera azul con rayas finas, blancas y cuello blanco. “El estilo marinero nunca falla, siempre va bien.” Un collar de grandes cuentas blancas y caravanas haciendo juego completaron todo.

Se sentía bien arreglada para ir a donde fuese. Porque no tenía la menor idea de a dónde iba a ir con Carlo Santomauro.

Él la había llamado “para conversar y disculparse” de lo ocurrido hacía tres días, y ella, que había hablado largamente de todo esto con Felipe, había aceptado sin mostrarse particularmente entusiasta. Una respuesta afirmativa, cortés, y correcta.

-Te paso a buscar ocho y media- le había dicho Carlo por teléfono. Y colgó sin decir más.

“¿Para ir a dónde?”, no dejaba de preguntarse Mercedes. “¿Por qué no hablamos aquí? Se disculpa, tomamos un café y todo termina simple y sencillo.” No había tenido oportunidad de preguntar. Y así se vio comprometida en “una salida”.

Miró el reloj de su muñeca y tomó la cartera en sus manos. Faltaban diez minutos, se sentó en una silla, las piernas muy juntas y la cartera apretada

en sus manos. Así permaneció un buen rato. De pronto se levantó y tiró la cartera arriba de la mesa.

“¡Soy una idiota!”

En eso se escucharon varios bocinazos.

Casi sin respirar tomó la cartera y corrió hacia la puerta. Se detuvo, respiró hondo y caminó muy lento.

Carlo estaba en su camioneta y la saludaba muy sonriente. Vestía jeans, una impecable camisa blanca y mocasines.

“Sport, ¡bien!” Mercedes sonrió para sí, aliviada.

Con un leve movimiento de cabeza como saludo, y manteniendo una discreta postura, Mercedes entró en la camioneta.

-Hola.

-Hola.

Después de un viaje algo tenso se habían detenido en la costanera de Punta del Este. Carlo descendió y ella hizo otro tanto.

-¿A dónde vamos?- preguntó Mercedes.

-A cenar...- contestó él como si fuera lo más normal del mundo. Mercedes optó por callar para no arruinar las disculpas que –en algún momento- se iban a producir.

Y entraron al coqueto restorán. Entre luces de velas y numerosos “Buenas noches, doctor” un maitre los condujo a una mesa reservada con el nombre de “Dr. Santomauro”.

-Es inútil, no me puedo sacar lo de “doctor”.

-¿Y cuál es el problema?, eres doctor...

A Mercedes no le pasó desapercibida la sombra que pasó por el rostro del hombre.

-Ya no ejerzo.

-Pero no dejas de ser doctor.

-Después te explico. ¿Sabes que en la Isla de Gorriti había una planta procesadora de carne y aceite de ballenas? ¿Y que acá cerca está hundido El Agamenón, el buque insignia de la flota del Almirante Nelson?

Mercedes levantó las cejas, interesada.

Carlo era un orador entretenido, que hablaba con la profundidad justa para no parecer pedante e intercalaba toques de humor que Mercedes no había podido resistir.

Dos horas después hablaban animadamente acerca de la historia de Punta del Este mientras esperaban los postres.

Mercedes había ordenado su vino preferido, un vino blanco de nombre alemán, una variedad Riesling cultivada en Argentina y que se traducía por “Leche de madre” y ante la sorpresa de Carlo había pedido una segunda botella.

Y así la conversación fue derivando hacia los temas preferidos de Mercedes, la historia antigua, los egipcios y toda esa época.

Ella hablaba entusiasmada y Carlo debía hacer un esfuerzo por prestar atención, ya que todo su ser estaba embebido en la contemplación del espectáculo que es una mujer hablando entusiasmada ante un hombre que, de alguna manera, construyó ese maravilloso instante. Carlo se permitió disfrutar de esa embriaguez. Pero no dejó de intercalar intervenciones graciosas o irónicas. Otra de las armas infalibles en la esgrima entre hombre y mujer: hacerla reír.

Mercedes estaba finalizando una de sus numerosas carcajadas y bebía un sorbo de vino cuando Carlo le dijo.

-¿Me disculpas?

La había tomado completamente por sorpresa, en el momento justo.

Asintió con la cabeza sin decir más.

-Al fin y al cabo, no sé si no fue una liberación de todo aquello.

Estuvieron un rato en silencio.

-No me preguntaste por Martín- le dijo ella con un brillo extraño en su mirada.

Carlo respiró hondo.

-Está en Buenos Aires, ¿no? Me lo dijo Felipe...

Mercedes optó por no seguir con el tema. Algo era evidente, pero a pesar de eso, no se podía definir. ¡Ni se debía hacerlo a esa altura!

-Tú y Felipe parece que hablaron de muchas cosas...

-Sí, así es.

Ahora ella lo miraba fijo.

Existen alternancias de poder durante una conversación que, si son bien utilizadas por quien sabe hacerlo, logran del otro una aparente posición de dominio que, al final, lo llevan al terreno de intimidad deseado.

Carlo lo sabía muy bien, por eso dejó que Mercedes disfrutara de ese momento de poder que parece ostentar el que pregunta y exige respuesta. Necesitaba que ella confiara en él. Además, no lo podía negar: esa mujer le gustaba, y mucho.

-Eres divorciado...

Carlo la miró con una mezcla de dulzura y simpatía.

“Médico exitoso, de media edad, sin compañía aparente, que invita a cenar a una mujer... tiene que ser divorciado.” Pero en ese momento Mercedes se dio cuenta que se había asomado a un abismo. Sintió algo fugaz, una mezcla de temor y curiosidad, un sentimiento de...

Llegó el mozo con los postres y los sirvió. Antes de irse reencendió otra vela y retiró la que estaba a punto de consumirse.

-Soy viudo.

-Ah, disculpa...

-No, no hay nada que disculpar, es una pregunta lógica.

No obstante, el pequeño e incómodo silencio que se da en esas situaciones se hizo un poco pesado. Frío...

Carlo suspiró.

-Bueno, habrá que ir hasta el final, si no, queda algo incómodo. Te lo cuento más tarde. Además... es pertinente con todo esto.

Mercedes lo miró intrigada.

-Vamos- dijo él.

-¿A dónde?

-A mi casa...

Ella lo miró con un dejo de frialdad. Carlo sonrió.

-No, no, nada de eso, no te preocupes. Solo quiero mostrarte algunas cosas, explicarte otras, y charlar tranquilos.

La cabaña de Carlo Santomauro estaba construida en madera y piedra con techo de “quincho”, y aparecía casi oculta en un recodo del camino que bordeaba la Laguna del Sauce, ese gran espejo de agua cercano a Punta

del Este que ofrece una combinación impecable de paz, naturaleza y belleza.

Un monte de pinos y eucaliptos daba la adecuada sombra y desde la entrada de la cabaña, ubicada en la cima de una pequeña colina, se podía apreciar el espectáculo de la luna llena poniente sobre la laguna que brillaba con infinitos reflejos plateados.

Cuando se apagó el motor de la camioneta descendieron. Solo el canto de los grillos y las ranas se escuchaba. A veces, el canto apagado y un tanto lúgubre de un ave nocturna entraba a destiempo, dando una nota extraña en ese concierto monótono. O bien el repentino y corto chapoteo de una tararira cazando.

Mercedes se detuvo a contemplar la laguna.

-Hermoso, ¿verdad?- preguntó Carlo.

-Impresionante...

Se dirigieron hacia la casa.

Un amplio y cómodo espacio con sillones, reposeras y alguna mesita precedía a una puerta grande y sobria.

Entraron.

Cuando Carlo encendió la luz Mercedes pudo ver un amplio estar en desnivel con cómodos sillones frente a una gran estufa a leña. Dos escalones arriba se alcanzaba un comedor sencillo y rústico para ocho personas y más atrás se adivinaba una cocina que, como vería después, era amplia, con grandes ventanas y con todo lo necesario al alcance de la mano.

A un lado, contra una pared, una escalera ancha conducía a la parte superior donde se encontraban los dormitorios.

Al otro lado, un pasillo corto finalizaba en una puerta.

-Preparamos un café- dijo Carlo dirigiéndose a la cocina.

Recorrieron la casa con la taza en mano mientras Carlo le explicaba cómo había construido la cabaña, el tipo de maderas utilizado para la estructura y para los muebles, las piedras que fueron necesarias y de dónde las trajeron.

Cuando llegaron a la estufa Mercedes miró un retrato de una hermosa mujer de unos cuarenta y pocos años, rubia y de ojos muy claros. Sin saber muy bien por qué, sintió cierto alivio en que fuera rubia.

-Era mi esposa, esa foto fue poco antes de morir- la expresión de Carlo era de una tranquila dulzura, apenas traicionada por un fugaz brillo en su mirada.

-Qué hermosa... y qué joven...- no pudo evitar de decir Mercedes.

Carlo suspiró.

-Ven, te muestro mi bunker.

Y la condujo a la puerta al final del pasillo.

Mercedes se estaba acostumbrando a los abruptos cambios de tema de Carlo. "Posiblemente volverá sobre el asunto..."

Cuando Mercedes entró se percató que era una habitación grande. Al principio no entendió que significaba aquella maraña de objetos multicolores que tapizaban las paredes. Pero rápidamente se dio cuenta de un orden. Las decenas de cañas de pesca de todo tipo y tamaño estaban en los soportes correspondientes. De un inmenso marco en la pared pendían ordenadamente lo que después supo que eran señuelos de pesca para todo tipo de presa. A un lado, en un tablero más pequeño, estaban las moscas de pesca. En los cajones de un inmenso banco de trabajo se encontraban perfectamente ordenadas un sin número de bandejas clasificadoras con todo tipo de anzuelos, torcedores, mosquetones y muchísimos etc., de los cuales Mercedes no pudo retener el nombre. En otro mueble, los cajones guardaban reeles para toda ocasión y las correspondientes bobinas de hilos de diferentes medidas. Sobre el banco de trabajo una pequeña morsa aun conservaba el inicio de una nueva mosca de pesca. Sobre una pared, una confortable poltrona frente a un gran escritorio con un computador y varias revistas de pesca. Sobre esa pared se podían apreciar numerosas fotografías de Carlo ostentando capturas de todo tipo. Mercedes no pudo dejar de notar que en varias de ellas estaba con su esposa.

En suma, se podría decir que estaba al interior de una muy completa y exclusiva casa de venta de artículos para la pesca.

Carlo la miraba divertido ante el asombro de la muchacha.

-Esto es mi hobby.

Y se lanzó en una explicación general de la pesca, sus enseres, dificultades y satisfacciones. Mercedes supo de carnadas y señuelos de diferentes profundidades y velocidades, de las características de las cañas y reeles, de

peces y de anécdotas. Y bastante de embarcaciones y lugares exclusivos para determinadas especies.

Carlo continuaba al verla tan interesada. Ella en realidad, estaba un poco divertida y con mucha curiosidad por conocer qué era lo que despertaba una pasión en aquel hombre. “Todos son unos niños en el fondo cuando descubren lo que les gusta”.

-¿Que te parece?- preguntó Carlo al ver que estaba callada.

La había tomado por sorpresa.

-Me parece..., esté..., me parece igual a cuando las mujeres hablamos de “bijouterie”....

Carlo la miró, asombrado y después de unos instantes ambos estallaron en una carcajada.

-Vamos, vamos a tomar otro café.

-Bueno, pero el último- dijo ella.

Después del primer sorbo estaban más tranquilos.

-Se llamaba Martha- dijo Carlo sorpresivamente.

CAPÍTULO 10

En setiembre del año dos mil, Carlo Santomauro y Martha Castro viajaron a Italia, tal como lo habían planeado tres años atrás, cuando se casaron en una ceremonia privada y sorpresiva, tanto para los escasos familiares de ambos como para los numerosísimos conocidos y amigos de la pareja.

Carlo, a punto de cumplir cuarenta años el día de su casamiento, no solo había forjado una carrera exitosa, sino que se había convertido en uno de los solteros más codiciados de Córdoba.

Nunca comprendió muy bien cómo fue que se enamoró perdidamente de Martha. Siempre había pensado que en su mente no había más espacio para nada que no fuese la medicina... y el éxito social y económico que ello acarrearía.

Ella era periodista, y la había conocido en el curso de una entrevista.

Apenas más joven que él, Martha era una mujer inteligente y perpicaz, y rápidamente se dio cuenta del efecto que producía en ese apuesto médico; tal vez, como a menudo sucede, antes de que él mismo se percatara.

Martha había tenido un matrimonio anterior en su juventud, el cual finalizó rápidamente por una insostenible mezcla de caracteres explosivos y pocas ganas de construir una pareja. Martha había aprendido mucho de todo esto y con el pasar de los años había adquirido una tranquila madurez. Algo que se reflejaba en una sonrisa paciente y segura. Una expresión que es un atractivo terrible para todo guerrero que se come a la vida y busca un punto seguro donde refugiarse.

Martha proporcionaba esa seguridad.

Y Carlo no paraba de luchar contra la vida. Y para peor, aun no había sufrido ninguna derrota.

Nunca entendió lo que pasó, simplemente comenzaron a vivir juntos y un buen día entendieron que no podían vivir uno sin el otro. Y se casaron.

Los primeros años fueron de éxitos impostergables en la carrera de Carlo. Había logrado formar un equipo sumamente eficiente para intervenciones de alto riesgo y respondían a los requerimientos de varios hospitales y también de particulares. Esto ocasionaba una agenda ininterrumpida y agobiante.

-Tienes que descansar en algún momento- le dijo Martha una vez más.

-Lo sé, lo sé. Pero te aseguro que cuando tengo un corazón muerto en las manos y logro hacerlo vivir, desaparece toda sensación de cansancio. Es la gloria, es el poder más grande que puede alcanzar un hombre.

-Estás a un paso del Olimpo- ironizó Martha.

-Lo he alcanzado, varias veces lo he alcanzado- respondió Carlo con la mirada perdida.

Y la consiguiente alarma de Martha.

Tiempo después ella continuó insistiendo.

-Ni siquiera hemos hecho viaje de luna de miel. ¿No puedes dejar a otro en tu lugar?

-No, no hay nadie que pueda ocupar mi lugar. Dejar a otro sería arriesgar una vida.

-Eso está muy próximo a la soberbia, querido. No eres tú quien decide los destinos.

Carlo la miró como a alguien que no tiene la menor idea del asunto y sonrió con un dejo de ironía.

El tema se había congelado por un tiempo hasta que salió la oportunidad de un congreso en España donde invitaban muy especialmente a Carlo.

-Ahora sí, esta es la oportunidad de escaparnos unos días. Y no admito otra opinión- Martha había sido terminante.

De inmediato se abocó a planificar unas vacaciones en España e Italia. Toda la vida había querido conocer Italia. Carlo no tuvo opción.

El congreso se desarrolló sin sorpresas y Carlo recibió los consabidos vítores por su ponencia.

De inmediato partieron en su postergada luna de miel.

El recorrido por España le sirvió a la pareja para distenderse y para comenzar a tener una intimidad prolongada, la cual hasta ese momento le había sido desconocida.

Durante los anteriores tres años Martha había conocido muy bien a Carlo en función de su interacción con los demás. Pero ahora lo conocía a través de sí misma. Y bajo el eterno rol del cirujano con su coraza olímpica descubrió a un hombre que aun sabía asombrarse, que era curioso, y que tenía enormes áreas de la vida sin explorar. Sobre todo de su vida interior.

Por su parte Carlo siempre había visto en Martha el oasis de seguridad que necesitaba. Y ahora en la nueva intimidad veía... una mujer. Una mujer en toda su dimensión. Más allá del rol, más allá del estereotipo que permanentemente ocupa el pensamiento. Más allá de todo eso sintió al ser humano mujer. ¡Y era su esposa!... ¡Y él era su esposo!

Ambos comenzaron a gozar intensamente de ese sentimiento de complicidad y de aventura que es en el fondo, la vida en pareja.

Esta redimensión que experimentaron ambos incrementó y consolidó un enorme, sereno y firme amor.

Y así llegaron a Italia.

Después de un par de semanas de recorrer las principales ciudades Carlo estaba pensativo. Paseaban por la famosa Via Veneto.

-¿Qué estás pensando, Carlo?

-Que esto es maravilloso, que no quiero que termine. Y que quiero conocer la Italia del sur, la otra Italia, la que tantas veces escapa al turista. Y quiero que tengamos un hijo.

Martha lo miró y no pudo evitar las lágrimas.

Al otro día consultaron a Vittorio, el conserje.

Era un muchacho joven, de unos veintitrés o veinticuatro años, de piel morena y pelo un tanto rizado. La pareja le había caído simpática desde su llegada, cuando tuvieron que hacer equilibrio entre un italiano improvisadísimo e ininteligible y un inglés que no se animaban a utilizar con el muchacho. Este los miraba sonriente y esperaba pacientemente que se callaran.

-¿Entenderá algo este tipo?- preguntó Carlo a Martha sin dejar de mirarlo.

-Entiendo todo, señor. Mi nono era de Venezuela y me enseñó el español.

Carlo y Martha lo miraron de boca abierta mientras el joven reía a carcajadas.

Desde ese día Vittorio se transformó en su auxiliar y consejero para su estadía en Roma.

Y a él recurrieron para que los aconsejara sobre su viaje al sur.

-Soy de la Calabria- dijo con orgullo Vittorio –más italiano que eso no van a encontrar. Eso es lo que buscan. Esperen que llamo a la “nonna”.

Y de inmediato tomó el teléfono.

Después de una larga conversación en dialecto, donde se adivinaban saludos para mucha gente y consejos interminables de la abuela del conserje, la información pareció fluir.

Vittorio tomó nota de lo que le decía su abuela.

-¡Ciao nonna, un bacio!- se despidió el muchacho.

Al otro día partieron.

Era casi de noche cuando el tren se detuvo en Cosenza. Allí los esperaba un joven con un cartel que decía: “Signore Santomauro”, que los condujo a una vieja Fiat Punto.

No encontraron idioma posible en el cual entenderse y cuando se agotaron de los vanos intentos optaron por dormir.

Horas después el auto se detuvo en su destino.

El joven sacó un viejo mapa y les mostró dónde se encontraban. A la tenue luz del auto pudieron comprender que se hallaban en un pueblo del cual no pudieron leer el nombre, pero que estaba en los confines entre la Calabria y la Basilicata.

Varias sombras se movían alrededor de ellos cuando descendieron. Algunas les hablaron, y entre risas contenidas los condujeron a una casa.

Estaban en una vieja y sencilla habitación, muy limpia, con una cama de matrimonio, lo indispensable para poner sus equipajes y al lado de un baño precario y con una estrecha ventana.

La ropa de cama olía a lavanda y estaba levemente acartonada por el reciente planchado.

Carlo y Martha se miraron y sonrieron. Optaron por acostarse y dormir, a Martha le dolía un poco la cabeza.

Al día siguiente los despertó la algarabía de pájaros y animales de granja. Cuando salieron al exterior se maravillaron, estaban entre montañas verdes de una vegetación salvaje y profusa, el aire era fino y fresco y los hilos de nubes se estaban desprendiendo de las cumbres cercanas.

La casita se encontraba en una altura y más abajo se veían unas cincuenta casas –también muy sencillas- alrededor de un espacio con un edificio más grande. Seguramente era el asiento de la autoridad local, la policía, etc.

Una pareja de viejos ascendía trabajosamente hacia ellos. Eran una anciana y un anciano de edades indefinidas, con la tez morena de los soles y los fríos del invierno en montaña.

Se presentaron hablando un español cortado por años de italiano.

Eran los abuelos de Vittorio.

Lo que siguieron fueron días de comidas maratónicas, extensos paseos a pie, a caballo y en auto, y charlas interminables.

Los abuelos de Vittorio estaban empeñados a que los huéspedes probaran absolutamente todas las comidas y bebidas de la región. Martha apenas pudo resistirse, Carlo ni lo intentó, disfrutó ampliamente de esa compañía sana, auténtica y fresca, como todas las delicias que les ofrecían.

Pero además, querían hacerles conocer a todos los parientes y vecinos – que normalmente eran lo uno y lo otro- y supieran de todas las anécdotas e historias del *paese*, es decir, del pueblo.

Cuando se despegaban de aquella avalancha social organizaron sus otros paseos. Visitaron antiguos asentamientos griegos del Siglo V y VI antes de Cristo, recorrieron cavernas amplias, hasta donde nacían arroyos de agua helada y cristalina y se deleitaron con la sensación de vivir en un tiempo eterno.

De noche, después de una cena frugal, normalmente a base de pan, queso tomate y el infaltable aceite de oliva, se iban a acostar temprano. Y permanecían un rato charlando a la luz de las velas.

-¿Era lo que buscabas?- le preguntó Martha.

-Sí, esto parece ser la realidad del ser humano. Sé que tenemos que volver, sé que hay cosas que me reclaman, pero ahora voy a disfrutar. Y después tendré que pensar cuál es mi realidad. Nuestra realidad. Siento que un cambio grande se está produciendo.

Martha sonreía. Su marido estaba despertando...

Estaban felices y serenos. Y siempre que podían, se empeñaban en la busca del hijo que habían planeado.

Lo que no tenían idea era de la magnitud del cambio que iban a experimentar, y que Carlo estaba apenas intuyendo.

CAPÍTULO 11

Carlo despertó temprano. Ya había luz, si bien el sol aun no había despuntado las cumbres que los rodeaban y las nubes aun estaban bajas.

Se levantó apenas vio que estaba solo en la cama.

Martha estaba en la puerta, disfrutando una taza de té que le había alcanzado la abuela de Vittorio apenas la vio salir de su casa. Estaba arrebujaada en su casaca de nylon, para parar un poco el fresco aire húmedo de la mañana.

Había llovido mucho durante la noche.

Carlo la abrazó.

-¿Vamos al manantial?

Ella asintió en silencio.

Así llamaban a un lugar que habían descubierto unos doscientos metros más arriba en la montaña.

Era un claro entre la profusa y salvaje vegetación, un pequeño lago donde apenas se notaba el leve movimiento que producía el fluir de aguas subterráneas. Un espejo de agua límpido y puro, que se derramaba en pequeños hilos plateados que, más abajo, seguro comenzarían a construirse como uno de los tantos arroyos que surcaban la zona.

-El lugar del nacimiento del agua- lo había denominado Martha –aquí es donde las cosas nacen.

A Carlo le había gustado esa interpretación, y allí se dirigían para hablar de sus cosas y sus proyectos.

En eso estaban cuando sus vidas cambiaron para siempre.

Carlo contemplaba a aquella mujer, a su mujer, con adoración. No podía creer cuánto había descubierto de ella y de sí mismo... gracias a ella.

Estaba sentado a su lado, a orillas del manantial y le llamó la atención la mirada brillante de Martha.

Ella, con una suave sonrisa, juntó unas ramitas secas y un poco de cortezas, sacó de entre sus ropas una caja de fósforos y encendió una pequeña hoguera.

-El fuego...- le dijo. Y a continuación elevó las manos por encima de su cabeza e hizo unos movimientos suaves.

-El aire...

Hizo un cuenco con sus manos y las introdujo en el agua del estanque. Las sacó y dejó correr el agua por su cabeza.

-El agua...

Y finalmente introdujo sus manos en la tierra por debajo de la hojarasca y las hierbas.

-La tierra...

Carlo la miraba asombrado y maravillado.

-Son los cuatro elementos- dijo ella con las manos aun en la tierra. –Los conjuro para que este cambio maravilloso que veo en ti, sea permanente.

Carlo abrió mucho los ojos, iba a preguntar qué clase de brujería era esa cuando los cuatro elementos parecieron dar su respuesta.

Como lo hace a veces: en la forma más sorpresiva y cruel que alguien pueda imaginar.

Martha lanzó un fuerte grito de dolor y levantó las manos.

-¡¿Qué pasó?!- preguntó Carlo, alarmado y poniéndose de pie.

Y en ese momento alcanzó a ver la oscura silueta de una araña enorme que se escabullía entre la hojarasca.

-¡Me mordió, me mordió!- no dejaba de gritar Martha desesperada y asustada mientras se tomaba su mano derecha y la mantenía levantada.

-¡Y me duele, me duele mucho!

-Baja la mano, y no la muevas- atinó a decir Carlo pensando en demorar la circulación del veneno.

Rápidamente improvisó un torniquete a unos diez centímetros por encima de la mordedura.

-Vamos, vamos al pueblo. Y por favor, sin agitarnos, tienes que moverte lento y tranquila.

Martha con los dientes apretados no cesaba de llorar.

Cuando llegaron al pueblo su brazo estaba considerablemente hinchado y la fiebre había comenzado. El pulso era leve e irregular, y Martha se quejaba de fuertes dolores abdominales.

-Tarántula- fue todo lo que dijo el abuelo, y bajó la cabeza, abatido.

“Shock anafiláctico”, pensó Carlo con terror.

La abuela movió la cabeza con aire pesimista.

Y allí la implacable realidad les cayó encima.

El hospital más cercano estaba a horas de distancia, y era inaccesible por varios días debido a los derrumbes que se habían producido la noche anterior a causa de las lluvias.

No había una medicación adecuada en el pueblo, donde un dispensario local apenas tenía antidoloríficos y alguna venda.

Lo que se necesitaban eran antialérgicos.

-Llaman a don Güerrino- escuchó que decía la abuela.

Acostaron a Martha en una cama en la casa de los abuelos. Sudaba, y comenzaba a perder el sentido. Su brazo estaba muy hinchado.

Carlo había estado aflojando y apretando el torniquete, pero vio que a esa altura era inútil: la infección estaba casi a la altura del hombro.

El pulso de Martha se debilitaba y se aceleraba por momentos. Y unas fuertes convulsiones la sacudían.

Nunca en su vida Carlo se sintió tan impotente. Él, el médico célebre, aquel que ingresaba al Olimpo cuando quería, el que había tenido la vida de decenas de personas en sus manos, el poseedor del conocimiento y la experiencia... no podía hacer absolutamente nada más que darle sorbos de agua y humedecer su frente.

Pasaron las horas y la situación empeoraba. Martha estaba cada vez más débil. En algún momento parecía recobrar el sentido e intentaba hablarle, pero el dolor y la debilidad se lo impedían. Solamente lo miraba con dulzura, intentando una sonrisa en su boca reseca. Y volvía a caer en el sopor.

Así siguió hasta ver cómo su aliento se extinguía y cómo su corazón dejaba de latir. Desesperado puso su oído en el pecho de su esposa. Nada. Puso una cuchara en su boca buscando un rastro de aliento, cualquier cosa que indicara una esperanza.

Martha había muerto.

Carlo intentó todo lo que sabía, practicó el masaje cardíaco y la respiración boca a boca hasta el agotamiento, mientras los abuelos lo miraban entristecidos.

La abuela pasó un brazo por sus hombros.

-Deje m'hijo, deje. Esto no es para usted.

Carlo no entendió, solamente lloró con desesperación abrazado al cuerpo, ya frío, de Martha. No podía entender y no podía aceptar esa burla cruel

de la vida. Esa brutal interrupción, cuando todo se derrumba en un maldito segundo y la vida de las personas cambia para siempre. Fugazmente las últimas palabras de Martha pasaron por su mente, pero las rechazó, alarmado y asustado. La realidad no podía ser tan monstruosa.

No supo cuánto tiempo estuvo así. Tal vez horas.

Martha ya estaba helada, y la conocida palidez de la muerte deformaba sus bellas facciones.

Carlo tapó el cuerpo de su amada y salió afuera.

Un hombre venía bajando la montaña. Montaba en las ancas de un pequeño burro.

Era don Güerrino.

Era viejo, muy viejo, flaco y pequeño. Vestía un raído traje que en un tiempo fue negro, una camisa dudosamente blanca y un sombrero de alas pequeñas y caídas de un color oscuro e indefinido. Calzaba zapatillas de tela bastante deshilachadas. Un bolso de tela gris colgaba atravesado de un lado a otro de su cuerpo magro y enjuto.

De la comisura de la boca colgaban los restos de un cigarro de hoja, apagado y gastado.

Su piel era morena, muy curtida y una barba descuidada hacía de marco a un rostro anguloso y de ojos brillantes y oscuros.

Pasó el cigarro de una punta a otra de su boca y Carlo pudo ver que solamente tenía un par de dientes amarillos, grandes y completamente desaliñados con la encía.

Sin decir palabra sacó de su bolso un papel conteniendo unos cuantos higos y se lo dio a la abuela, que agradeció en silencio.

Se dirigió a la habitación donde yacía el cuerpo de Martha sin dirigir ni una mirada a Carlo.

Con una voz finita y hablando un dialecto incomprensible dijo unas pocas palabras y los abuelos pusieron el cuerpo de Martha en el suelo.

Carlo miraba todo sin entender. Y comenzó a inquietarse cuando vio que disponían del cuerpo de su esposa. ¡No sabía qué estaba haciendo ese viejo allí!

La abuela se dio cuenta y le habló.

-M'hijo, ahora se me queda muy quietito mientras don Güerrino trabaja. Quédese tranquilo y no hable, estas cosas no son de su mundo y usted no va a entender nada. Pero confíe en nosotros. Esto es todo lo que se puede hacer.

Y sentó a Carlo en el piso, en un rincón de la habitación. Salió y volvió al rato con un violín viejo y que le faltaba una cuerda, y se lo entregó a su marido. Mientras tanto don Güerrino estaba de rodillas frente al cuerpo de Martha y musitaba por lo bajo.

Carlo supuso que rezaba, y comprendió que todo era una especie de oración para su esposa.

Agotado física y mentalmente, destrozado por el dolor, optó por dejarlos hacer. Nada malo podía suceder...

Después de un rato el viejo calló. Sacó una vieja pandereta de su bolso gris.

-Es el *tamburello*- le dijo la abuela en un murmullo apenas audible. Y se llevó el dedo a los labios ordenando silencio.

El viejo se pasó el dedo pulgar por la lengua humedeciéndolo. Y a continuación lo deslizó suavemente por la lonja de la pandereta, que vibró al unísono con los metales del borde.

Era un largo toque de inicio.

Después se inclinó sobre el cuerpo de Martha y realizó un toque, apenas un golpe suave sobre la lonja. Y otro golpe más... y otro...

El viejo miraba atentamente el cadáver al tiempo que la sucesión de golpes en la pandereta se aceleraba y se convertía en un compás muy rítmico y sincopado.

El viejo continuó por varios minutos sonando este compás muy próximo a la cabeza de Martha.

Sin interrumpirse hizo una seña al abuelo y este aprontó su violín. Primero le sacó una nota extraña, un chirrido. Y a continuación comenzó a ejecutar una serie de sonidos que se acompasaron con el ritmo de la pandereta. No había una melodía, tan solo un ritmo batiente, monótono y que por momentos parecía demencial.

El volumen del son aumentó así como su velocidad de ejecución. Ahora era rapidísimo. Los músicos comenzaron a moverse un tanto

espasmódicamente con lo que parecía una melodía proveniente de quien sabe qué profundidades.

Carlo sintió que su corazón se agitaba y que sus piernas comenzaron a temblar suavemente. Miró a la abuela. La nona estaba con los ojos cerrados y se balanceaba adelante y atrás en lo que parecía ser un trance. Los músicos ahora sudaban.

De pronto Carlo vio algo. O le pareció.

“¡No puede ser...no puede ser...!”

Y se repitió una vez más: una de las piernas de Martha temblaba.

Ambos hombres estaban ahora muy próximos al cuerpo, sonaban los instrumentos y se movían hacia adelante y hacia atrás como si quisieran arrancar algo que estaba muy adentro de Martha. O muy lejos.

Ahora temblaban las dos piernas de Martha. Y un instante después su cabeza comenzó a moverse a un lado y a otro al compás de la música.

Carlo intentó levantarse pero la mano firme de la abuela lo retuvo. La anciana continuaba sus movimientos con los ojos cerrados y musitaba lo que parecía ser una plegaria sin fin.

Trabajosamente Martha se irguió. Estaba ahora de pie, sus brazos y su cabeza colgaban. Y su cuerpo se sacudía con el compás. Los cabellos ocultaban su rostro.

Carlo miraba todo mientras las lágrimas corrían abundantes por sus mejillas. No entendía, ni quería entender nada en ese momento. Estaba presenciando un milagro.

En un esfuerzo tremendo, los ancianos aumentaron aun más el ritmo y el volúmen.

Martha levantó la cabeza. Estaba terriblemente pálida, y sus ojos rodeados por una aureola violeta, permanecían cerrados.

Comenzó a danzar. Muy lento al principio, apenas un oscilar buscando el ritmo. Cuando lo encontró comenzó a desplazarse en puntas de pie. Ejecutaba una danza espontánea, atávica, netamente corporal.

Cada vez más y más rápido, desplazándose velozmente de un lado a otro de la habitación.

Al poco tiempo comenzó a sudar copiosamente, más y más, hasta que el sudor bañó completamente su cuerpo y sus ropas.

Desde algún lugar de su mente Carlo comprendió que estaba eliminando el veneno a través de la transpiración. ¡Pero estaba muerta! ¡Él lo había visto y comprobado! ¡Y lo había estado por horas!

Carlo sintió que el choque entre su mente y su corazón producía un estallido difícil de soportar. No quiso pensar más, simplemente se abandonó al clima surreal de aquel pueblo, de aquella habitación, ocultos en alguna montaña perdida de la Calabria.

La danza de Martha en puntas de pie proseguía sin interrupción. Ahora todo su cuerpo se movía con una tremenda sensualidad.¹

Se acercó a Carlo sin detener su danza y éste se puso de pie.

Ahora el cuerpo de Martha continuaba el movimiento en un punto. Sus caderas ondeaban suavemente, su cabeza giraba aun con los ojos cerrados.

De pronto se detuvo, abrió los ojos lentamente y lo miró.

Carlo estaba petrificado en una mezcla de horror y amor desbordantes, incontenibles. El ritmo se había hecho más suave.

Martha lo miraba con salvajismo, con una animalidad que parecía provenir de las entrañas de la propia Tierra. Hasta que algo distinto... una expresión con una leve pincelada de dulzura surcó su rostro que por un momento recuperó su belleza humana.

Le puso los brazos al cuello. Carlo ya no la sintió fría.

La abuela, muy suavemente, sacó los brazos de Martha del cuello del hombre y la condujo una vez más al centro de la habitación.

La danza continuó un rato más, cada vez más suave y más lenta. Hasta que la muchacha comenzó a detenerse. La abuela la condujo al lecho, la acostó y la tapó.

Los músicos interrumpieron el son. Estaban agotados.

La abuela miró a Carlo con una sonrisa.

-Ya está. Ha vuelto. Y está curada.

¹ Este relato corresponde a prácticas muy conocidas en el sur de Italia, y el baile rítmico y veloz en puntas de pie que realiza Martha, es lo que en el folclore popular se conoce como la *tarantela*, y su nombre deriva precisamente de la mordedura de la tarántula. En otras formas, el mismo fenómeno de recuperación de los sentidos se realiza también con sones y ritmos de instrumentos diversos y los consiguientes bailes o espasmos, ante la mordedura de cualquier alimaña venenosa, como otras clases de tarántulas, ofidios, etc. (N del A)

CAPÍTULO 12

-Volvimos a la Argentina, Martha tardó un tiempo en recuperarse del todo. Ella sufría de una leve cardiopatía, congénita. La válvula mitral trabajaba en forma insuficiente y no cerraba bien. Y la experiencia la agravó. Y yo continué con mi trabajo, lleno de dudas, con un conflicto interno que no podía resolver. Siempre había sentido un suave desprecio contra todo lo que no fuera ciencia, incluso contra la religión. Y esta experiencia me había introducido en un ámbito... que no sabía cómo explicar.

Carlo hablaba en un tono calmo, como para sí mismo, con la actitud de quien ha pasado por cosas tremendas y sufrido muchísimo. De pronto pareció despertar de ese pasado que aun hacía ver una huella implacable. Miró a Mercedes que lo contemplaba en silencio, la boca apenas abierta y los ojos muy húmedos. Sonrió en una mezcla de simpatía, comprensión mutua y resignación. Sonrió por ese presente incierto pero prometedor. Sonrió porque ella lo escuchaba con el alma en los labios.

Sonrió por el recuerdo de Martha.

Carlo miró su reloj, era de madrugada. Las tazas vacías de café y los restos de un cigarrillo de Mercedes yacían sobre la mesa.

Mercedes apenas pudo decir:

-¿Martha...?

Carlo sonrió con dulzura.

-Vivimos dos años más juntos. Dos años maravillosos. Compramos esta casa y nos vinimos a vivir acá. Viajamos, disfrutamos, nos bebimos la vida en cada minuto, con deleite, con conciencia. Pero su salud comenzó a declinar. Hasta que no pudo más, su corazón no aguantó. Era necesaria una intervención, urgente. Y se lo planteé.

-“No te preocupes- me dijo tomando mis manos con dulzura –mi alma ha estado ausente, tú lo sabes. Y he recorrido mundos maravillosos. Y continuo haciéndolo en sueños o en estados de calma profunda. Veo gentes, hablo con ellos, vivo... La muerte no existe, querido, no existe.”

-No supe qué decir, nunca había sido la misma después de... aquello. Y yo no tenía cómo entender del alma y de todo eso. A la muerte sí que la conocía, y muy bien. Y ella me decía eso...

Carlo suspiró.

-Cuando ya todo se extinguía y Martha solamente yacía en una cama, decidí intervenir. No había ya tiempo para un trasplante, debía actuar yo mismo, jugarme todo a esa última carta. Ordené aprontar el quirófano y lo mejor de mi equipo. Lo hicimos, lo intentamos. Abrí su pecho e hice todo lo posible con aquella válvula mal conformada. Pero no había nada que hacer, sentí cómo su corazón se iba deteniendo estando aun entre mis manos. Lo masajeeé, lo estimulé. Y se apagó.

Hizo un silencio. Y al final dijo:

-Entonces recordé aquella estúpida frase que yo decía a mis alumnos- y la miró largamente –y en ese momento era yo quien tenía el corazón entre mis manos. Y sin embargo... interiormente clamé por la presencia de aquel viejo con la pandereta y por todo el mundo desconocido que él representaba... Algo se quebró en mi. Y abandoné la medicina.

Los ojos de Carlo estaban muy húmedos. Mercedes, sin saber qué hacer, tomó una de sus manos entre las suyas. Él la apretó, agradecido.

-Entonces decidí investigar- concluyó con un largo suspiro.

-Leí, me informé, hablé con muchísima gente. Quería saber, estar tranquilo de que el alma de Martha...

Tuvo que respirar una vez más porque su voz se había quebrado.

-Pero no era solo por eso... era mucho más. Hay todo un mundo, infinitos mundos contenidos en todo eso que pasó. Y yo necesitaba respuestas.

-¿Encontraste algo?- atinó a decir Mercedes con un hilo de voz.

Él la miró serio.

-Sí, encontré, y puedo hacer, como tú dijiste, que recuperes el pasado perdido.

-Era una forma de hablar, yo no...

-Es mucho más que eso, mucho más. Pero por hoy es suficiente. Tenemos que volver a reunirnos, todos.

Mercedes lo miró sin comprender.

-Tú también lo dijiste: nada es casual. Cuando hablamos de esto con Felipe, él me contó de sus experiencias.

-¡No se lo cuenta a nadie!- dijo Mercedes con asombro.

Carlo asintió en silencio.

-¿Y Martín?- preguntó ella.

-Por algo estamos todos en esto. Debe saberlo.

-Saber... ¿qué cosa?

-Que la muerte no existe.

CAPÍTULO 13

Aquella madrugada, cuando Carlo la trajo de vuelta a su casa, ambos estaban en un estado de sensibilidad grande.

Cuando Carlo detuvo el auto y lo apagó frente a la casa, ambos quedaron en silencio. No se atrevían a mirarse.

Fue ella quien giró lentamente la cabeza y le dijo:

-Gracias.

Carlo la miró a su vez.

No hay como las vivencias compartidas en la intimidad para cimentar y transmutar la relación entre seres humanos. Y cuando esto sucede entre un hombre y una mujer los universos mentales y emocionales de ambos se entrelazan, se transforman y se construyen en uno, en una unidad que será de ambos, para siempre, y que nada podrá cambiar. Excepto la acción implacable de la ausencia prolongada que podrá adormecerlo. Pero bastará un encuentro, una llamada, una visita, o tan solo un recuerdo, para que esa unidad retome la vitalidad inicial.

Eso que se había construido, sin proponérselo, entre Mercedes y Carlo, los estaba abarcando, conteniendo, pensando y sintiendo por ellos. Y no lo podían evitar.

Carlo se limitó a asentir en silencio. Ella le tomó la mano, y él la besó; suavemente, despacio.

Se separaron, sabían que no era momento de ir más allá.

Cuando llegó Martín, al otro día, Mercedes experimentó una sensación de vacío, de confusión. Debía resolver... ¿qué cosa?, si ni siquiera entendía lo que estaba sintiendo. ¿Debía decirle que salió a cenar con Carlo? Por supuesto que sí, no había nada malo en ello... a pesar de que la cena finalizó tan... "emocionalmente comprometida", atinó a pensar.

Claro, había sido por la conmovedora historia de Carlo.

"No, no era solo por eso."

-Carlo se disculpó por lo de la otra noche- dijo como al pasar -me vino a buscar para decírmelo.

-Ah..., está bien- fue la respuesta que obtuvo. Y optó por no ir más allá.

Martín estaba demasiado entusiasmado por el resultado de su viaje como para interesarse por cosas menores. Si los hombres supieran cuántas veces las mujeres dicen la quinta parte de las cosas y se sienten que dijeron todo, prestarían mucho más atención a cada palabra, y sobre todo a lo que no dijo.

Pero Martín estaba en su mundo, le contó a Mercedes que había sido contratado para una investigación importante, y que era precisamente con las experiencias de Felipe que comenzaría a trabajar.

A Mercedes no le hizo mucha gracia esto último, ella le había relatado de las experiencias de su hermano, pero con la intención de que Martín lo aceptara, que comprendiera el extraño carácter del muchacho. Pero hacer una investigación sobre eso...

Y para peor, Carlo quería hablar con los tres acerca de... la muerte. Todo era muy extraño.

Sobre todo la reacción de Martín cuando se lo contó.

A Martín se le había iluminado la cara, se restregó las manos y dijo:

-No puedo creer cómo se me están dando las cosas. Era hora de que tuviera un golpe de suerte.

Tres días después el living de la casa de Carlo estaba más concurrido.

Carlo explicaba suscitivamente la experiencia vivida en Italia aunque no tan detallada como se la había contado a Mercedes. Su relato estaba cargado de información, en tanto que el que habían hecho a Mercedes estaba cargado de sentimiento. Ahora era informar, días atrás había sido un compartir.

Y a Mercedes no le pasó desapercibida la diferencia de carga emocional. Una vez más se conmovió.

Martín no pudo menos que admirar la casa de Carlo, sobria, elegantemente sencilla. Y muy confortable. Todo tenía una disposición lógica. No podía entender la poca curiosidad que Mercedes mostraba en la recorrida. Ni mucho menos cuando estaban conversando en la sala de pesca y ella avisó que iba al baño. Y fue..., sin preguntar donde era...

Pero su mente estaba ocupada con mucha cosa como para ponerse a desentrañar aquellos pequeños misterios.

Carlo había preparado una mesa informal, con bocadillos y cerveza. Y sin preguntar había servido a Mercedes el Riesling de su preferencia.

A Martín le llamó la atención el hecho, pero lo postergó, en ese momento Carlo estaba terminando de hablar y entraba en la parte del tema que él esperaba.

-¿Y que fue lo que sucedió, entonces. Cómo lo explicas? –preguntaba Martín ansioso.

Carlo respiró hondo antes de responder.

-Un conocido científico, el doctor Paul Davies- Martín afirmó con un gesto –realiza una profunda investigación de todo tipo de fenómeno que concierne a las experiencias humanas de corte... podríamos decir paranormal, o religioso. Y concluye que todo tiene su explicación a través de los postulados de la ciencia moderna. Excepto dos temas: la mente y el alma. Y yo agrego que la diferencia, o los límites, entre uno y otro es muy vaga. Sea como sea, allí se encuentra lo inexplicable y desconocido. Considerando eso, y en base a mucha investigación que hice, pude concluir que el alma de Martha viajó, abandonó su cuerpo y retornó, estimulada por sonidos atávicos que -vaya a saber cómo- la trajeron al presente. Y revivió.

Martín estaba con la boca abierta.

-Resucitó...

-No encuentro palabra más adecuada- respondió Carlo.

-Pero, ¿cómo puedes concluir eso en base a una única y extraña experiencia?

Carlo suspiró.

-No es solo en Italia donde el alma viaja. Lo hacen chamanes de varias partes del mundo; y en Los Andes, cuando alguien enferma, diagnostican una pérdida de una parte del alma, y la llaman, con cantos y súplicas. En el antiguo Egipto se dice que se pesaba el alma del muerto. Y hoy día. Se ha llegado a detectar un cambio del peso corporal unos segundos después de la muerte de una persona. Apenas unos gramos, y se supone que es cuando el alma abandona el cuerpo.

-Pero que una persona muerta vuelva a la vida, es la primera vez que lo escucho. Si no fueras tú que lo dices, sencillamente no lo creería, o lo atribuiría a un caso de catalepsia

Carlo negó con la cabeza.

-Estaba muerta- reafirmó

-Por eso tú dices...

-Que la muerte no existe- concluyó Carlo. –El cuerpo muere, el alma no. Tenemos que acostumbrarnos a pensar en esos términos para entender todo esto. Y no se trata de una “única y extraña experiencia”. Hay más, mucho más. Existen técnicas para hacerlo.

Martín lo miraba con el ceño fruncido y la boca muy abierta. Mercedes se mostraba ansiosa. Y Felipe lo contemplaba con una ancha sonrisa en los labios.

Martín carraspeó. -¿Puedo tomar notas?

Mercedes lo miró sin expresión.

-Sí, claro- le respondió Carlo. Y de inmediato le alcanzó un block de notas y un bolígrafo.

Martín garabateó rápidamente unas líneas y continuó, con tono imperativo.

-¿Y tú nos vas a enseñar eso? ¿Por qué? ¿Porqué a nosotros? ¿Dónde aprendiste eso?

-¡Martín...!- objetó Mercedes.

-Calma, calma- pidió Carlo levantando ambas palmas.

-En primer lugar, debo hacerlo, después se van a enterar el motivo. En segundo lugar, por algo nos encontramos. Mercedes quiere recuperar un pasado... en lo cual yo tuve mucho que ver. Quiere entender por qué su vida va por donde va. Y Felipe vive unas experiencias importantes que debe sistematizar- Carlo lo miró largamente –Y también se debe explicar muchas cosas...

Felipe le sonrió con una mezcla de simpatía y agradecimiento.

-¿Y yo?- preguntó Martín con cierta alarma. -¿Qué tengo que ver en todo esto?

Carlo levantó las cejas y abrió los brazos.

-No lo sé. Pero es seguro que tú tienes algo que ver. Fuiste tú quien me abordó en la playa mientras pescaba, y tú mismo organizaste la cena. Seguro que todo esto te concierne de alguna manera. Ya sabremos por qué razón.

Martín no pudo evitar bajar la mirada refugiándose en el block de notas y continuó garabateando sin sentido.

Todos hicieron un silencio y aprovecharon para comer algo y beber.

-Bueno, vamos a continuar con la historia- dijo Carlo inclinándose hacia adelante.

Todos se acomodaron.

CAPÍTULO 14

Después que Carlo dispuso la cremación del cuerpo de su esposa –así se lo había pedido- arrojó parte de las cenizas al mar y parte a la tierra. Y guardó un poco para sí en una pequeña bolsita de cuero. No sabía por qué lo había hecho, seguramente para no hacer un desprendimiento definitivo. Pero además, Carlo tenía la firme creencia de que su esposa estaba viva en algún lugar o dimensión del universo. No su cuerpo, ella. Así se lo había contado Martha en muchas conversaciones acerca de su experiencia. Martha relataba que había ido al origen de sí misma, a la época y momento en que había entrado al mundo. A sus primeros actos, que fueron los que comenzaron a modelar su vida y sus vidas futuras. Como si al entrar a la vida –y Carlo no comprendía muy bien qué quería decir con eso- se hubiera perdido algo, una intención, un propósito inicial. Como si las impresiones que recibía su mente hubieran oscurecido todo eso original y lo hubiera olvidado, desviándose en cada acción que se hacía en el mundo. Martha le contaba cómo, a lo largo de su vida y de sus vidas posteriores, todas las instancias le marcaban un camino para volver a eso, a su intención o propósito inicial. Y el accidente con la tarántula había sido una de esas instancias.

Pero le relataba más cosas. Lo había visto a él, sí, a Carlo, en ese trajinar por las vidas del mundo. Y siempre habían establecido algún tipo de relación. Aun cuando Carlo hubiera estado casado con otras mujeres, siempre habían estado relacionados.

Carlo parecía aturdirse con estos relatos, no sabía qué responder a lo que le planteaba Martha. Era una concepción de la vida y del mundo, totalmente nueva para él, fantástica. Y no sabía cómo manejar eso. Si no hubieran vivido la experiencia en Italia seguramente no le habría hecho caso, tomando todo eso como un snobismo pasajero. Pero Martha no era así. ¡Y él la había visto muerta y resuscitada!

Un día la encontró muy débil, no se había levantado, y estaba muy pálida.

-Lo hice, querido, lo hice otra vez- le dijo.

-¿Qué cosa?- Carlo estaba alarmado y de inmediato auscultó su pulso: estaba muy débil.

-Viajé. Fui a esa época hermosa donde todo comenzó para mi. No sé cuando era, solo vi llanuras enormes, y mucho frío. Y tú estabas allí, como siempre. Y vestíamos unos pesados abrigos de piel. Y estábamos juntos. ¡Qué felicidad!

-¿Cómo lo hiciste?- cuando vi que me dormía, entonces... no sé como decirlo... atrapé, fijé la parte superior de mi mente y logré separarla del cuerpo que se dormía. Y con esa parte comencé a viajar. Pasé por cientos de imágenes, no te las puedo relatar. Y llegué al origen. Yo sabía que estaba en el origen.

-Pero no puedes hacer eso, Martha, no puedes vivir en el pasado. La felicidad se encuentra también aquí.

-No, querido, me refiero a la felicidad de que la muerte no existe. Es el cuerpo que se transforma en minerales, en tierra. Yo, tú, todos, somos eternos.

Carlo no sabía qué decir. Todo eso lo desbordaba. Y, no lo podía negar, le mostraba un océano infinito de esperanza y felicidad. Grandes temores estaban retrocediendo sin que él fuera totalmente consciente.

Pero Martha se había debilitado mucho.

Después que pudo recuperarse un poco le propuso que él lo intentara. Y que después lo intentaran juntos.

-Ni hablar de eso- respondió Carlo con firmeza –En primer lugar, eso te debilita mucho. Y además, no estoy pronto para eso, tengo dudas. No sé. Por un tiempo no pasó nada más y siguieron disfrutando la vida al máximo.

Ella había cambiado, mucho. Una gran serenidad la invadía. Y su alegría de vivir era verdaderamente maravillosa. No era la actitud desbordante e intensa que engulle la vida a grandes bocados. No, Martha vivía como si eternamente estuviera saboreando el mejor de los vinos, con su esposo a su lado, con velas a su alrededor y un coro maravilloso y suave que marcara el compás de cada momento de la vida.

Carlo llegó a sentir pequeños instantes de ese estado, y contemplaba a su esposa, maravillado.

Un día no aguantó más y preguntó:

-Y cuando muera... ¿te voy a encontrar?

Ella lo miró con dulzura y tomó su mano entre las suyas. La besó.

-Seguramente, querido, pero allí todo es distinto, muy distinto. Las relaciones entre los seres son diferentes. No hay tiempo, ni espacio. Ni posibilidades de establecer diferencias o categorías en el amor de las personas.

-Pero tú, en ese pasado, eras un ser humano, sentías y vivías todo como ahora.

Ella lo miró con ojos brillantes.

-Sí, pero tú preguntaste después de la muerte. Y yo te respondí qué es lo que se siente en esos estados intermedios, entre una vida y otra.

Carlo estaba asombrado.

-¿Y tú... has estado allí?

Ella asintió con la cabeza al tiempo que con una gran sonrisa le prometía una eternidad.

Cuando Martha murió, y Carlo aun tenía su corazón entre sus manos, no pudo dejar de ver la sonrisa plácida y tranquila en su rostro. No era el rictus de la muerte, ese lo conocía muy bien. Era una sonrisa de felicidad.

No pudo resistir, no pudo seguir con su vida normal.

Y abandonó la medicina.

Su único objetivo de vida era ahora, aprender a viajar con el alma y si fuera posible, encontrar a Martha.

Lo primero que hizo fue llamar a Venecia para contactar a Vittorio, el conserje, y a través de él a sus abuelos y a don Güerrino.

Vittorio fue muy amable, se había enterado de lo sucedido, pero cuando llamó a sus abuelos estos no quisieron hablar de ello.

-Estas cosas son nuestras, doctor, del sur. Y así deben permanecer- había dicho Vittorio por teléfono despidiéndose de Carlo.

Después comenzó una larga peregrinación por tenidas de espiritistas, grupos de "contacto", mediums, etc. Pero nada lo satisfizo, normalmente eran gentes que querían dinero o bien gentes bien intencionadas que no tenían idea de nada, o se hacían su propia fantasía y vivían en ella.

Y los consabidos "consejos sabios": "deje a los muertos en paz", y cosas por el estilo.

Carlo no buscaba a la Martha muerta, buscaba su alma, y eso no muere. Estaba seguro. Y buscaba su propia experiencia de ello.

Sin ánimo de curiosidad, sin buscar fútilmente una experiencia por la experiencia en sí. No, Carlo quería saber acerca de eso que llaman ser humano, eso que había estudiado por años de su vida y pensaba que conocía. Carlo, en el fondo, quería saber quién era él mismo, qué cosa era. Sentía que era un deber imperioso hacerlo, como si una misteriosa y desconocida ley superior, lo impulsara hacia ello. Era una llamada que no podía dejar de escuchar, de ninguna manera.

Fueron años de diferentes disciplinas, yoga, meditación, gimnasias de todo tipo, viajes, gentes extrañas, eruditos, cientos de libros.

Era una búsqueda sin pausa.

-¿Y qué es lo que estoy buscando?- se preguntó un día. Fue entonces que recordó las palabras de Martha, y comprendió que buscaba su origen, que buscaba religar con aquel momento inicial.

Entonces todo pareció tomar otro sentido, todo era ahora más claro. Terminó con el afán y la prisa. Entendió que simplemente –si, simplemente- estaba inmerso en la gran aventura de cada ser humano, lo que hacen todas las religiones, todos los cultos y en todos los rituales: recuperar el tiempo original, el tiempo sagrado, volver al inicio. Y comprender.

Esa noche soñó. Algo muy claro, sin sentido. Soñó con una mujer mayor que lo miraba fijo y le hablaba. No podía entender las palabras, no las escuchaba, pero de alguna manera sabía que quedaban en su interior. No veía nada más que el rostro de esa mujer mayor, de ojos muy brillantes.

Al otro día la encontró en las circunstancias más normales.

Sonó el timbre de su casa, atendió, y ella estaba parada allí. Con su vestido de chaqueta, un tanto antiguo, color rosa viejo, su sombrero estilo Reina Isabel, del mismo color y un tanto ladeado, y su cartera y zapatos antiguos combinando con su ropa.

-Buenos días, doctor.

Carlo quedó con la boca abierta.

-¿Puedo pasar?- preguntó ante la inmovilidad de Carlo.

Él le franqueó la entrada sin saber qué decir.

CAPÍTULO 15

-Señora Bofff- se presentó sin más detalles.

Carlo, aun boquiabierto, le tendió la mano.

-Mucho gusto...

-No- respondió la señora un tanto secamente –no me puede tocar.

Carlo se limitó a levantar las cejas y a conducirla hacia el living. Le indicó un asiento y la mujer se sentó en el borde del sofá, con las rodillas muy juntas y la cartera sobre las piernas, apretada firmemente con ambas manos. Parecía leve como una pluma, frágil. Pero el brillo de sus ojos desmentía cualquier clase de fragilidad.

Ella comenzó a hablar.

-Si, ya sé. Soñó conmigo. No fue un sueño. Fui yo que me introduje en su mente.

Hablaba con un leve acento centroeuropeo.

Carlo se frotó la nariz y optó por no responder.

-Tengo muchas cosas para decirle, señor Santomauro. Muchas respuestas.

Carlo pensó en ofrecerle un té. Era lo más adecuado a su aspecto.

Ella negó con la cabeza y le dijo:

-No, no bebo nada. Y no soy inglesa.

Carlo deglutió.

-Vamos al tema, Carlo. Permítame llamarlo así- él asintió en silencio. Sentía que toda la situación estaba en manos de esa mujer.

-Ante todo las respuestas. Sí, el alma de su esposa viajó en aquella oportunidad. Y aun lo hace. Las almas pueden viajar... dentro de determinadas reglas. Segundo: existen técnicas para hacerlo. La del señor italiano con la pandereta y la música, es una técnica artesanal. Pero desde hace mucho tiempo existen otras técnicas con las cuales se domina mucho mejor la experiencia. Tercero: sí, usted puede viajar, tiene que hacerlo, pero abandone el deseo de encontrar a su esposa. En esa... dimensión, no es "su" esposa. La puede encontrar o no, pero seguramente encontrará cosas mucho más importantes. Cuarto: nos tiene que ayudar, nosotros tenemos objetivos específicos y cosas que queremos saber, y usted puede averiguar eso. Será sometido a un entrenamiento antes de emprender los viajes. Quinto: todo esto es una oportunidad que muy pocos tienen, podrá

cambiar su vida, adecuarla a su propósito original. No se preocupe si no lo entiende ahora, no hay como la práctica para entender algo. Sí, diga.

Carlo no sabía por dónde empezar. Consideró totalmente inútil el preguntar quién era y de dónde venía, no iba a obtener una respuesta.

-¿Cómo sabe usted todo esto de mi vida? ¿Y por cuál razón me ha encontrado para decirme y proponerme esto?

Ella lo miró sin expresión.

-A la primera pregunta, Carlo, me es muy difícil responder. Sepa, y confíe, en que existe una sociedad, digamos una Hermandad, que vela por las vidas de todos aquellos que buscan la esencia del ser humano, que buscan la realidad más allá de las sombras de la caverna. Y que, sin saberlo, buscan a Dios, que es al fin y al cabo, la esencia de todas las búsquedas. Cuando aparece una persona así, nosotros lo sabemos. Sería largo y confuso de explicar. Y ayudamos. Si es necesario, en persona.

Hizo una pausa.

-En cuanto a la segunda pregunta, se desprende un poco de la primera. Pero a esta altura usted sabe mucho del alma humana, y para que nuestra intervención se manifieste, es necesaria una mezcla de energía de determinada intensidad y calidad. Y además, usted está en el umbral.

Carlo respiró hondo, cruzó sus manos y la miró un instante antes de responder.

-Señora, yo soy hijo de comerciantes, tuve una niñez normal y completamente laica. Y después toda mi vida fue estudio y hospitales. Lo poco que sé aparte de la medicina es por las numerosas lecturas que mi madre me fomentó desde pequeño. Si investigué todo eso fue para encontrar respuestas. Soy entonces... una persona común y corriente. No soy religioso y no creo estar a la altura de lo que usted habla. Disculpe...

Ella asintió. Continuaba mirándolo muy fijo y Carlo hubiera jurado que por un momento sonrió.

-Sí, lo sabemos. Usted ha llegado a la circunstancia actual casi accidentalmente, todo fue una mezcla de un conocimiento, una certeza adquirida, que la podríamos llamar fe. Y un deseo muy fuerte y auténtico, una gran esperanza, con mucho, mucho de amor. Y mucho de dolor. Cuando se da eso, el impulso brota desde el alma, nada lo detiene, viaja por todos los planos. Y entonces nosotros lo sabemos, e intervenimos.

Carlo la miró boquiabierto. Pensó unos instantes.

-¿Qué pasa si no acepto?

La señora Boff hizo una mueca parecida a una sonrisa.

-Aceptaré, Carlo, aceptaré. En su interior ya lo ha hecho. Usted tiene una mente muy inquisitiva y un espíritu que no le permite dejar en un limbo algo que puede ser grandioso, que le puede explicar mucho de la vida; de su vida. Pero igual le respondo: si no aceptara, su alma seguiría vagando en la eternidad buscando respuestas, vida tras vida. Y en cada vida sufriendo enseñanzas, que no hacen otra cosa que traerlo a este punto en que estamos. Pero usted no se dará cuenta, y tal vez siga desviándose y siga sufriendo, más y más. Hasta que al fin, retome el camino original... o bien, hasta que la energía del alma se agote y ésta se disuelva en la fuente de energía infinita del universo.

Carlo no sabía qué responder. Todo eso era tan...

-Suenan crueles.

-Como toda ley, tiene su parte dura.

-¿Y Martha?

-Ella aprovechó la oportunidad. Fue al origen de su desviación. En términos orientalistas que hoy son populares, fue al origen de su karma. Religó.

-Y... después... ¿se puede volver?, digo, en esta misma vida.

-Ella no puede volver, ya pasó un límite, cumplió una etapa. Usted, si viaja, debe volver, cuando se sabe el propósito de vida se debe volver a cumplirlo.

Carlo pensaba.

-Carlo, esto es una oportunidad. Usted ha viajado, investigado. A esta altura sabe perfectamente cuántos darían todo lo que tienen por esto.

-¿Y por qué razón no los ayudan a todos?

La señora Boff suspiró.

-Hay momentos, causalidades, se tienen que dar ecuaciones cósmicas muy complejas. Hay cosas que están determinadas. Y está el libre albedrío humano que altera las cosas una y otra vez. Y se tienen que dar combinaciones de energías, en coordenadas específicas. No es fácil. Por eso cada momento en que se da una "llamada" es precioso, hay que estar atento, no hay que dejarlo pasar. Puede demorar años, vidas, en repetirse.

O tal vez la energía se agotó y fue la última vez. Pero hay muchos, muchísimos que han respondido y lo están haciendo, y los estamos asistiendo, si.

-Bueno... ¿qué debo hacer?

-Habrá un tiempo, y una preparación. Lo mantendremos informado.

CAPÍTULO 16

-Y volvió- preguntó Martín, muy exitado.

-Sí, pero no lo hizo sola. Vino con un tipo que parecía sacado de un catálogo de una casa de ropas de hace sesenta años. Se presentó como el señor Ur. Y era evidentemente italiano a juzgar por el acento. Él también era bastante parco y distante en el trato, como si estuvieran haciendo algo mucho más importante que las personas con las cuales trataban.

Hizo una pausa y vio que todos estaban aun tratando de digerir el encuentro con la señora Boff.

Aprovechó para servir más bebidas. Felipe le hizo un ademán rechazando.

-Preferiría agua, Carlo.

Carlo le trajo agua fresca.

El relato continuó.

-Parece que el señor Ur era quien me iba a enseñar las técnicas para todo eso.

-¿Me puedes aclarar?- dijo Martín -existen técnicas diversas entonces.

-Si, hay técnicas para facilitar el separar el alma del cuerpo, y técnicas para... retroceder, viajar con el alma al pasado. Como dice la señora Boff: para ir al origen del karma.

-Y tú aprendiste todo eso.

-Si. Y estoy aquí para compartirlo con ustedes.

Todos se movieron inquietos.

-¿Y ellos, por qué no viajan ellos?

-Lo han hecho, lo hacen permanentemente. Pero hay coordenadas que les son difíciles de alcanzar. Entonces buscan quien lo haga.

Mercedes preguntó, casi con temor.

-Y tú... ¿has viajado?

Carlo asintió en silencio.

Nadie dijo nada, no sabían qué decir o preguntar.

-¿Y la encontraste?- preguntó Mercedes con un leve temblor en la voz.

Carlo la miró un instante.

-¿A Martha? Pensó antes de responder.

-Si... pero todo es tan distinto que... Carlo suspiró con un dejo de resignación –La Martha que conocí debe haber sido parte de las causas que me trajeron acá, hoy. El ser que encontré era... distinto.

“Pero conservaba el fuerte trazo de nuestro amor”, pensó Carlo y lo mantuvo para sí. Era su tesoro. Para siempre. No iba a interferir en sus relaciones futuras en este plano. Pero nadie lo entendería.

Mercedes se acomodó, parecía haber liberado cierta tensión. Carlo la observó y sonrió levemente.

-Encontré otras cosas. Pero no quiero hablar para no influir en la experiencia de ustedes.

-¿Qué, nosotros vamos a participar de algo?- Preguntó Martín con cierta alarma.

-Si quieren. Yo les ofrezco una oportunidad, como me la ofrecieron a mi.

-¿Y por qué a ti, en este momento?

Carlo le sonrió abiertamente.

-Eres agudo, Martín, muy agudo- suspiró –Parece que mis coordenadas iniciales se encuentran en una época que es vital para ellos, para la Hermandad. Hay cosas que quieren saber, tienen objetivos específicos. Y yo se los puedo facilitar.

-¡Y nosotros!, ¿qué tenemos que ver en esos objetivos? Preguntó Mercedes.

-Aun no lo sé. Tal vez nada, tal vez todo. Por algo nos encontramos y estamos hablando de todo esto. Yo debo intentarlo... si ustedes quieren. Para mi es seguir investigando, para ustedes es una oportunidad.

Se hizo un corto silencio, todos pensaban.

-Y yo seré el primero- dijo Felipe con entusiasmo.

-Yo... yo creo que sí- dijo Mercedes.

Martín estaba sin habla. Apenas podía procesar la información cuando las propuestas lo acosaban, lo obligaban. Y él tenía que investigar e informar. Y además... aquel extraño comportamiento de Mercedes. Evidentemente habían hablado de mucha cosa con Carlo durante su ausencia.

-Debo pensar, debo pensarlo mucho- dijo con voz débil.

-Bueno, vamos a comenzar unos días de preparación antes del primer viaje.

Mercedes aun dudaba.

-Carlo... ¿estás seguro de todo esto?

Carlo le sonrió, sus ojos brillaban.

-Estoy seguro de lo que ví, Mercedes. Estoy seguro de que todo esto es una verdad que merece investigarse, estoy seguro de que otros lo hicieron antes que nosotros, muchísimos años atrás. Y estoy seguro de que lo que viví responde a un orden, a una causalidad. Toda mi vida tomó sentido después de esto.

Se echó hacia atrás en el asiento.

-Pero nunca, nunca iré contra lo que ustedes decidan. Nos encontramos para que les mostrara todo esto... y vaya uno a saber qué cosas más- y no pudo evitar mirar fugazmente a Mercedes. Y tampoco pudo evitar la mirada dura de Martín.

-¿Cuál es la preparación? –intervino Felipe que recordaba todo lo dicho por la señora Boff.

-Es sencillo. Un par de semanas de comer liviano, evitar carnes rojas, evitar al alcohol y el cigarrillo. Oxigenarse con ejercicio o caminatas al aire libre, y hacer meditación diaria durante quince minutos.

Siguieron quince días de preparación, en los cuales Carlo los instruyó sobre las técnicas de meditación al tiempo que realizaban una práctica diaria.

Martín pidió para no participar, pero quería seguir tomando notas y pidió para grabar y filmar.

-No hay problemas- respondió Carlo –registraremos todo, es mejor.

Más allá de la preparación, las reuniones diarias contribuían a fortalecer las relaciones mutuas. Hasta que un día Martín no pudo dejar de preguntar.

-Mercedes, entre vos y Carlo, ¿hay algo?

Mercedes miró para abajo.

-No sé por qué puedes suponer eso...

-Porque soy hombre, y porque tengo casi cuarenta años.

Hizo una pausa.

-Y porque hace casi tres semanas que no hacemos el amor.

Mercedes levantó la cabeza y lo miró. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

-Nunca pasó nada, te lo juro. Pero estoy en un momento muy especial de mi vida, te pido que me dejes pensar.

Martín la miró largamente, sin expresión. Sabía muy bien qué cosa quiere decir eso en boca de una mujer.

“En fin, que sea lo que deba ser. Yo tengo cosas muy importantes que resolver.”

Salió al jardín y sacó su teléfono celular.

La preparación llegaba a su fin, y había cierta excitación. Sobre todo en Felipe.

Martín mantenía una actitud curiosa y a veces, un tanto escéptica.

-Dime Carlo, ¿qué es lo que viaja, qué es el alma?

-Buena pregunta. Mira, son cientos, tal vez miles las personas que te hablan del alma. La definen, la clasifican, hablan de sus partes. ¡Y hasta la dibujan! Pues todo ello no son sino mapas, bosquejos, aproximaciones a una realidad que desconocemos. Hay una cosa, sí, que no es física, pero definirla... El hecho es que existe.

-¿Cómo es eso?

-Es toda nuestra existencia que no pertenece al ámbito de lo físico.

-Lo mental.

-Es una parte, pero eso lo identificas solo con el cerebro. Está el inconsciente, los registros de la memoria que no podemos alcanzar, lo onírico. Es más que una mera actividad eléctrica neuronal. Te aseguro que lo vas a entender cuando lo experimentes. Pero aun así, no lo podrás definir. Existes, pero sin cuerpo.

Martín lo miró asombrado.

-Los registros de la memoria que no podemos alcanzar...- repitió, muy sorprendido.

-Es lo que yo hago tantas veces- terció Felipe interrumpiendo –salgo del cuerpo, veo cosas, me hablan.

Carlo lo miró con simpatía.

-Sí, es eso.

-Pero eso...- Martín no se atrevió a expresar su reserva, pero no pudo evitar que se notara.

-Hasta que no se vive no se conoce, Martín- aclaró Carlo –Y puedes pasar toda una vida, cómodamente, sin saberlo y sin que eso te afecte.

-¿Entonces, para qué, por qué...?

-Porque existe, y somos una parte de ello. Por la misma razón que en la vida diaria tratas de empeñarte al máximo de tus posibilidades. La conciencia del alma también es una posibilidad a desarrollar. ¿Y si fuera verdad? Piensa, ¿acaso tú serías el mismo? ¿Y si tuvieras la certeza, la explicación del por qué de tu vida, de tus sufrimientos, de tus éxitos y fracasos? ¿Vivirías de la misma forma, seguirías haciendo lo mismo? ¿Qué es lo que estamos aprendiendo mientras vivimos y las cosas nos pasan, Martín?

“La razón de mis fracasos...”

Martín no pudo evitar pensar en eso por unos instantes, y no pudo responder.

-¡Sí, estoy de acuerdo, tiene que ser así!- la irrupción de Mercedes fue un tanto vehemente –Yo sé que soy otra cosa, sé que puedo ser... más, mejor... Mi abuela...

No pudo continuar. Los ojos de Mercedes estaban muy húmedos.

Martín la miró con velada hostilidad y Carlo se percató.

-Martín, te propongo discutir los resultados de la práctica y no una teoría de la cual sabemos muy poco.

Felipe intervino para distender la situación.

-Sí, yo puedo hablar de mis vivencias, pero no puedo hablar de lo que lo produce.

-Tú tienes un don, pero no lo has sistematizado. ¿Puedes hacerlo cuando quieres?

-No, simplemente ocurre. Y cuando ocurre, en mis visiones hay gente, personas que apenas puedo ver, que me hablan, me enseñan. Y a veces no lo recuerdo. Ni puedo definir mucho lo que veo.

-Es que se emplean sentidos distintos, Felipe.

Felipe estaba ansioso.

-Bueno, ¿comenzamos?

Mercedes y Felipe asintieron en silencio.

Martín apretó los labios.

-Yo tengo que viajar a Buenos Aires por unos días.

-No hay problema- dijo Carlo –mientras tanto completamos la preparación de Mercedes y Felipe.

CAPÍTULO 17

Los Guardianes de Nicea se habían constituido como sociedad secreta en el Siglo IV, precisamente después del Concilio de Nicea y en tiempos en que Jerónimo de Estridón, el futuro San Jerónimo, redactaba la Vulgata.

Pero sus raíces comenzaron mucho antes, en Roma, con un grupo de mujeres de alta sociedad.

Y sobre todo, con una mujer valiente y decidida, comprometida totalmente con su fe y que, sin saberlo, forjaría un legado que sería la continuación del Imperio Romano después de su decadencia.

Flavia Giulia Elena había nacido en el año 250, en la ciudad de Drépano, al norte de la actual Turquía.

Hija de una familia muy humilde, se crió según las costumbres del Imperio Romano, en una época que se caracterizó por las fuertes revueltas de todo tipo, incluso religiosas, que llevaron a la constitución de una tetrarquía para poder mantener el precario equilibrio del Imperio.

De esta forma, el Imperio Romano se administraba a Oriente y Occidente con dos generales "Augustus" y otros dos denominados "Césares", que se ocupaban de la parte más ejecutiva sucediendo a los Augustus cuando uno de estos fallecía.

A pesar de esta distribución de poder, el Imperio adolescía de una gran falta de cohesión. Y la utilización de la fuerza militar solamente daba resultados transitorios. Mucha brasa quedaba oculta en las cenizas de cada conflicto que se apagaba por la fuerza.

Elena, siendo muy joven, y mientras trabajaba en una posada donde atendía a los viajeros y limpiaba los establos, conoció a un soldado romano, Constanzo Cloro y se enamoró... o vio la posibilidad de una nueva vida. Porque Elena, a pesar de su juventud, era una mujer astuta e inteligente, con un temperamento vivo y fuerte que se había forjado en los años de trabajo con viajantes de todo tipo.

Sí, algo había visto Elena en aquel pretoriano duro y decidido como para abandonar todo y transformarse en su concubina acompañándolo en su viaje. Tal vez vio su inteligencia, o sus posibilidades de ascenso. O vio la posibilidad de abandonar aquella vida dura y sin futuro. O bien se enamoró. ¿Por qué no?

El hecho fue que Constanzo Cloro se casó con ella.

Con el tiempo Constanzo Cloro comenzó a ascender en la jerarquía de gobierno y Elena conoció los secretos del poder. Y conoció Roma.

Allí entró en contacto con un grupo de damas de buena posición que le hicieron ver una nueva versión de la vida espiritual: el cristianismo.

El cristianismo no solo era proscrito y perseguido en el Imperio Romano, sino que se dividía en varias sectas que luchaban ferozmente entre ellas para imponer su comprensión del mensaje de Jesús. Es así que seguidores de Mateo, de Marcos, de Lucas y de Juan, tenían sus propias versiones de los hechos y dichos de Jesús, además de decenas de interpretaciones más. Y por supuesto los hechos, dichos y escritos del Apóstol Pablo, sobre lo que parecía haber cierto consenso.

Elena era muy joven cuando Constanzo Cloro, por orden del Emperador Diocleciano, se divorció de ella para casarse con una dama de alta sociedad y así forjar su carrera hacia la cima del poder. Pero Constanzo mantuvo su amor por Elena, y sobre todo por su pequeño hijo: Constantino.

Elena tuvo las suficientes comodidades y el tiempo para frecuentar a sus amistades de Roma y terminó por abrazar el cristianismo en forma decidida y completamente convencida del mensaje y autenticidad del Cristo.

Pero lo que Elena no descuidó fue la carrera y preparación política de su hijo, quien fue nominado Augustus a la muerte de su padre.

Las luchas por el poder del Imperio estallaron una vez más y el ahora Emperador Constantino se vio enfrentado a Massenzio en la famosa batalla del Puente Milvio.

Dícese que Constantino soñó con un signo, y posteriormente lo vio en el cielo. La religión romana era muy proclive a la interpretación de todo tipo de señales y signos. Y Constantino lo tomó como signo inequívoco de una futura victoria a pesar de la diferencia de fuerzas a favor de Massenzio.

Constantino hizo pintar ese símbolo en los escudos de sus soldados... y venció, convirtiéndose en Emperador.

No se sabía muy bien el significado de aquel famoso símbolo, pero fue su madre, Elena, a convencerlo de que era un símbolo cristiano y que debía adoptar esa religión.

EL novel Emperador no se preocupaba en demasía por la religión, más allá de los problemas que le causaban las diferentes sectas religiosas al interior del Imperio. Aceptó tibiamente la interpretación de su madre, pero, al mismo tiempo, vio la posibilidad de la religión como fuente de unificación del fracturado Imperio, donde la reforma religiosa impuesta por Diocleciano había sido un verdadero fracaso. Y los cristianos eran muy adecuados para ello; eran fuertes en sus convicciones, decididos, muy levantiscos y permeaban todas las capas sociales del Imperio en todos lados.

No se opuso a la interpretación de su madre y así comenzó el proceso de legitimación del cristianismo. Nada cambió en el Imperio, tan solo había una nueva deidad. Ni fue Constantino quien se convirtió al cristianismo, sino que fue el cristianismo quien abrazó decididamente al Emperador.

El cristianismo era ahora legal, y se tomó sangrienta revancha de las persecuciones a las que había sido sometido.

Elena comprendió que se necesitaba de la materialización de lo sagrado para que esa legitimación fuera más allá de toda duda, y así fue que decidió su viaje a Tierra Santa a buscar la cruz del Cristo.

Cuando llegó a Jerusalem, acompañada de un séquito imperial, Elena interrogó a los pobladores quienes le indicaron la cima del Gólgota como lugar de la crucifixión.

Pero allí se erigía un templo de Venus, divinidad protectora del Imperio. Sin dudar, Elena lo hizo destruir y entre sus ruinas ordenó a escavar.

Al poco tiempo obtuvo sus resultados: fueron desenterradas tres cruces.

¿Cuál era la correspondiente a Jesús?

Elena tomó una decisión: mandó buscar tres moribundos y acostó a cada uno sobre cada cruz.

Uno solo se salvó, y esa fue identificada como la cruz del Cristo, la Vera Cruz.

Con este milagro como prueba, Elena ordenó transportar su tesoro a Roma como la gran reliquia legitimadora de la autenticidad del cristianismo.

Pero no solo la cruz fue lo obtenido, también los clavos. Uno de ellos Elena lo hizo forjar en la corona del Emperador, y el otro en el freno de su caballo, como símbolos inequívocos de la sacralidad de la autoridad y de la necesaria contención en el manejo del Imperio.

Ahora sí, el poder político y el religioso estaban unificados. El cristianismo se impregnó de política y el mensaje de Jesús fue sustituido lenta pero implacablemente por los requerimientos de poder de una religión establecida y comprometida con el Imperio.

Pero a pesar de todo, las luchas intestinas entre las fracciones cristianas continuaban.

Y así fue que se decidió realizar la unificación de todo ello en el Concilio de Nicea en el año 325.

Y entonces, sin que nadie se percatara, nació el catolicismo. Y a partir de ese momento fue la política imperial la que difundió el evangelio.

Fue en ese Concilio que se decidió qué era lo que debía contener la religión oficial y qué era lo que debía desecharse. Se anularon todo tipo de interpretaciones que no fueran las de la fracción triunfante, se aceptaron como “oficiales” los cuatro evangelios de las fracciones cristianas dominantes y cientos de libros evangélicos que circulaban pasaron a ser simplemente... apócrifos.

Poco antes de morir Flavia Giulia Elena decidió que eso debería custodiarse, que no se debían permitir desviaciones y derivaciones que no respondieran a lo que proclamaba el Emperador y la autoridad eclesiástica que a él respondía.

Fue a visitar a sus amigas de Roma, hablaron durante varios días.

Y así se crearon los Guardianes de Nicea.

La red fue creándose de a poco, buscando personas de confianza, estableciendo una compartimentación tal que no permitía a ninguno de sus miembros conocer dónde se encontraba la cabeza de la organización. Y en base a hábiles manejos, acrecentaron enormemente su poder económico.

Buscaron a gente comprometida, y encontraron a muchos fanáticos. Dieron generosos estímulos y formaron redes de ayuda mutua para lo que sus miembros pudieran necesitar. Con el tiempo, establecieron rituales de iniciación donde se hacía jurar a sus miembros la “defensa de los principios de Nicea”. Ya había quedado lejos el análisis sobre la autenticidad de la divinidad del Cristo y la naturaleza de su substancia, como se había discutido en el concilio. Ahora se trataba de evitar que no existieran desviaciones. ¿Del mensaje de Jesús...? No, según los Guardianes, Jesús ya

había dicho todo lo que tenía que decir, ahora lo que había que cuidar era la organización religiosa naciente y sus preceptos... y al Emperador.

Al principio tuvieron buenos y frecuentes contactos con el papado, lo cual había sido fomentado por Elena, pero a medida que pasaban los años los Guardianes comprendieron que debían vigilar al propio papado, pues en el seno del mismo se insinuaban tendencias que alteraban el “espíritu de Nicea”. Entonces se conformaron como una sociedad estrictamente secreta. Su autoridad era un Consejo de tres miembros, descendientes de aquellas mujeres amigas de Elena, donde cada uno debía nombrar a su sucesor antes de morir. De la misma manera establecieron consejos similares en las principales ciudades del mundo.

Las estrategias de los Guardianes iban desde la supresión lisa y llana de quien protagonizaba una desviación importante, hasta la descalificación pública de toda nueva iniciativa espiritual.

No dudaron en colaborar secreta y abiertamente con la muy entusiasta Inquisición, aunque nunca se fusionaron con ella.

Fue así que términos como “pagano”, que antiguamente se identificaba con aquello perteneciente a lo popular, se comenzó a asimilar a todo lo que fuera religiosamente primitivo y sin fundamento filosófico.

Otro tanto ocurrió con las sectas. Si bien el término se refería a una separación o división dentro de un tronco original, con el tiempo fue empleado con connotaciones de fanatismo, cuando no de satanismo o brujería. Denominar a un grupo espiritual como una “secta religiosa” ocasionaba –y aun lo hace- una descalificación imposible de levantar.

Los Guardianes trabajaron duro a lo largo de los Siglos, tuvieron sus triunfos y fracasos. Pero uno de los éxitos más memorables ocurrió a finales del Siglo XV.

La desviación se había manifestado cuando los Médici, soberanos de Florencia, comenzaron a investigar y estudiar seriamente la alquimia y el hermetismo, extendiendo como consecuencia un saber y una práctica que se revelaban milenarias, y con un fundamento filosófico que ponía en tela de juicio lo que durante tantos años habían custodiado.

En la misma época un joven filósofo, Giovanni Pico Della Mirandola, estudió la Cábala hebrea y encontró cómo se asimilaba perfectamente al cristianismo. ¡Y la Cábala parecía tener raíces muy anteriores a Jesús!

Comenzó entonces el trabajo metódico de los Guardianes.

En lo político fomentaron y apoyaron todo tipo de oposición a los Médici, principalmente desde Roma.

Y en lo filosófico impulsaron por todos los medios una nueva forma de sistematizar el saber, y así se creó la ciencia.

Entonces la alquimia pasó a ser química, la astrología pasó a ser astronomía y la Cábala... ¡la Cábala era cosa de judíos!

Un éxito rotundo que se mantiene hasta hoy día.

El otro triunfo de los Guardianes fue la creación de la New Age.

En los años sesenta, conjuntamente con el espíritu del movimiento hippie y la revolución en la música y el arte, aparecieron en occidente nuevas corrientes espiritualistas que buscaban una mayor autenticidad que lo que hasta ahora les daba la religión instituída.

Mucho antes de que esas corrientes tomaran una forma que pudiera ser aceptada, fueron nominadas "New Age". Y las connotaciones que establecieron los Guardianes en todos los medios de comunicación fue la de asociar todo eso a un mal entendido hippismo, a una moda juvenil y por supuesto: todo estaba teñido de marihuana y LSD.

No les costó mucho hacerlo, los nuevos espiritualistas ofrecían numerosos y frecuentes ejemplos de todo ello. Y en medio de esa maraña confusa naufragaron, y naufragan, propuestas auténticas que podrían llevar a la sociedad a un nuevo planteo espiritual y a cambios trascendentes.

Hoy en día, los largos e infinitos tentáculos de los Guardianes habían detectado una nueva célula, el principio de lo que podría transformarse en una desviación.

Estaba ocurriendo en Sudamérica. Y los Guardianes comisionaron a su Consejo de Buenos Aires para que procediera a la neutralización.

CAPÍTULO 18

Claudio Montesor leía atentamente el informe elaborado por Martín. A juzgar por su ceño, que se iba arrugando más y más a medida que avanzaba en la lectura, parecía estar muy a disgusto con el resultado. Martín había elaborado un informe detallado de lo expresado por Carlo. Toda su experiencia de vida, la propuesta de prácticas, sus conceptos acerca del alma, estaba contenido en esas líneas. Así como también, muy sumariamente, las experiencias relatadas por Felipe. Lo único que había ocultado era los nombres de los involucrados.

Martín concluía que: “se estaba en presencia de actividades mentales de tipo desconocido, presumiblemente inducidas por estados de conciencia alterada, donde se podían experimentar alteraciones temporales que distorsionaban la percepción de la realidad, o bien reproducían una realidad alternativa de características aun desconocidas. Dada la calificación y antecedentes del sujeto protagonista, así como sus experiencias anteriores, es aconsejable avanzar en esta propuesta y elaborar teoría detallada una vez que se vean los resultados de las prácticas.”

-¿Que es esto, Martín?- preguntó con evidente desagrado Claudio Montesor.

Martín permanecía inmóvil, sentado al otro lado del escritorio, con sus manos cruzadas apoyadas bajo su mentón.

Descruzó las manos, suspiró y dijo: -Una hipótesis de trabajo en base a observaciones. El adelanto de un planteo deductivo.

Claudio agitó una mano, molesto.

-Nada de palabrería. Te di un plan de trabajo detallado, grupos a los cuales visitar, ibas a tratar con profesionales. Y me traes esto... ¡esta peste de New Age en lenguaje pseudo-científico!

Martín apretó los puños, estaba muy pálido.

-Le aseguro que...

Una luz se encendió en la máquina de fax y Claudio levantó una mano exigiendo silencio.

-Justo ahora están conectando de allá, les dije que iba a tener noticias. ¡Y me venís con “estados de conciencia alterada”!

Claudio comenzó a meter las pocas páginas del informe en la máquina.

-Les voy pasando esto mientras preparo mi parecer de toda esta basura.

Claudio se puso a trabajar en su informe.

-Dudo que puedas seguir...- musitó aun con rabia.

Martín no lo podía creer. "Justo ahora se me derrumba todo. ¡Y yo que creía en este cretino!"

Permanecieron unos diez minutos –eternos- en un silencio gélido, evitando mirarse.

El fax emitió un pequeño sonido, la luz destelló y una sola hoja fue provista como respuesta.

Claudio miró a Martín con expresión de desprecio profundo al tiempo que tomaba la hoja.

Eran unas pocas líneas. Cuando terminó estaba pálido.

Habló con un hilo de voz y lo miró con estupor.

-Es justo lo que esperaban. Te dan prioridad absoluta.

Martín no expresó lo que sentía. Se limitó a devolver el profundo desprecio en su mirada.

Claudio deglutió, sacó la chequera y comenzó a llenarla.

-Y te dan un estímulo importante- dijo con la cabeza baja.

Le tendió el cheque. Martín continuó destilando desprecio mientras se guardaba el cheque sin siquiera mirarlo.

-Y otra cosa, ¿quienes son estos que identificas como NN, YY, ZZ en tu informe?

-Eso es para más adelante- dijo Martín secamente sin revelarle que en su portafolio tenía otro informe detallado con los datos que le pedían.

-Yo lo llamo- agregó levantándose y retirándose sin darle la mano.

Claudio Montesor aun no se había repuesto cuando la puerta de su despacho se cerró.

Esa noche Martín decidió disfrutar Buenos Aires con una buena cena.

Ya en el cuarto del hotel consultó la folletería que se encontraba en el recibidor y se decidió por el mejor restaurante.

Sacó de su bolsillo el cheque que le había dejado Claudio y lo miró. Sonrió, levantó las cejas y continuó mirando la folletaría.

Al final, discretamente oculta dentro de una promoción de cosméticos había una tarjetita.

“Camila – escorts”, y un número de celular.

Martín pensó, miró el cheque una vez más y llamó al número de la tarjeta. Cuando dejó Buenos Aires al día siguiente, llevaba consigo un número de teléfono particular y una sensación de triunfo que no había experimentado jamás.

Y había dejado una promesa de retorno, su número de teléfono y un recuerdo imborrable.

CAPÍTULO 19

El pequeño lobo marino esperaba pacientemente el siguiente pez que le habría de arrojar el niño desde la parte baja de muelle de Punta del Este. Es normal que ejemplares juveniles de esos amigables mamíferos se acerquen al muelle para tratar de robar algún resto que caiga de las barcas de pesca. Y los eternos visitantes, tanto los turistas como los habitantes de la ciudad, se detienen a contemplar cuando alguien los alimenta, o tan solo para ver emerger cerca de los muelles, sus enormes y aguzadas cabezas en medio de sonoros resoplidos.

A un lado, algunos pescadores artesanales aprontaban todo para la jornada nocturna, mirando con desagrado a los lobos que, en la alta mar, les disputaban sus presas dejando los *palangres* tan solo con las cabezas de los peces capturados.

Estaba cayendo el sol detrás de la península de Punta Ballena, y ya se levantaba la fresca brisa que hacía de las noches de aquel caluroso noviembre un verdadero alivio.

Martín, acodado en la baranda del paseo que conducía al muelle, miraba sin ver todo lo que acontecía con los lobos marinos, los pescadores y los paseantes. Su mente, ordenada y sistemática, había comenzado a trabajar. Su vida estaba cambiando, vertiginosamente. Y Martín procuraba ser consciente de ese cambio, de aprovecharlo. Tenía dinero, y posibilidades de aumentarlo, y quien sabe cuántas puertas más se le abrirían a partir de ahora. Esa era una oportunidad, su oportunidad. Y tal vez no se repetiría. No pudo evitar recordar las palabras de Carlo. No, él pensaba en otro tipo de oportunidad, no le interesaba el origen de su alma, aunque aquello le producía mucha curiosidad, no lo podía negar. Pero no había ninguna prueba, en absoluto. Lo que él quería... Martín quería tener dinero, y así poder ser como su hermano. Y demostrarle a sus padres y ... Mercedes, su mente saltó para Mercedes.

Tenía que resolver aquello, esa situación incierta. Martín proyectó su imagen hacia el futuro, se imaginó una vida a su medida. Y encontró que la presencia de Mercedes no era tan necesaria. Y de inmediato sintió una punzada de incomodidad, una sensación de pérdida o de falta. Sí,

Mercedes había llegado a ser alguien importante, pero... No, no podía resolver eso, ahora.

Martín escuchó que alguna campanilla lejana tintineaba en su mente, algo había dejado sin resolver. Y le marcaba un alerta.

¿Y lo de Claudio? Debía estar atento, muy atento. Se le había planteado una situación peligrosa con Claudio. Y en cuanto pudiera, debía entrar en contacto directo con quienes llevaban adelante todo esto. Claudio no le servía para nada, era un problema, una dificultad que había que superar.

Y Carlo... No podía negar que el tipo le caía simpático, más allá de la admiración que sentía por su imagen pasada. No, no había pruebas. Pero parecía auténtico. Otra vez pensando en Carlo... debía concentrarse y por ahora el objetivo era consolidar la investigación, entregar resultados que motivaran su continuidad. Y que motivaran más cheques, claro.

El próximo informe... y la campanilla sonó fuerte y Martín recordó.

El dossier con los datos de todos. Aquellos folios que había dejado en su portafolio sin mostrárselos a Claudio. La decisión de no hacerlo había sido motivada por cómo se planteó la entrevista, fue una simple medida de defensa. Pero en algún momento debía entregarlo. Y no pudo evitar sentir una sensación de amarga traición ante la posibilidad de hacerlo. Sí, esa decisión iba a marcar algo definitivo, sin vuelta.

Por alguna razón que conscientemente no quiso investigar, trató de postergar el pensamiento.

Miró su reloj. Faltaba una hora para la reunión en casa de Carlo. Con un suspiro se irguió y emprendió el regreso.

Los lobos marinos se habían cansado de esperar el próximo pez, los chicos se habían ido y el muelle se vaciaba lentamente. Tan solo algunas parejas de enamorados miraban la puesta de sol. El resto se aprontaba para la noche, para las fiestas y los casinos.

Mercedes había decidido no secarse los cabellos. En su lugar los había acondicionado con una crema que dejaba más en evidencia sus largos rizos.

Mientras se aplicaba una leve sombra oscura en sus párpados pensaba.

Aun no comprendía en todo su alcance la propuesta de Carlo, pero intuía que allí había algo grande, algo que podría resolver las tensiones de su vida dándole una explicación, un sentido. Pero era algo tan... ¡tan raro! Si no hubiera sido Carlo que lo proponía seguramente ni siquiera hubiera escuchado. Carlo. Sí, no podía negar lo que sentía, aunque se negaba a definirlo. Su imagen, su voz, su sonrisa leve y algo triste, ocupaban toda su mente sin dejar lugar al raciocinio.

Y Martín. Martín había retornado muy raro de su viaje a Buenos Aires. Estaba más distante, más serio. Curiosamente, parecía mucho más seguro de sí mismo. Pero su relación también había cambiado. ¿Por la aparición de Carlo? Sí, no podía negarlo. Pero aun sin Carlo, ¿cómo veía a Martín? No pudo definir nada, continuaba a estar confusa.

Decidió lo que deciden todas las mujeres en esa situación —y muchos hombres— mejor no pensar, que las cosas tomen su propio rumbo. Aunque ni unos ni otros, no se animan a confesarse que en el fondo, saben exactamente a dónde se dirigen cuando omiten pensar a fondo y tomar decisiones.

Pero también sabía que todo aquello no era una situación de enamoramientos veinteañeros. Aquello estaba enmarcado por algo serio, muy serio. Y ella ya no era una muchachita.

Mercedes suspiró mirándose al espejo. Estaba bien, con un conjunto deportivo y ninguna alhaja. Pero bien, y cómoda. Y no podía negar que físicamente se sentía mucho mejor después de aquellos días de dieta sana, oxígeno y meditación. La llegada de Martín y su actitud habían enturbiado algo aquella limpidez, pero ya estaba bien nuevamente.

Miró el reloj. Martín estaba por llegar.

El ritmo implacable de AC-DC parecía dar sostén a los pensamientos del muchacho.

Felipe había desayunado con un jugo de frutas y el resto del día había decidido ayunar. Quería estar bien preparado para la experiencia que fuera a vivir. Esta parecía ser la oportunidad de hacer algo serio y que no dependiera de él. No dudaba en absoluto de sus experiencias personales, había tenido comprobaciones contundentes y externas a su percepción.

Pero el camino en solitario no es fácil, uno se puede perder en la enorme y peligrosa maraña de su propia mente.

Lo que Carlo le proponía era una sistematización, había hablado de técnicas. Y de conceptos importantes, ir a los orígenes, buscar el sentido de la vida, de su vida. Viajar con el alma. Todo sonaba grandioso. Y era un hombre mayor quien lo decía, un profesional respetado y reconocido, que a su vez, había experimentado cosas terribles en su vida.

Y todo ese enorme misterio de la señora Boff y el señor Ur... parecía cosa de... de película.

Felipe no tenía dudas, ya había decidido lanzarse a la experiencia. Para él era más sencillo, estaba solo. Absolutamente solo en su vida. Tenía a su hermana, pero no podía compartirlo todo con ella.

Felipe sintió una sensación de vacío cuando pensó en su futuro. Y comprendió que la propuesta de Carlo podía contener una nueva vida.

De pronto se percató que AC-DC estaba interpretando *Highway to hell*. ¿Era esta propuesta, acaso, un camino a un infierno?

No, Felipe sabía exactamente que su infierno pasaba por otro lado. Por un camino que se había negado a recorrer. Y que ni siquiera quería pensar.

Con un suspiro apagó el reproductor de música y salió.

La noche se había echo presente cuando Felipe arrancó su moto y se dirigió hacia lo de Carlo.

El humo del incienso se desplazaba perezosamente por la estancia invadiéndola con un suave perfume de rosas.

La luz era suave, como la música de Vangelis que parecía no tener una fuente de emisión definida.

Carlo esperaba sentado frente a la estufa.

En esos días había llegado a desear la inquietante presencia de la señora Boff y el señor Ur. Hubiera querido hacerles muchas preguntas. Aun cuando sabía que no necesariamente iba a obtener tantas respuestas.

El camino era así, lleno de dudas, de pruebas, de noches oscuras en las que no se puede hacer otra cosa que avanzar.

Sus nuevos amigos presentaban aspectos diversos, cada uno con sus motivaciones. Carlo debía averiguar por cuál razón los había encontrado en ese momento.

Sí, parecía haber algún hilo que los uniera, según se desprendía del relato de sus vidas y de algún contacto anterior. Se sintió incómodo cuando recordó la circunstancia que lo había ligado a Mercedes en el pasado.

Mercedes...

No podía negar la atracción que sentía. Pero debía mantener separado eso de la propuesta que había hecho.

Y reconoció que no había otra forma de comprobar esa causalidad que efectuar el experimento con ellos. De todas formas no les iba a hacer mal, y si sabían aprovechar la experiencia, gran parte de sus vidas adquiriría un nuevo sentido. Después de todo, ese parecía ser su cometido actual en el mundo, proporcionar ese conocimiento, esa experiencia...

Y buscar cumplir con los objetivos que le habían marcado la señora Boff y el señor Ur.

Recordó sus primeros viajes, sobre todo aquel, cuando conoció al rengo.

Carlo sonrió. ¡Allí sí que había tenido una respuesta!

Pero faltaba...

El sonido del motor que se detenía le indicó el arribo de sus amigos. Y en seguida se escuchó la moto de Felipe.

Entraron sonrientes, con una tranquilidad externa que no podía ocultar las dudas y el entusiasmo.

-¡Que lindo ambiente!- dijo Felipe -¡y con saumerios!

Se acomodaron mientras Martín instalaba su pequeña grabadora y la videocámara con trípode.

Una vez acomodados se miraron un poco tensos.

Carlo desconectó los teléfonos, pidió apagar los celulares y propuso unos minutos de relajación y respiraciones profundas.

Al poco rato la música y el aroma a incienso, conjuntamente con la oxigenación de las respiraciones lentas y casi profundas había hecho su efecto y todos estaban bastante relajados.

-Yo soy el primero- dijo Felipe levantando un dedo.

-Bien, me parece bien- dijo Carlo. Y se acomodó frente a Felipe manteniéndose a un metro de distancia aproximadamente. -Afloja tu cinturón y ponte cómodo.

Felipe se acomodó.

-Ahora escúchame con atención, Felipe. Vamos a realizar un ejercicio muy similar a la hipnosis. ¿Estás de acuerdo?

Felipe asintió con la cabeza y sonrió levemente.

-Bien. Vamos a ir a un tipo de trance en el cual en ningún momento vas a perder tu conciencia, aun cuando experimentes sensaciones. No voy a permitir que te ocurra nada malo, y si ocurre alguna situación molesta o desagradable de inmediato te recupero. ¿De acuerdo?

Felipe asintió.

-Por lo tanto debes tener total confianza en mi y concentrarte en mi voz. Ahora cierra los ojos y haz una respiración profunda.

-Bien. Ahora vamos a regularizar la respiración y a concentrarnos en eso, tal como lo hicimos en este tiempo de prácticas. Así, muy bien.

Mercedes se acomodó en el asiento y sintió que sus manos transpiraban. Martín estaba atento a los registros.

La voz de Carlo se suavizó aun más.

-Vamos a pensar que estamos en una suave penumbra, frente a una escalera que desciende. Son pocos escalones... están iluminados, como en el cine. Desciende el primer escalón, despacio. Así, bien. Permanece un poco allí, estás más abajo... Ahora desciende el segundo, despacio. Bien. Y ahora el tercero... El cuarto... Y cuando desciendas al otro será el último, todo estará con una suave oscuridad, que no te molesta, ni te atemoriza. Estarás cómodo, a gusto. Sí... desciende...

Felipe se encontró en aquella oscuridad tan suave y acogedora. Se sentía bien, muy bien. Y la voz de Carlo era una referencia, una protección. No tenía percepción alguna, tan solo escuchar y ser, dejarse llevar...

-Bien Felipe, ahora, desde este lugar todo se puede. Y vamos a trasladarnos al día de ayer... a cualquier momento que recuerdes bien del día de ayer. Siente todo lo que sentías en ese momento, mira con tus ojos internos, lo ves todo otra vez, puede escuchar, oler. Ser...

Felipe rápidamente se había situado en el mar. Esperaba una ola montado sobre su tabla de surf. La orilla estaba lejos, a unos quinientos metros, y solo se veía una línea de arena dorada. Podía sentir el frío agradable del agua, el gusto a sal en sus labios, el olor del mar. La tabla se mecía suavemente. Escuchó las gaviotas. Era un día tranquilo, pocas olas, pero

disfrutaba el mar, lo experimentaba con todo su ser. No supo cuanto tiempo estuvo allí. La voz de Carlo lo condujo nuevamente.

-Ahora vamos a la semana pasada, a un día que recuerdes de la semana pasada. Hubícate allí...

Felipe tuvo un leve momento de negrura mientras en alguna parte de su mente buscaba un día que recordara. Sí, el jueves, cuando había comido una pizza en Maldonado. Allí estaba, sí... el ruido de la cervecería, el pasaje continuo de los mozos llevando y trayendo los pedidos, el murmullo suave y permanente de la voces interrumpido por ruidos de cubiertos, botellas y vasos que sonaban suaves y continuos. Y el olor, el delicioso olor que tienen todas las cervecerías del mundo. La pizza y los panchos, la mostaza, y un fondo de cerveza fuerte y suavemente amarga. Felipe sintió los gustos... Y muy lejos pero claramente, la voz de Carlo que lo inducía a experimentar.

El reclamo se hizo un poco más insistente.

-Felipe, Felipe, vamos a seguir retrocediendo, vamos al mes pasado. Felipe, sigue conmigo.

Felipe asintió suavemente con la cabeza.

-Al mes pasado, a un día que recuerdes del mes pasado.

Felipe ya conocía esa corta negrura que es el intervalo antes de hubicar un momento en el tiempo.

Sí, allí estaba, no estaba seguro de que fuera el mes anterior o tal vez un poco antes. Pero fijó ese día. Estaba con ella, con Carmen. Le gustaba Carmen y estaba tan linda... veía el profundo azul de sus ojos, sus dientes perfectos que se abrían en una sonrisa invitante. Y ella que se acercaba... sintió su olor, su presencia. Todo su ser experimentó como un latigazo. Y otra vez... otra vez esa sensación desagradable, eso que lo...

Carlo percibió cierto desasosiego en Felipe y decidió sacarlo de allí.

-Felipe, Felipe, estás bien, te sientes bien. Continua retrocediendo... así, así.

Felipe volvió a sentirse cómodo.

-Ahora vamos a varios meses atrás, encuentra un lugar.

Felipe estaba en la negrura, cómodo, era como volar y aterrizar donde quisiera. Su memoria era el guía. Visualizó la playa en Brasil, el verano

anterior. Y ya estaba allí, disfrutando de un día maravilloso y tomando cerveza.

-Puedes hablar, Felipe. Cuenta donde estás ahora.

Felipe sintió que le costaba hablar, crear pensamientos. Su mente, todo su ser estaba en otro lado. Hizo un esfuerzo.

-Brasil... una playa brasileña... calor. Estoy allí.

Mercedes se movió, inquieta. Miró a Carlo y asintió con la cabeza en señal de reconocimiento de la experiencia.

Martín continuaba controlando los registros. Observaba atentamente lo que sucedía.

-Ahora vamos más atrás, Felipe, un par de años atrás. Vamos a hubicarnos en tu cumpleaños de hace dos años.

Felipe encontró rápidamente la coordenada. Había sido más fácil al no tener que buscar.

-Sí, me fui de campamento. Solo. A un arroyo, a pescar. Estoy allí... Llega un camión... es el dueño del campo.

Felipe se pone un poco tenso.

-Discutimos, me echa de allí, dice que es privado.

-¡Imbécil de mierda!- gritó repentinamente -¡No estoy cazando, estoy tranquilo, y no te voy a robar nada!

Felipe hizo un ademán para protegerse de un golpe.

-Felipe, nos vamos, nos vamos- dijo Carlo al comprender la situación – Seguimos viajando. Ya nos fuimos.

Felipe estaba un poco agitado. Poco a poco se recuperó.

-Estamos viajando otra vez. Ahora vamos a tu primer día de liceo.

Felipe encontró el espacio tiempo sugerido.

Sonrió.

-Sí, llueve. Están todos. Gabriel, Marissa, el profe, todos. Estoy un poco nervioso, pero me gusta. Aunque... no pueden ser mis amigos...

Felipe experimentó cierta angustia que pronto pasó.

Carlo miró a Mercedes, interrogativamente. Ella asintió y le hizo una seña de que continuara. Carlo no pudo evitar ver un brillo de lágrimas en los ojos de Mercedes.

Ahora Felipe hacía gestos, musitaba, dejaba escapar fragmentos de conversación. Sonreía.

-Vamos, Felipe, vamos más atrás. A tu primer día de escuela.

La expresión de Felipe se ensombreció un tanto.

-Me dejaron, papá y mamá me dejaron solo con esta gente. No sé nada, no entiendo lo que pasa... Estoy sentado, tengo hambre y como un durazno que me traje. Me ensucio y no puedo limpiarme... la maestra dice que soy un nene muy sucio. Todos se ríen de mi, se ríen. Me quiero ir.

-Vamos, Felipe, vámonos de allí. Tranquilo, está todo bien. Vamos a cuando tenías un año, es tu cumpleaños, tu primer cumpleaños.

Mercedes y Martín se miraron inquietos. No esperaban esto.

Felipe se encogió un tanto.

-Dime, Felipe, dime lo que ves.

Felipe dudó unos instantes, hizo unos gestos y ademanes lentos, incomprensibles. De pronto habló con vos un tanto pastosa.

-Papá y mamá... me caí... y me levantan. Estoy llorando. Siento el perfume de mamá. Papá se ríe. No me gusta... me dejan otra vez tirado, no puedo levantarme y lloro. La abuela... la abuela me besa y me calma. Y me da un autito para jugar. Papá habla fuerte y la abuela se enoja.

Carlo miró interrogativamente a Mercedes que daba muestras de inquietud. Mercedes asintió vivamente con la cabeza.

-Le regalaron un autito- dijo en un susurro casi inaudible.

Carlo asintió.

-¿Cómo es ese autito, Felipe?

Felipe sonríe.

-Verde, es verde. Y con ruedas negras.

Mercedes asintió una vez más.

-Bien Felipe, muy bien, nos vamos. Seguimos hacia atrás.

Martín frunció el ceño y se acomodó. Mercedes estaba nerviosa.

-Vamos al día de tu nacimiento, Felipe. Estás naciendo.

Todos observaron con asombro cómo Felipe se encogía aun más, casi hasta arrollarse.

Ahora la cómoda oscuridad en la que viajaba Felipe cambió. Había una tenue claridad, y estaba incómodo, muy incómodo.

Felipe se retorció de un lado a otro con muestras de inquietud.

Mercedes se enderezó en el asiento. Carlo le hizo una seña de que esperara.

-¿Qué ves Felipe?

Felipe no respondió, continuaba retorciéndose.

-Puedes hablar, Felipe, puedes hablar. ¿Qué ves?

-Una luz suave... que crece. ¡Agh, la luz, la luz me duele!

Carlo calmó a Mercedes una vez más.

-Ha nacido... le dijo en un susurro.

-¡Y el ruido, el ruido! ¡No aguanto esto!

De pronto Felipe comenzó a jadear con dificultad. Parecía no poder respirar.

-Me ahogo...- atinó a decir con voz muy débil.

Mercedes tomó a Carlo fuertemente del brazo.

-¡El cordón!- le dijo alarmada –Nació con el cordón umbilical en torno al cuello!

-Está bien, Felipe- dijo rápidamente Carlo –Ya te saco eso, ya te lo saco. Ya está, ya está.

Felipe recobró el ritmo poco a poco.

-¿Cómo te sientes?

-Bien..., mejor... el peso... me siento pesado. Y ese olor... no me gusta. Ahora siento a mamá. Siento la piel de mamá. Me siento bien...

-Bien, muy bien... tranquilo...

Carlo esperó unos instantes mientras la tensión crecía en Mercedes y Martín.

-Muy bien Felipe. Ahora un pequeño esfuerzo, un salto, y vamos hacia atrás, más atrás, a donde tú quieras y te sientas bien.

CAPÍTULO 20

Felipe flotaba en el tiempo. Era una sensación extraña. Todo estaba tan cerca y tan lejos...

Todos vieron cómo la actitud de Felipe cambió. Estaba más relajado y su expresión facial era totalmente impersonal. Respiraba lento.

-¿Dónde te encuentras?- preguntó Carlo.

Felipe se encogió de hombros y con total indiferencia contestó:

-No lo sé...- su voz había sonado algo hueca.

-¿Estás bien?

No respondió, de inmediato. Cuando lo hizo parecía un poco hastiado, molesto por tener que responder.

-Sí.

-¿Cómo te llamas?

Una vez más se encogió de hombros como si eso no le importara.

-¿Quién eres?- insistió Carlo.

Mercedes apretaba sus manos nerviosamente.

-No lo sé...- dijo Felipe con total indiferencia.

Mercedes apretó el brazo de Carlo con ambas manos. Carlo le hizo señas que se tranquilizara. Y Martín que tenía ambos brazos cruzados la miró con el ceño fruncido. Mercedes no se percató.

-Vamos a seguir viajando hacia atrás, más atrás. ¿Me sigues?

Felipe se encogió de hombros.

Carlo hizo una pausa y todos vieron cómo Felipe levantaba un poco la cabeza y respiraba hondo.

-Busca una coordenada importante del pasado, a donde sea importante.

Busca a tu hermana, busca la de tu hermana...

Felipe se puso un tanto rígido.

-¿Dónde te encuentras?

Ahora Felipe se mostraba un tanto nervioso a juzgar por los pequeños movimientos de su cuerpo y de sus brazos.

-No lo sé, es un lugar seco. Hay una cueva y varias personas. Mercedes está llorando. Hay más gente...Me siento muy triste. ¡Murió, mi amigo murió! ¡El único amigo que tuve, murió! ¡Y está en esa cueva!

-¿Quién eres?

Felipe no respondió. Respiraba un tanto agitadamente.

-Me veo, estoy allí... soy...

-¡No te acerques, no te acerques a ti!- interrumpió Carlo rápidamente – permanece lejos, lejos de ti y observa todo. Así, tranquilo.

Felipe suspiró.

-Llegó. Llegó él, al fin lo conozco.

Hizo una pausa.

-Va a entrar... va a entrar en la cueva... le cuesta caminar. Cojea de la pierna izquierda.

Ahora fue Carlo quien se puso rígido.

Mercedes se dio cuenta y lo miró interrogante. Carlo hizo un gesto de mantener silencio.

-Está adentro, con el cadáver de mi amigo... ¡No puede, no va a poder esta vez!

Felipe respiraba ahora más agitado. Carlo estaba muy tenso. Pasaron unos instantes. Felipe casi jadeaba.

-¡Sale, está saliendo! ¡Y sale también mi amigo! ¡Está vivo, está vivo!- casi gritó Felipe.

De pronto pareció calmarse. Murmuraba palabras incomprensibles y con la cabeza hacía gestos de asentimiento, como si alguien le hablara.

Y repentinamente las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas.

-Gracias... gracias...- fue todo lo que dijo. Y se durmió.

Carlo suspiró.

-Felipe, Felipe... vamos a volver. Ven conmigo Felipe, retornamos a casa.

Y Carlo lo guió de vuelta recorriendo una por una las etapas donde se había detenido. Ahora lo hacía un tanto más rápidamente. Pasó por la instancia del nacimiento.

-Ahora ya sabes, Felipe, sabes lo que pasó. No tienes que asustarte, nace, nace tranquilo y vive. Así...

Y el viaje hacia el presente continuó.

-Llegamos a la escalera en sombras, Felipe. Comienza a ascender y recuerda todo lo vivido, en paz y tranquilidad. Sube Felipe, un escalón, dos, tres.

La expresión de Felipe era de una gran paz y placer.

-Ya estás arriba. Estás con nosotros, ningún recuerdo desagradable te queda de todo esto. Abre los ojos, estás en paz.

Felipe abrió lentamente los ojos y los fue mirando uno a uno. Cuando miró a Carlo sonrió.

-¿Cómo te sientes?

Felipe se desperezó lentamente.

-Fue maravilloso- dijo con una amplia sonrisa. –Pero, ¿qué fue lo que...? ¡Es increíble!, el tiempo se comprime, se pueden vivir días allí, ¡y acá pasan minutos!

Carlo lo detuvo con una seña.

-Tranquilo, ya hablaremos de todo eso.

Martín comprobó una vez más sus registros y se sentó.

-¿Qué fue eso? ¿Hipnosis?- preguntó.

Carlo hizo un gesto ambiguo.

-Sí, se podría decir... Fue un trance leve, inducido. Llevamos la mente a que se hiciera consciente en un punto en el cual normalmente no está. Y desde allí la acostumbramos a retroceder a través de la memoria, que sabemos que tiene otros registros anteriores. Si se alcanza un punto adecuado del mapa mental, no hay problema en hacer el salto hacia una coordenada anterior a esta vida. Y Felipe está acostumbrado a situar la mente en ese punto que normalmente no se usa.

Felipe restregó sus ojos antes de tomar su café. Todos lo observaban.

-No sabía lo del cordón umbilical...- dijo.

Mercedes asintió.

-Sí, me lo contó mamá un día, casualmente, mientras hablaban de un caso con papá.

-Eso es una comprobación muy fuerte- aseguró Felipe.

Todos asintieron.

-¿Y todo lo demás? ¿Esa zona oscura?

-Es el período entre dos vidas- respondió Carlo.

-¿Estamos hablando de la teoría de la reencarnación, otra vez?- preguntó Martín con tono incrédulo.

Carlo se encogió de hombros.

-Llámalo como quieras.

Martín respiró hondo y enarcó las cejas, escéptico.

-¿Y cómo fui a parar allí, donde ocurrió todo eso?- preguntó Felipe.

-Yo te dije que siguieras la huella de Mercedes, que buscaras a Mercedes. Es más fácil buscar a alguien en el tiempo-espacio con quien se tenga afinidad.

-¿Y cómo sabías que podría localizar a Mercedes, y por qué en esa coordenada?

-No lo sabía, fue un albur. Siempre supuse que por algo nos habíamos conocido en estos días, precisamente.

Mercedes lo miró atónita.

-Pero tú... ¿tú que tienes que ver con el viaje de Felipe y que me haya encontrado a mí?

Carlo dejó su taza vacía, cruzó sus manos y los miró lentamente, uno a uno.

-Yo también he viajado. También he encontrado a esa persona renga, y hablé con ella. Y sé exactamente las circunstancias que Felipe ha vivido.

-Continúa...- dijo Felipe asombrado.

Carlo negó.

-No, no quiero influenciar. Falta el viaje de Mercedes y Martín.

-Yo no estoy seguro- dijo Martín.

-Yo sí- dijo Mercedes –después de lo que he visto, sí.

Felipe levantó una mano.

-En cuanto a la época...

Carlo lo interrumpió.

-No digas más nada, por favor. No podemos influir en los otros.

-Pero... ¿me puedes decir por cuál razón me advertiste que no me acercara... a mí?

-Sí. Por experiencias de otros, que me han relatado, es muy peligroso acercarse demasiado al Ser del origen. Se puede producir una fusión por afinidad. Y tu alma se introduce en ti mismo como una cosa natural, le pertenece, te perteneces.

-¿Y entonces?

-Quedas allá... y tu cuerpo de este presente, muere. El alma lo abandonó.

Se produjo un silencio.

-¡Esto es increíble!- casi protestó Martín –Esperen mientras cambio los carretes.

Mientras Martín realizaba la operación todos callaron y no se animaban a mirarse. Excepto Felipe que parecía un tanto divertido.

-Carlo...

-Listo- dijo Martín.

Carlo miró a Felipe, interrogante. Felipe sonreía.

-Carlo, no era mi origen.

Carlo se asombró.

-¿Cómo lo sabes?

-El rengo me lo dijo. Y me dijo más cosas. Yo sé de lo que estás hablando. Y te digo una cosa: Ellos también viajan al pasado. Por eso...

Carlo lo miró atónito y de inmediato lo interrumpió con un gesto.

“¡Claro, ahora me explico...!”

-Basta Felipe, basta. Después hablamos.

-¡Yo quiero saber!- protestó Mercedes.

¡Y yo!- agregó Martín, pensando en su próximo informe.

-Tengan confianza en mi- pidió Carlo –Prometo que no los voy a dejar sin respuesta.

El automóvil de Martín avanzaba por el repecho de la Punta de la Ballena mientras se dirigían de regreso.

La madrugada estaba fría y tranquila, y pocos autos se cruzaron con ellos.

Mercedes permanecía en silencio mientras miraba el hermoso cuarto creciente que se levantaba tras la Isla de Gorriti.

-Parece que quedamos por fuera de algo...- insinuó Martín.

Mercedes se arrebujó en su saco de lana.

-Tiene razón- respondió- si esto es así, tiene razón. Prefiero no saber nada y tener una experiencia auténtica.

Martín no respondió por unos instantes. Y después agregó

-“Si” esto es así- recalcó las palabras de Mercedes.

-Lo es- respondió ella secamente.

Martín sonrió cínicamente.

-No me cabe duda, tú le crees todo.

-¡No seas idiota!

Martín sonrió.

-*Touché*- dijo sarcásticamente.

Mercedes apretó los dientes y no respondió.

Martín dobló por la calle que conducía a la casa que habían alquilado.

Aparcó el auto y descendieron.

La casa estaba fría. Como ellos.

-Mañana me voy a Buenos Aires.

Mercedes se encogió de hombros y se metió en el dormitorio. Escuchó que Martín hablaba por teléfono.

“Mejor”, pensó.

Y se acostó buscando rápidamente el sueño.

CAPÍTULO 22

Carlo miró su reloj. Pasaban las doce de la noche. Comenzó a juntar todo al tiempo que pensaba en lo vivido.

Sí, había sido una experiencia exitosa. Y había alcanzado uno de los objetivos que le plantearon la señora Boff y el señor Ur. Sin proponérselo, había sido una verdadera sorpresa que le confirmaba mucha cosa.

Los suaves golpes en la puerta lo sorprendieron. Fue a abrir.

Era Felipe, y lo miraba sonriente.

-Discúlpame Carlo, pero no puedo ir a dormir sin saber más, sin que hablemos.

Carlo le sonrió y se hizo a un lado para dejarlo entrar.

Se sentaron.

-¿Otro café?

-No, no, gracias.

-¿Un helado?

-Sí, eso viene muy bien.

Carlo sirvió ambas copas de helado y se sentaron.

Felipe lo miró mientras no dejaba de comer.

Carlo sonreía.

-El rengo... – dijo Felipe.

Carlo levantó ambas cejas y sonrió con picardía. Le gustaba hablar con ese muchacho.

Felipe al fin lo dijo.

-Era Jesús.

Carlo asintió.

-¿Pero... rengo?

Carlo asintió.

Se levantó y volvió con un grueso libro. Lo abrió y buscó. Se lo mostró a Felipe.

-Mira, aquí hay la representación de una cruz. Y como ves, tiene el travesaño inferior, donde se apoyan los pies, inclinado. Indica una pierna más corta que otra. Esta representación de la cruz aparece corrientemente en el arte griego, o bien ruso, o eslavo. Y lo mismo se puede deducir de la

observación de la Sábana Santa de Turín, por más que esto es bastante discutido. Pero nosotros lo vimos, era renego.

-¿Tú también estuviste... con él?

-Sí- fue la corta respuesta.

Felipe dejó la copa vacía y pasó las manos por su cabeza.

-Todo esto es una locura...- hizo una pausa – ¿sabés que ellos también viajan con el alma?

Carlo asintió.

-Y mi amigo, ese que salió de la cueva... era Lázaro. No estaba muerto, o si, no sé. Pero él lo trajo de vuelta. Recuperó su alma.

Carlo asintió, emocionado.

-Está en la Biblia, él nunca creyó que estaba muerto, por más que se lo aseguraron varias veces.

Carlo hizo una pausa.

-Sé lo que es eso, lo he visto con Martha. Lo que nunca pensé es que lo de Lázaro pudiera haber sido un caso similar.

-Sí, tienes razón. Él... Jesús, me lo explicó- continuó Felipe –No era la primera vez que sucedía, él lo sabía. Pero en esa oportunidad Lázaro había ido muy lejos, y mucho tiempo.

-Sí, esto no se puede hacer solo, es peligroso. Siempre debe haber alguien que te haga retornar. Es posible que Lázaro se haya dejado fundir con su ser anterior.

Felipe negó con la cabeza.

-No fue un accidente. Quiso hacerlo, quiso ir a ese pasado y quedar allí. Era en Grecia, me dijo.

Carlo lo miró asombrado.

-No hubiera imaginado...

Felipe se acomodó y sacudió la cabeza, como alejando algo de su mente.

-Dime, Carlo. ¿Qué otra evidencia tienes de que es Jesús?

Carlo trajo un par de libros. Uno era grueso, de tapas negras. Una Biblia. El otro era más pequeño.

-Cuando yo viajé, una de las veces en que lo encontré, estaban muy próximos los acontecimientos previos a su muerte. Estábamos en un monte, un lugar que yo no podría ubicar. Él sufría, mucho. Pudo ver su futuro. Ellos, los viajantes, pueden ver el futuro a través tuyo, si les

permite leer tu mente. Y él lo hizo, aunque sospecho que ya lo sabía. Vió que iba a sufrir atrozmente, vio su muerte. Y sudó sangre. Comenzó a orar. Yo lo abracé. Y vi que bajo un árbol cercano alguien nos miraba con curiosidad.

Carlo buscó en la Biblia. Cuando encontró el pasaje se lo alcanzó a Felipe.

-Lucas 22:39, veamos... Sí, es cuando ora en Getsemaní.

Carlo estaba visiblemente emocionado.

-Sí, y cuando “un ángel lo confortó”- hizo una pausa mientras Felipe encontraba el párrafo y lo miraba atónito.

-Ellos, a veces pueden percibirnos, nos ven como luces, como formas. Y si no saben qué es lo que está pasando piensan que están viendo un ángel. Eso es lo que vio el discípulo que dormía bajo el árbol. Esto me lo explicaron Boff y Ur.

Felipe no salía de su asombro. Carlo continuó.

-Y cuando le pregunté dónde lo volvería a encontrar, fue que me respondió algo así como: “debajo de la piedra, dentro de la madera”. Mira.

Y le tendió el otro libro. Un Evangelio de los llamados Apócrifos. El Evangelio de Tomás. Parágrafo 30. Felipe leyó:

-“Levantad la piedra y allí me encontraréis, partid la madera y allí estoy.”

Felipe cerró el libro.

-Pienso que lo dijo para que pudiera comprobar su identidad. No sé, con él todo es extraño. Hasta su apariencia.

-Sí, ya vi. Nada tiene que ver con las representaciones que se hacen.

Carlo asintió.

-Sí, Boff y Ur me tuvieron que explicar todo.

-¿Y esa gente, qué busca?- preguntó Felipe.

-No sé bien, ayudan a la gente, la orientan. Además investigan, tienen objetivos, quieren averiguar cosas precisas. Una de ellas era lo de Lázaro. Buscan gente que pueda ir a esos lugares del tiempo. No te digo las otras para no influenciar. Esperemos el viaje de Mercedes y Martín.

Felipe permaneció un rato en silencio.

-¿Y qué más te dijo?, digo, Jesús.

Carlo sonrió y negó con la cabeza.

-Esperemos, esperemos a estar todos. Por hoy ha sido suficiente.

-Mucho más que suficiente- respondió Felipe –Es... un mundo nuevo.

-Que siempre estuvo allí.

CAPÍTULO 23

Camila Puyrredón tenía treinta años y había nacido en el muy tanguero barrio de Barracas. No conoció a su padre, había muerto en el conflicto de Las Malvinas. Y de su madre tenía el recuerdo de una mujer en permanente sufrimiento. Hasta que se apagó. Murió un fin de semana de mayo, cuando no soportó el frío.

Camila se fue a vivir con una tía que no tuvo otra opción que buscarle empleo. Así fue que a los dieciséis años Camila comenzó a trabajar como ayudante en una pequeña biblioteca comunal. El trabajo era poco, muy poco, y Camila pasaba las tardes de invierno sentada frente a una vieja estufa eléctrica de rulo leyendo libro tras libro. Así fue que a pesar de no haber completado la secundaria, desarrolló un acervo cultural considerable. Y la lectura se transformó en parte de su vida.

El siguiente paso en la instrucción de Camila fue un empleo público. Allí aprendió mucho sobre las personas, sus debilidades y fortalezas, y sobre todo sobre la mezquindad del género humano. Poco a poco fue desarrollando un cinismo soterrado que utilizaba como filtro en toda relación humana.

Ya a esa altura tenía veintitrés años, y había adquirido plena conciencia de su potencial como mujer.

No era una belleza, pero tenía un encanto particular. Era una de esas mujeres que, sin nada evidente, no podían pasar desapercibidas a nadie. Sobre todo a los hombres. Unos ojos enormes y muy claros brillaban en el fondo de unas agradables concavidades de su rostro, dando a su mirada un toque de misterio y fineza que se deslizaba por una nariz fina y aristocrática. Y todo se interrumpía abruptamente en una boca generosa y que parecía estar permanentemente a punto de sonreír, a punto de decir algo interesante, a punto de besar.

Lo mismo ocurría con su cuerpo; alta y de andar elegante y erguido, el cual movía como si fuera una pluma a pesar de sus, un tanto abundantes, caderas y su busto prominente.

Pero el verdadero arsenal de Camila no estaba en su belleza intrigante ni en su hermoso cuerpo: su fuerte era que sin que nadie le enseñara cómo, Camila sabía perfectamente cómo hacer sentir bien a un hombre.

Un trato directo y aparentemente sumiso, un interés permanente por cada gesto o palabra que emitía su interlocutor, una voz suave que dejaba caer preguntas interesantes y comentarios agudos, una postura atenta y extrañamente dispuesta, un mirar intenso que se alternaba entre los ojos y la boca de la víctima de turno. Y sus hermosos labios siempre apenas abiertos... Si a eso se le sumaba una inteligencia profunda y una vasta cultura general, el resultado era impactante, suavemente impactante. Quien se daba cuenta del impacto se daba cuenta también de que ya era muy tarde.

Pocos eran los hombres que podrían soportar esa tela de araña. Camila no había conocido a ninguno. Y si alguno en algún momento quiso imponerse en base a un absurdo machismo, se estrelló contra un carácter fuerte, una voz que había sido despojada de toda dulzura y una expresión de rechazo que no dejaba lugar a dudas... pero que sí dejaba entrever algún peligro oculto.

Por eso fue aceptada de inmediato cuando respondió a aquel aviso en el cual pedían "dama de compañía" que había salido en una revista femenina.

Escort. Ese era el verdadero nombre de su trabajo. Exitante, un tanto riesgoso, y en el filo de la navaja. Pero muy bien pago y lleno de oportunidades que Camila había sabido aprovechar muy bien. Pronto dejó su empleo y se dedicó solamente a eso. Estudió idiomas, letras e historia como forma de incrementar su cultura y transformarse en una mujer... digamos excepcional. Y pronto se mudó a un coqueto apartamento en Barrio Norte.

Pero Camila tenía un flanco débil, tenía una veta humana, y comenzaba a sentirse sola.

Por esa razón no había rechazado la oferta de Martín de tomar algo en su departamento después de la elegante cena en Clark's. No era lo que hacía habitualmente con los clientes, mantenía su domicilio como algo muy personal, tanto por motivos de privacidad como por seguridad. Había escuchado muchos casos de amigas que cometieron el error imperdonable de llevar el cliente a casa.

Pero este tipo parecía ser distinto. Le recordaba a ella misma en años anteriores. Era un luchador, alguien que buscaba su futuro con rabia de su pasado.

Sexualmente le había proporcionado un placer que nunca había experimentado. Había sido el encuentro de dos formas de interpretar el sexo que habían vagado muchos años buscándose en cuerpos extraños.

Y él había sentido lo mismo. Se lo había dicho.

Así como le había dicho el motivo de su estancia en Buenos Aires y todo lo relativo a su investigación.

A Camila eso le pareció sumamente interesante. Se apretó cariñosamente contra el cuerpo desnudo de Martín haciéndole sentir el calor de su piel.

-¿Y cómo lo vas a manejar ahora?

-Traje todo lo grabado y el dossier correspondiente a Felipe. Le pienso cobrar por eso, y mucho. Y a medida que vaya entregando más cosas seguiré cobrando.

Camila encendió un cigarrillo.

-Creo que tu problema es ese imbécil que está en el medio, ese Claudio.

-Sí, pero eso no tiene remedio.

Los ojos de Camila sonrieron sin que Martín pudiera verlos. El instinto de predador se había despertado nuevamente en ella.

-¿Me llevas a la reunión, mañana?

Martín se encogió de hombros.

-Sí, vamos...

A los veinte minutos de haber llegado Claudio Montesor no podía despegar los ojos de la boca entreabierta de Camila. Y cuando lo hacía se encontraba atrapado en la expresión suavemente invitante de sus ojos, que parecían decir mucho más que sus palabras.

Haciendo un esfuerzo se dirigió a Martín.

-Perfecto, esto es muy bueno. Lo voy a enviar.

Martín sacó el video del reproductor y miró indiferente la mano extendida de Claudio que se lo reclamaba.

Martín levantó las cejas, entregó el informe escrito y retuvo el video.

Claudio suspiró con rabia y tomó el teléfono. Habló unos instantes explicando las bondades del material. Se interrumpió, tapó el teléfono con una mano y preguntó.

-¿Y el resto?

-En su momento, y cuando me paguen- dijo secamente Martín. Y se guardó el video.

Claudio lo miró con odio y explicó sus requerimientos a su interlocutor telefónico.

Asintió en silencio, se despidió y colgó. Miró a Martín.

-No les gustó nada- fue todo lo que dijo.

Martín se encogió de hombros.

En medio de un silencio cortante Claudio hizo un cheque y se lo alcanzó.

Martín lo guardó sin mirar.

“Si no es suficiente en la próxima entrega te desnucó”, pensó. Y le tiró el sobre con el dossier arriba de la mesa.

Camila suspiró al tiempo que ponía distraidamente una mano en el antebrazo de Claudio.

-Claudio...

Claudio sintió que tocaba el cielo con las manos.

-¿No podríamos hacer esta tratativa directamente nosotros?

Claudio no supo qué decir, estaba totalmente confundido por Camila que le imponía todo su ser, su voz, su mirada, su boca entreabierta...

-Yo... este...

-Claudio, de esta manera te evitas muchos inconvenientes, y nosotros te mantendríamos informados de todo, por supuesto. Hacer de intermediario es desagradable, siempre se presta a malos entendidos, te exigen de todos lados.

Claudio asintió en silencio.

-Lo que pasa es que... no sé, pienso que no se puede. Tengo que consultar.

-Tranquilo, cuando tengas tiempo, Claudio- Camila hizo resbalar cada una de las letras del nombre junto con la mano por el antebrazo. Claudio apretó las mandíbulas.

Cuando se fueron Claudio intentó un saludo y recibió una sonrisa de parte de Camila y un gruñido de parte de Martín.

-Estás loca- dijo Martín cuando salieron –No va a ser tan imbécil de permitirlo.

Ella sonrió y no respondió.

Esa noche, mientras el Boeing carreteaba por la pista de Aeroparque con Martín a bordo, el timbre del despacho de Claudio sonó.

Extrañado fue a abrir la puerta.

Quedó petrificado cuando se encontró con la sonrisa y los ojos de Camila.

-¿Puedo pasar?

Sin saber qué hacer, aparte de intentar cerrar su boca, Claudio se hizo a un lado y Camila entró contoneando muy suavemente sus hermosas caderas.

CAPÍTULO 24

El celular de Carlo sonó por tercera vez esa mañana.

“Mercedes”.

Carlo apretó los labios y lo guardó sin responder. No, no tenía que verla antes de que ella intentara la experiencia.

Controló la carnada que le quedaba y decidió seguir disfrutando de la cálida mañana y el hermoso e incierto pesquero de José Ignacio, a unos veinte kilómetros de Punta del Este.

Había ido allí con intenciones de pasar el día pescando lejos de donde Mercedes pudiera encontrarlo.

No tenía ninguna confianza en su fortaleza para mantener una postura adecuada al momento de la hipnosis. Un sentimiento muy fuerte se había gestado entre ambos y transformaba toda su relación. Y sabía que el sentimiento era mutuo.

Y estaba Martín...

No, no era el momento de nada de eso. No pudo evitar pensar en Martha. Su rostro se le apareció sonriente, contento, muy próximo.

Sus ojos se inundaron y una gran paz lo invadió.

“Sí, Martha, ella me gusta.”

Y sintió cómo su presencia lo abrazaba con un amor indescriptible.

Cuando colgó el celular, Mercedes decidió no llamar más. Había comprendido exactamente todo lo que pasaba en la mente y en el alma de Carlo. Y se sintió segura y feliz.

Al día siguiente, sobre el anochecer, llegó Martín.

Apenas entró, ella se puso en tensión. Era muy evidente el distanciamiento y no habían querido resolverlo. Mercedes sentía que algo se había congelado, para siempre. Algo se había ido para no retornar. No sentía rencor alguno, pero desconfiaba de cómo pudiera plantear el asunto Martín. Y estaba Carlo. No podía negar que lo de Carlo estaba siendo un factor decisivo en todo ello. ¿Pero había sido algo serio lo que tuvo con Martín? Serio sí, pero de ninguna manera lo había considerado algo permanente. Y sospechaba que él tampoco.

El que resolvió las cosas fue Martín.

Sorpresivamente le había traído una caja de chocolates de los que a ella le gustaban.

-Sentate Meche, tengo que hablar con vos- Martín empleaba ese apodo cuando estaban pasando bien, cuando le demostraba cariño. Eso la alarmó un tanto.

-Mirá, yo sé bien lo que te pasa. Diría lo que nos pasa. Y es de lo más normal en las parejas que intentan, se estudian, prueban y ya... para un lado, o para el otro. Yo te tengo mucho cariño, vos lo sabés, y no me va de andar analizando mucho. Nos quedan todavía unos cuantos días de alquiler, y yo tengo que viajar seguido.

Ella tragó saliva, no tenía idea de lo que le proponía.

Martín la miró y sonrió, amigable.

-Meche, ¿no podemos ser buenos amigos? No te pido nada más, sos una tipa excepcional, y te aprecio. Si se terminó se terminó, pero basta de tensión. Quiero ser amigo tuyo.

Mercedes lo miró como si recién lo conociera. Y vio al Martín que una vez le había gustado, pero bajo una óptica distinta. Todo era más... maduro.

Suspiró y sintió un gran alivio al tiempo que sonreía y sus ojos se humedecían.

Le tomó la mano cariñosamente.

-Sí, Martín, sí. Es como vos decís. Buenos amigos. Gracias por entender.

Él le palmeó la espalda como si fuera un camarada.

-Vamos, Meche, vamos, no se me ponga así. Me cambio y vamos a comer unos mariscos al Mejillón.

Mercedes estaba contenta de salir... con su amigo.

La reunión en lo de Carlo tuvo lugar al otro día.

Carlo no pudo dejar de notar la distensión entre Mercedes y Martín, y como la muchacha parecía muy tranquila pensó que era un buen momento para intentar su experiencia.

Por su parte Felipe parecía muy entusiasmado.

Comenzaron con un proceso de relajación dirigido por Carlo con música adecuada, luz tenue y el aroma de saumerio.

Martín controlaba los registros y Mercedes estaba cómodamente sentada frente a Carlo. A un lado, había una mesita con un termo y varios vasos. Mercedes lo miró y le sonrió, confiada.

Carlo tuvo que hacer un esfuerzo por concentrarse en la conducción de la experiencia.

Comenzó con consabidos pasos de relajación y el “descenso” a la zona de meditación.

Una vez que vio que Mercedes se relajaba y estaba cómoda en el estado mental sugerido, comenzó el retroceso mental.

Carlo evitó cuidadosamente pasar por encima del día en que estuvieron juntos, así como del día en que le planteó aquella estúpida alterativa entre la medicina y la religión.

Mercedes se fue desplazando por la línea de su vida sin problemas hasta llegar a su primera infancia. La nota digna de mención fue el rechazo que experimentaba ante una evidente presión por parte de sus padres que en todo momento delineaban su vida.

Así llegó al nacimiento y saltó hacia atrás.

Allí su expresión cambió, dejó de ser la niña y una nueva personalidad ocupó su ser.

-¿Quién eres?

Mercedes permaneció en silencio y Carlo repitió la pregunta.

-¿Quién eres?

-No quiero, no quiero nacer. No me gusta ese plan de vida para mi juventud. Sé que es necesario... lo sé, yo he participado en su diseño. Pero quisiera otra cosa.

-¿Qué te gustaría?- Carlo decidió aprovechar la oportunidad.

Mercedes dudó.

-Una relación más... sin sufrir, no quiero sufrir otra vez.

-¿Cuándo has sufrido?

-Antes, cuando estuve con todos ellos. Pero ahora es distinto, ¡ahora van a ser mis padres! Y todos los demás... todo diferente... Pero ellos me dicen que es necesario, que debo trazar otro propósito para completarme.

-¿Quiénes son ellos?

Mercedes movía la cabeza de un lado a otro, no encontraba respuesta.

-Ellos, los consejeros... ellos siempre me acompañan. Sé que tienen razón.

Esperó unos instantes.

-¡Estoy tan bien aquí...!

-¿Eres hombre o mujer?

Mercedes no respondió al principio. Después se encogió de hombros y negó con la cabeza.

-No entiendo...

Carlo decidió que era suficiente.

-Sigamos retrocediendo. Vamos a la coordenada inicial. Busca la huella de Felipe, busca a Felipe.

Mercedes quedó muy quieta por un tiempo que pareció interminable. Ni un movimiento se percibía, parecía que ni siquiera respiraba.

Felipe miró a Carlo algo preocupado. Éste le hizo una seña de que se tranquilizara. Martín suspiró y se cruzó de brazos.

-Los veo...- dijo Mercedes repentinamente.

-Los veo, es de noche y están frente a la cueva. Estoy yo, también.

-No te acerques- advirtió Carlo, observa sin aproximarte. Cuenta lo que sucede.

-Lloran.

La expresión de Mercedes fue ahora de dolor.

-Ha muerto. El Rabí murió.

Y las lágrimas cayeron por sus mejillas.

-Tranquila... tranquila, sigue observando y cuenta lo que sucede.

-Entran a la cueva. Otros esperan afuera. Llega Santiago con una carreta...

Mercedes se mantuvo unos instantes en silencio. Solamente las lágrimas que caían por sus mejillas denotaban que algo sucedía.

-Salen con el cuerpo... lo suben a la carreta Y Santiago se va, nadie sabe a dónde. Dicen que es mejor así. Que nadie debe saberlo, ni siquiera ellos. Y... ¡y que no puede morir!- exclamó.

-¡Pero murió, el Rabí murió! ¡Todos lo vimos!

Se calmó, parecía resignarse.

-Síguelo- ordenó Carlo algo exitado –trata de seguir la carreta.

Felipe lo miró con expresión de alarma. Martín no entendía pero intuyó algo importante, muy importante.

Se hizo un largo silencio.

-Se va. Se va lejos de todos. Entra en un bosque... baja el cuerpo a tierra. Llora, llora mucho. Y lo besa. Besa al cuerpo repetidamente y lo abraza. Ahora comienza a hacer un pozo. Está cavando.

Espera unos instantes.

-Es una tumba. Sí, es la tumba del Rabí.

-¿Dónde?- pregunta Carlo en tensión- ¿Dónde se encuentra?

Mercedes mueve la cabeza de un lado a otro, desconcertada.

-No lo sé, es de noche, no conozco este lugar. No sé donde estoy.

-Tranquila, tranquila.

Al fin suspira.

-Lo ha enterrado al pie de una acacia. Y vuelve. Ya comienza a amanecer.

Mercedes parece dudar.

-Pierdo la imagen. La perdí. Ahora estoy en la cueva. Entro. No hay nada, solo unos trapos. Salgo y espero afuera.

Mercedes espera unos instantes. Felipe se restregaba las manos. Carlo respiraba hondo. Y Martín se mordía nerviosamente los labios.

-Es de día. Vienen unas mujeres. Buscan el cuerpo. ¡Me ven, me están mirando, y se asustan! Una de ellas me habla. No entiendo las palabras, quiere saber dónde está el cuerpo. Trato de hablarle, de explicarle. Pero no me entiende. Todas gritan y lloran.

De pronto Mercedes se puso muy nerviosa.

-¿Qué pasa?- preguntó Carlo.

-Hay otro aquí, hay una presencia a mi lado. Luminosa... ¡Es él! –exclamó

-¿Qué hace, qué está pasando?

-Habla, habla con una de las mujeres, que ahora está sola. Ella lo ve. Hablan.

Mercedes permanece en silencio, parece estar muy atenta. De vez en cuando asiente con la cabeza. Las lágrimas caen por sus mejillas, lentas, gruesas. Pasa un tiempo que parece eterno. En realidad lo es, todos lo sienten así.

Al final suspira.

-Se fueron- dice con cierto pesar –se fueron.

Carlo asiente en silencio.

-Vámonos, Mercedes. Vamos de regreso. Despacio.

Y Carlo la condujo lentamente por todas las etapas recorridas.

Al llegar al presente Mercedes abrió los ojos y los miró a todos. Sonrió. De pronto comenzó a temblar. Experimentaba un gran nerviosismo.

-¡Carlo, Carlo!- casi gritó tomándolo fuertemente de las manos -¡era él, era él!

Carlo procuró serenarla al tiempo que trataba de tranquilizarla.

-Tranquila, tranquila, ahora hablamos. Toma esto.

Y le sirvió una taza de té del termo que había en la mesita.

CAPÍTULO 25

El momento de excitación generado por la experiencia de Mercedes continuaba.

-¡Por favor, Carlo!, ¿puedes explicar todo esto?- clamó Martín.

Carlo levantó ambas manos con las palmas hacia adelante pidiendo calma.

-Vamos por partes- dijo –primero vamos a relatar la experiencia de Felipe.

Y procedió a contar todo lo experimentado por el muchacho.

-En conclusión: estamos en las coordenadas deseadas para obtener los resultados que me pidieron. Uno de ellos era averiguar sobre la muerte de Lázaro y su resurrección. Siempre se dijo que era un estado de catalepsia o algo así. El propio Jesús habría dicho que no murió, que duerme. Gracias a Felipe sabemos que varios de ellos tenían esta misma facultad de viajar al pasado. Lázaro viajó y Jesús lo trajo de vuelta. Y Felipe encontró su origen- dijo mirándolo directamente.

-Y la explicación de toda mi vida- agregó el muchacho. Pero disculpen si eso lo mantengo en reserva para mí.

Todos asintieron. Mercedes lo miró con dulzura.

-En segundo lugar, confirmamos una vez más el encuentro con el Maestro, algo que me había sucedido antes. Y averiguamos que podemos ser vistos, tal como te vieron esas mujeres, Mercedes. Y nuestras formas difusas, de energía, tal vez, son atribuidas a ángeles. Por lo tanto, habría que investigar para ver cuántas visiones de ángeles pueden corresponder a viajeros del tiempo. Mercedes estaba nerviosa, comenzaba a comprender mucho de lo que había vivido. Y Martín la miraba con asombro.

-Vamos entonces a la experiencia de Mercedes- continuó Carlo.

-En primer lugar hay un dato interesantísimo. Cuando estabas en ese limbo que no sabías quién eras ni qué eras, mencionaste a otros seres que ayudaban en la programación de tu nacimiento y tu nueva vida. ¡E ibas a encontrar seres que habían participado de tus vidas anteriores en diferentes relaciones de parentesco! Mucho se ha escrito acerca de eso, pero es la primera vez que escucho un testimonio directo.

-Sí, esos consejeros me explicaban, aunque no recuerdo bien qué cosa decían.

Carlo asintió.

-Ahora sigamos con lo demás. Hay cosas tremendamente importantes. Tú sabías que el Rabí murió, así lo dijiste.

-Sí, y lo sabían todos.

-Y su cuerpo fue enterrado en un lugar desconocido, y lo llevó su hermano, Santiago.

-Sí, no querían que nadie supiera de su muerte ni el lugar de su tumba. Por eso acordaron ese plan. “Un hombre así no puede morir”, fue lo que dijo uno de ellos.

-Y mantuvieron una leyenda- intervino Martín –no resucitó.

Todos se miraron. Eso era muy fuerte.

-Pero hay otra cosa más importante aun que la resurrección- dijo Carlo generando de inmediato una expectativa.

-Apareció al lado tuyo, como un ser de energía.

-¡Sí!, - dijo Mercedes entusiasmada -¡era él! ¡Yo lo veía, y también la otra mujer!

-María Magdalena- dijo Carlo y todos quedaron mudos. –Así mismo lo relatan las escrituras y el Evangelio apócrifo de María Magdalena. Y los evangelios confirman la presencia de dos ángeles frente a la tumba. Tú... y él.

Todos hicieron silencio sin saber qué decir.

-Pero antes de ir a eso, tenemos otra información importantísima.

Hizo una pausa.

-Quienes dominan estas técnicas, las de viajar en el tiempo y otras prácticas que permitan desplazar el punto de la conciencia hacia nuestra zona de energía superior, pueden superar a la muerte. Su cuerpo no resucitó, no. Pero su ser continuó vivo.

-Alquimia- dijo Felipe con una amplia sonrisa.

-Exactamente- respondió Carlo –la milenaria ascesis que nos trasmitió el hermetismo como una forma de superar a la muerte. Se ha mantenido oculta por miles de años. Pero es sencilla. Y Él la conocía perfectamente. En el momento de su muerte desplazó su conciencia a ese plano como tantas veces habría practicado y lo logró, venció a la muerte.

Mercedes llevó ambas manos al pecho y quedó sin habla.

Martín se acercó casi con alarma.

-Entonces... ¿existe?

-Sí, si encuentra alguien que le permita acceder al futuro, existe. Y debe haber millones de personas que sin saber bien lo que hacen, lo invocan, funden su alma con su ser y lo traen. Una y otra vez, millones de veces. Por lo tanto, existe. Es una fuerza, un campo de energía capaz de ser invocado, traído, bajado, como quieran decirle, cada vez que alguien se sintoniza adecuadamente con él. Es un egrégor.

-¿Qué es eso?- preguntó Martín.

-Un campo isomórfico, una energía latente por fuera del tiempo. Hoy día se está estudiando eso. Consulta a Sheldrake.

Martín se pasó ambas manos por la cabeza. Era demasiado.

-De lo que me pidieron que averiguara tengo casi todo: su muerte, su cuerpo y su resurrección, y lo de Lázaro. Falta solamente un punto que lo veremos después. Pero ahora vamos a algo que para nosotros es mucho más importante: tenemos su mensaje. Mercedes, cuéntanos tu conversación con María Magdalena, por favor.

Mercedes tenía los ojos llenos de lágrimas y no podía hablar. Hizo una seña pidiendo tiempo y tomó otro sorbo de té.

-Dijo que no debíamos apegarnos a la materia, que eso había generado algo... como si fuera contra la naturaleza.

-Debe ser contra nuestra propia naturaleza original- acotó Carlo.

-Sí, parece que eso es el origen de nuestras enfermedades y desgracias. Hay que reconectarse con la naturaleza, porque todo está unido, todo es uno. Y la materia será destruida, pero el *nous* es eterno. No entendí eso.

-Está hablando del alma, el *nous* es el alma.

-Y dijo que debemos vernos y conectarnos desde el *nous*.

Carlo suspiró.

-Es lo que estamos haciendo.

-Y dijo que el volver a nuestra naturaleza es hacer nacer dentro nuestro al Hijo del Hombre.

Todos se miraron un tanto perplejos.

-Según la Biblia él es el Hijo del Hombre- dijo Martín.

Carlo negó con la cabeza.

-Ese es el concepto que siempre se transmitió un tanto apresuradamente. El Hijo del Hombre, como hijo que es, nace del hombre, nace adentro nuestro. Es lo que debemos hacer crecer. Es lo que tantos llaman el Cristo

Interior. Definición que ha llevado también a alguna distorsión, como que Cristo está adentro nuestro. Él está hablando del alma, de ese *nous*, con eso hay que conectarse, eso es lo que hay que hacer crecer, ese es el Hijo del Hombre. Y esa es la verdadera naturaleza y la vida, vivir desde el alma, desplazar la conciencia hacia allí.

-¿Y cómo se hace eso?- preguntó Martín.

-Ese es su legado, por eso pertenece a una muy antigua Tradición que se remonta, tal vez, a Melquisedec. Es una Tradición que se ha entregado a lo largo de los siglos, y que en su mayoría hoy se le conoce como Cábala, es lo que nos explica los aspectos de la Divinidad desconocida y sus dinámicas. Y una ascesis para llegar al *nous*, algo que viene del antiguo Egipto: la Alquimia.

Felipe asintió vehementemente con la cabeza.

-Desgraciadamente, los Apóstoles sustituyeron toda esta enseñanza metafísica por una enseñanza moral y social. Y todo eso quedó sepultado por una ola de ciencia y razón, y por supuesto, por las religiones establecidas.

-Sí, yo vi cómo ella trataba de explicarles esto a todos. Pero no la quisieron escuchar- acotó Mercedes. Y vi otra cosa: ella fue la que propició el ritual de Pentecostés donde se supone que todos los Apóstoles fueron iniciados. Ella los guió y supo qué hacer. Ella nos legó el Tercer Testamento que aprendió de Jesús.

Todos quedaron en silencio.

-Y después... todo eso se perdió- dijo con un hilo de voz.

-Sí,- continuó Carlo. -Crearon sus propias versiones, por celos mutuos, por fanatismos, por dogmatismos. Ninguna de esas versiones recoge el mensaje original, y tal vez por eso la señora Boff y el señor Ur recorren el espacio y el tiempo en busca de datos.

-¿Recorren el tiempo también?

Carlo asintió.

-Pero no pueden alcanzar cualquier coordenada, por eso estamos nosotros. Eso lo veremos en otra oportunidad- concluyó.

Martín se tomó la cabeza con ambas manos.

-¡Dios mio...!- exclamó -Perdón..., no quise decir...

Carlo le sonrió.

-¿Y ahora, qué hacemos?- preguntó.

-Falta tu viaje- respondió con calma Carlo. Y todos miraron a Martín.

Éste respiró hondo.

-Pido un poco de tiempo, aun no estoy preparado. Esto fue demasiado.

-Está bien. Todos tenemos que digerir esto. Nos reunimos en... tres días.
¿Les parece?

Asintieron en silencio. Todos se levantaron para retirarse. Excepto Mercedes.

-Yo me quedo- dijo con toda naturalidad.

Martín la miró, le sonrió y le dio un beso en la mejilla al tiempo que le palmeaba el hombro.

Felipe sonrió en silencio.

Carlo los acompañó hasta la puerta.

Cuando volvió, Mercedes estaba preparando café.

Se sentaron a beber en silencio. Carlo la observaba por encima de la taza. Ella miraba fijamente la bebida. Al final dijo.

-Yo era una de ellas, una de las que acompañaban al Rabí. Y cuando murió no quise saber más nada. Me aparté de todo, temía a las persecuciones, temía lo que me decía la Magdalena, temía cambiar de vida. Y me aparté de todo. Ese fue el error original de mi ser. Y lo he repetido en esta vida...

Carlo bebió un sorbo de café y permaneció en silencio.

-Y ahora tengo la oportunidad de recomenzar. Juntos- dijo sorprendentemente y levantó la vista. Sus ojos estaban húmedos.

Carlo asintió con la cabeza y le sonrió. Ella continuó.

-Pero antes de... de todo lo nuestro... quiero saber más cosas, quiero saber qué te dijo a tí, tu origen, tu desviación original. Quiero tener toda la historia. Porque estoy segura de que tú estabas allí. Te sentí... con el *nous*.

Carlo pasó la mano por su barbilla. Finalizó el café y dejó la taza sobre la mesa. La miró a los ojos.

-¿Quieres hablar ahora?- preguntó –o... podemos dormir y te cuento todo mañana, más descansados...

Se miraron en silencio, dejando crecer la eternidad compartida.

-Sí- dijo Mercedes con los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas. –Sí, vamos a dormir.

CAPÍTULO 26

Martín no podía conciliar el sueño.

Pensaba en Mercedes, pensaba en todo lo vivido.

Mercedes... no, su relación había cambiado definitivamente. Solo sentía... cariño, una gran simpatía por esa mujer. Pero ya no encendía sus venas.

Camila... sí, Camila.

Por un momento Martín no pensó, solo sintió cómo todo su ser la reclamaba. Tenía hambre de ella, de toda ella. De su voz, de su cuerpo, de la forma en que lo trataba. Lo hacía sentir completo. Y creía en él. Sí, Camila creía en él, lo potenciaba.

Y había aparecido un conflicto adicional. Un enorme conflicto entre su nuevo trabajo con Claudio y lo que estaba viendo y viviendo.

Si no hubiera sido Mercedes que experimentaba eso, nunca lo hubiera creído. Y la anécdota del nacimiento de Felipe. Y la propia seguridad que transmitía Carlo.

Y por sobre todo, la enorme grandeza y misterio de aquella extraña aventura. No había un resquicio por donde crear una contradicción. El método era posible, los resultados habían sido comprobados con la literatura existente. Y todo lo que de eso se desprendía, el enorme error humano, las tragedias ignoradas de las vidas individuales...

Todo, todo requería una nueva forma de pensar. ¿Y si él lo intentara? No quiso pensar más en eso, pero la idea lo había prendido como una garra implacable.

¡Y debía informar de todo eso! ¡Dar los nombres, los detalles! ¡A Claudio!

¡No, de ninguna manera! En este nuevo informe mencionaba el nombre de Mercedes.

Se levantó, fue hacia su ordenador, localizó el archivo y sustituyó el nombre de Mercedes por el primero que se le ocurrió, la dueña de una confitería de Maldonado con la cual había tenido una relación escabrosa: Celia Pérez. Y agregó todos sus datos filiatorios. A continuación identificó a Carlo con el nombre de un médico jubilado que pasaba sus vacaciones en Punta del Este: Julián Cuenca. Y agregó sus datos. Y a Felipe le puso un sobrenombre ficticio.

Se durmió pensando que eso no estaba del todo resuelto.

El teléfono lo despertó de un sueño desagradable que enseguida olvidó y de una noche inquieta.

Levantó el celular y escuchó la voz agradablemente grave y sonora de Camila.

-Querido, mañana nos vamos a Estados Unidos. Tenemos una cita con los principales de este proyecto.

-¿Cómo... qué...?

-Sí, vos y yo. Venite lo antes que puedas. Tengo los pasajes.

Camila se mostró un tanto evasiva toda vez que Martín le preguntó cómo había logrado ese contacto.

-Le hice ver a Claudio que era mucho mejor que nosotros hiciéramos el contacto y que él se limitara a la conducción de la investigación en la faz administrativa. No tendría responsabilidades, no tendría que soportar enojos ni presiones de parte de Estados Unidos, y seguiría cobrando lo mismo. Y podría abrir otras puntas de investigación que le reportarían más dinero. Esta veta ya está en marcha.

-¿Y lo convenciste?

-Claro- respondió Camila con una sonrisa. Y dio por terminado el tema.

El vuelo fue tranquilo y aprovecharon para que Claudio la pusiera al tanto de todo lo sucedido y Camila pudiera leer los informes pertinentes.

Cuando finalizó quedó muy pensativa. De pronto le pidió a Martín que la acompañara al baño. Entraron y ante el asombro de Martín, Camila le hizo el amor casi con ferocidad.

Al salir, una azafata les dirigió una mirada de indignación. Martín bajó la vista y Camila la miró fijo y le sonrió con picardía.

Cuando llegaron a los asientos ella se puso a dormir. Y él quedó con la mente agitada sintiendo en su boca el sabor de aquella tremenda mujer.

Al arribar al aeropuerto de John F. Kennedy en la ciudad de Nueva York Martín cayó en la cuenta de que era completamente dependiente de Camila: no sabía inglés.

Fue ella quien realizó todos los trámites de aduana y migración, fue ella quien supo cómo salir de ese enorme y confuso lugar, ella consiguió el taxi y en un inglés impecable dio la dirección. Otro tanto sucedió en el lujoso hotel en el que se alojaron.

Martín caminaba detrás de ella sintiéndose una especie de zombie, sin poder olvidar cómo había sido sometido en el baño del avión y maravillado de la soltura mundana de esa mujer.

Cuando llegaron a la suite Martín preguntó:

-¿Quién paga esto?

-Claudio reservó todo- fue la breve respuesta. Martín no se animó a preguntar nada más sobre ese aspecto.

-¿Has estado en Nueva York antes, verdad?

-Sí- le respondió. Y quitándose la ropa lentamente se dirigió al baño a tomar una ducha. Martín no pudo evitar una punzada de deseo cuando la vio caminar totalmente desnuda.

Una hora después el taxi los condujo a un enorme edificio situado en Manhattan, muy cerca de donde había estado el World Trade Center.

Camila se movía con total solvencia y seguridad y Carlo no pudo dejar de notarlo.

Se anunciaron en la enorme recepción, les informaron, y tomaron un ascensor que los conducía, seguramente, a un piso con entrada privada.

Cuando el ascensor se detuvo Martín notó que no figuraba número alguno en el indicador del ascensor.

Entraron.

El pequeño hall de recepción abrió su puerta a un enorme salón al fondo del cual se veía un escritorio con dos poltronas al frente. Más atrás, un enorme ventanal que ocupaba toda la pared mostraba una impresionante vista de la isla y de la ciudad de Nueva York.

Nadie los había recibido.

Caminaron el enorme espacio que los separaba del escritorio contemplando la sobria decoración en madera y los costosísimos cuadros que poblaban las paredes.

Cuando llegaban a las poltronas se abrió una puerta y apareció un hombre. Martín estaba seguro que los habían observado en todo momento.

El hombre parecía tener unos cuarenta y pocos años. Impecablemente vestido con un traje azul, camisa celeste y corbata negra con decoraciones en dorado. Parecía muy pálido, tremendamente pálido. Y sus ojos grises, sin vida no conferían un aspecto amigable a su mirada.

Ensayó una sonrisa que, en su boca de labios muy finos, parecía una mueca macabra.

Los saludó en inglés americanizado y les señaló las poltronas.

Camila comenzó la conversación con las consabidas presentaciones.

Y a partir de allí Martín no entendió más nada.

Solamente vio cómo Camila argumentaba, ocasionalmente lo señalaba y cómo el hombre de traje oscuro -Cassius, se hacía llamar- la observaba impasible.

La conversación llegó a determinado punto y cesó. Camila había hecho una propuesta.

Cassius casi en un susurro mencionó una cifra en dólares que Martín no llegó a entender. Todo esto lo ponía muy nervioso.

Se intercambiaron un par de frases cortantes y Camila se levantó.

-Nos vamos- dijo.

Martín la miró asombrado.

-Pero...

-Nos vamos- repitió ella con firmeza.

Y tomando todas sus cosas se dirigieron a la salida.

Cuando llegaron al hotel Martín no aguantó más.

-¿Me podés explicar qué está pasando?- dijo con irritación.

-Pasa que estamos negociando.

-¿Y ahora qué hacemos?

-Esperar.

Camila se mostró muy parca las horas siguientes, incluso durante el almuerzo. Respondía con evasivas y se negaba a hablar de lo conversado con Cassius.

La llamada llegó a las cinco de la tarde.

Camila habló brevemente y colgó.

-Dame toda la documentación y las grabaciones. Voy sola.

-Pero... ¿por qué?

-Porque es mejor así, yo sé lo que hago.

Cuando entregó el maletín Martín se sintió tremendamente mal. No podía explicarlo -o tal vez no quería hacerlo- pero el sabor amargo de la traición y de lo irreversible inundó su ser.

Camila partió.

Durante las tres horas siguientes Martín se sintió el más estúpido y ruin de los seres sobre la tierra.

¿Cómo había podido dejar que esa mujer manejara todo? ¿Cómo había podido traicionar así a Mercedes? Sus datos estaban cambiados, sí, pero Camila conocía su nombre. Y esa gente parecía ser muy poderosa, tremendamente poderosa.

Cuando Camila volvió lo encontró sentado frente a una botella de whisky por la mitad.

Ella lo miró con desaprobación.

-¿Y...?- fue todo lo que pudo decir Martín.

Camila lo observó por unos instantes como quien mira a un pobre animalito a punto de ser enjaulado.

Con lentitud abrió su cartera, sacó un sobre y se lo tendió.

-Aquí está tu cheque.

Martín lo abrió y lo observó. Era una cantidad algo superior a las que había cobrado antes.

-¿Repartimos a la mitad?- preguntó.

Ella lo miró con expresión indefinida.

-Yo ya cobré lo mío- respondió -Voy a ducharme, vestite que vamos a cenar.

No fue una cena agradable, a pesar del magnífico restorán que había seleccionado Camila. Y tampoco le gustó que el maitre la saludara con evidentes muestras de conocerla.

Ella parecía desenvuelta y tranquila y hablaba de generalidades.

Cuando Martín comenzó a sentirse mejor ella le dijo:

-Ahora necesito todos los datos de Carlo, y de todos los demás.

Martín deglutió y Camila vio su vacilación.

-No me vengas con pavadas ni con pruritos estúpidos ahora, estamos en un momento importante, en la cresta de la ola. Y estos tipos no son fáciles.

Cuando llegues prepararás el informe de la próxima experiencia y un dossier con los datos de todos. Eso parece ser lo que les interesa.

-Y se lo vamos a cobrar caro, muy caro. Ya se los avisé- concluyó.

Dos días después, cinco personas llegaban a Nueva York desde distintas partes del mundo y se reunían en el inmenso despacho de Cassius.

Eran todos de mediana edad, tres hombres y dos mujeres. Vestían sobriamente y su actitud era moderada y seria.

Cassius había concluido su informe y repartido las correspondientes carpetas a cada uno.

Se hizo un breve silencio.

-No hay riesgo inmediato- comentó un hombre de traje gris.

-No...- se limitó a responder Cassius y miró al resto preguntando tácitamente sus opiniones.

Una mujer muy atractiva, de unos cincuenta años dejó de leer el informe y miró a todos por encima de sus lentes.

-No estoy totalmente de acuerdo,- todos la miraron, expectantes- hay un punto importantísimo. Está negando la resurrección, habla de una tumba.

-Sí, es verdad- respondió Cassius –lo mismo me dijeron desde Roma. Pero la tumba no se sabe dónde está y la resurrección... podría ser... el tema del *nous*...

La mujer movió la cabeza con desaprobación y otros la imitaron.

-Y está esa técnica- agregó el hombre de gris que hablaba con acento alemán –eso es peligroso. Y la alquimia, ¡otra vez!

Cassius asintió en silencio y agregó.

-Pudimos superar todo esto, lo hicimos en el Siglo XVI, podremos hacerlo ahora. No deja de ser New Age. Y todo lo otro del viaje en el tiempo... ha sucedido antes y no trascendió. Normalmente quien lo intenta, vuelve diciendo que es la reencarnación del Conde de Saint Germain, de San Pedro, o de Cleopatra. Y si alguno fue auténtico en esto, nadie se enteró – concluyó en un tono un tanto despectivo.

La mujer de lentes no se mostraba convencida.

-Yo veo otra cosa...

Todos prestaron atención.

-El mundo está lleno de gente que habla de estas cosas, que hace prácticas similares, que se dicen “buscadores”, que niegan la religión y que, aparentemente, están contra nuestros objetivos. Pero en el fondo, no son auténticos, están representando un rol, el rol de lo que debería ser un verdadero “ser espiritual”. Son... “espiritualmente correctos”, diría yo. Enuncian teorías sin base, aconsejan a todo el mundo, jamás dudan, no plantean preguntas, decretan, citan a “los antiguos” y a supuestos

“contactos”, y así se transforman en líderes espirituales, en “maestros”, crean organizaciones tan huecas como ellos mismos, crean seguidores también “espiritualmente correctos”, escriben algunos libros... y terminan viviendo a costas de eso que han creado. Y ya está, allí termina la cosa. No nos molestan, es más, nos ayudan a crear un descrédito en cualquier otra alternativa. Porque en el fondo, son como cualquier otro: usan “máscaras”. Hizo una breve pausa y todos asintieron en silencio, Continuó.

-Aquí... aquí veo otra cosa... ahora me parece todo... más concreto. Son gente normal, no están buscando un público que los alabe, ni aprobación de nadie, ni vender nada, y lo peor: no buscan dinero. Se buscan a sí mismos, buscan una verdad, dudan, temen, quieren saber. Y siguen buscando, auténticamente. Ésta es la clase de gente que puede ser peligrosa, porque pueden llegar a crear una alternativa posible, estos son los que debemos localizar. Por eso los contactaron Boff y Ur.

Se hizo un silencio

-Creo que hay que hacer algo...- concluyó.

Todos quedaron muy pensativos y uno a uno fueron asintiendo en silencio. Cassius hizo una mueca que tal vez quisiera ser una sonrisa e intervino nuevamente.

-Desde Roma dijeron algo similar hace unos años, pero no se entendió, fue muy vago. Ahora la señora lo expresó impecablemente. Y merecería que elaboráramos un informe al respecto. Porque estaría marcando una nueva estrategia.

La señora hizo una inclinación de cabeza y todos la miraron en son de reconocimiento.

-Ahora, con respecto a este caso, yo he trazado un plan preliminar muy simple: lo primero que tenemos que hacer es localizar a todos estos sujetos. Lo segundo es... anularlos.

Todos quedaron muy quietos, sabían lo que eso significaba.

-Y nos conviene hacerlo, por una razón muy importante, además de lo planteado, y que también fue mencionado por la señora: es seguro que buscarán la tumba. Allí está el verdadero riesgo, que lo hagan precisamente ellos. Allí se produciría la negación de Nicea, y no podríamos impedir que trascienda.

Todos asintieron y se miraron tomando conciencia del riesgo. Cassius continuó.

-Por ahora tenemos algunos nombres para comenzar.

La mujer de lentes intervino nuevamente.

-¿Y esa... Camila?, me molesta bastante.

-A mi también- respondió Cassius –y no nos sirve para nada. Ni los otros.

Hizo una leve pausa y los miró a todos uno por uno.

-¿De acuerdo?- preguntó.

Todos miraron hacia abajo y asintieron.

Bien. Procedamos.

-¿Boff y Ur?- pregunto alguien.

Cassius se encogió de hombros.

-No podemos hacer nada. Ni pueden hacernos nada.

CAPÍTULO 27

Mercedes abrió lentamente los ojos. La luz y los pensamientos comenzaron a entrar en ella. Lo primero que vio fue a Carlo, sentado en la cama junto a ella con una taza en la mano. Y el agradable olor a café recién hecho la estimuló a completar su despertar.

Se despertó lentamente y le sonrió. Había sido una noche... intensa.

-¿Qué horas son?

-Las nueve.

-Mmmmm...

Mercedes se levantó y se dio cuenta de que estaba completamente desnuda. No le importó.

Un rato después desayunaba junto a Carlo.

-¿Cuál es el programa de hoy?

-Vamos a pasear y vamos a hablar de lo que me preguntaste ayer. De mi encuentro con él.

El día era agradablemente fresco, y se podía prever un mediodía caluroso. Mercedes y Carlo recorrían los arenales de la Playa Brava hacia el este.

-Lo que más me impresionó fue cuando entró dentro de mi- explicaba Carlo -La sensación fue extraña, fue como si me inundara un vacío, no tengo otra forma de explicarlo. Pero lo que me llamó la atención fue cómo reaccionó él, el temor, el sufrimiento. Allí comencé a sospechar de su identidad. Lo que me desconcertó fue su aspecto, tan diferente a lo que se nos ha transmitido. Y él me aseguró que me recordaba. Entonces, con Boff y Ur, decidimos viajar más atrás en el tiempo. Para poder hablar con él y para poder comprender mi origen.

-¿Lo hiciste?- preguntó Mercedes con ansiedad.

Carlo asintió.

-Sí. Pudimos conversar. Yo ya me había acostumbrado a mi estado y a mantener una conversación con ideas. Pude entonces comprender todo. Él estaba asombrado de cómo había sido alterado su mensaje. Apenas salió de mi mente dijo asombrado: "¡Yo nunca dije esas cosas, ni hice todo eso!" Según me explicaron Boff y Ur tiempo después, hubo una gran confusión

después de su muerte. Y sus discípulos comenzaron a formar grupos de interpretación. Y cada uno creó su línea y sus seguidores. Era tal la proliferación de interpretaciones y de intérpretes, que en el Concilio de Nicea se optó por aceptar cuatro grupos, que correspondieron a los cuatro evangelios conocidos. El número cuatro era muy significativo en esos tiempos.

-¿Y se lo explicaste?- preguntó Mercedes.

-No hizo falta. Comprendió todo en un par de visualizaciones. Entonces le pregunté cuál era su mensaje verdadero. Me miró muy fijo, sus ojos me devoraron. Y un océano de información entró repentinamente en mi mente, te diría que en mi ser.

Mercedes, nerviosa, propuso sentarse en una pequeña duna. Carlo continuó, se le veía bastante emocionado.

-Él también viajaba al pasado. Su alma venía de unos miles de años atrás. Del antiguo Egipto. Su desviación inicial había sido por el ejercicio del sacerdocio. Él pertenecía a una antigua orden, los sacerdotes de Melquisedec, unos mil seiscientos años antes. Un día me permitió ver un poco de eso. Melquisedec fue quien instauró la ceremonia del vino y el pan, y con ella inició a Abraham. Esa orden eran los herederos de una antigua tradición egipcia que hoy día se puede resumir como Cábala y Alquimia. Y que fue posteriormente desarrollada por el pueblo judío y los griegos. Lo que él decía, y quiso transmitir a sus discípulos, era bastante concreto. Pero solo lo entendió la Magdalena, como tú has podido comprobar,... y otro que después te contaré.

"Dijo que la forma de interpretar la energía del universo es en dos vías: la del caos y la del orden. Y está en el libre albedrío humano el optar por uno u otro. Si el humano opta por el caos, estará sometido a las leyes de la física y al azar. Y su alma, su *nous*, se integrará a la energía universal al morir. Si el humano opta por el orden, y se prepara y actúa en consecuencia, se verá sometido a otras leyes. Y al morir, la materia siempre se agota, su alma conservará una especie de individualidad y seguirá un camino evolutivo que no conocemos bien aun.

Hizo una pausa y sus ojos se tornaron vidriosos

-Pero hay otras cosas que no comprendemos, como has visto. Y cuando entramos en ello... podemos traer a alguien desde más allá de la muerte.

Carlo suspiró.

-Pero para ello hay que religar el alma.

Mercedes le apretó la mano y él continuó.

-Para poder optar por el caos o por el orden existe una especie de ley evolutiva espiritual: todos son llamados alguna vez, o varias veces, para conectarse con su origen, para saber de su alma. No como un enunciado dogmático, sino para transformarse en un solo ser con eso. Esa "llamada" se produce por hechos o señales en la vida de las gentes, es lo que están experimentando ustedes ahora. Y después comienza un camino, una preparación en base a las experiencias de la vida misma. Y se llega al conocimiento de la Tradición, de sus métodos, de cómo ligar –o religar, mejor dicho- con el alma. El ir a la fuente, el comprender. Y entonces la vida se transforma en virtud. Eso, los Apóstoles y la religión en general, lo tomaron como un mensaje estrictamente moral y dejaron de lado todo lo demás. Y nadie más buscó el propósito de su vida, todos se limitaron a seguir una religión. Se organizaron, se jerarquizaron. Uno de los principales métodos de religar se distorsionó por completo: la oración. Eso, que debería producir una elevación de conciencia se transformó en una letanía de súplicas mundanas. Y lo peor, nadie entendió la raíz de su mensaje: el Hijo del Hombre. Cuando hablaba de esto se refería a ese nuevo ser que debería nacer producto de religar con el alma. Y surgieron mil interpretaciones, cada una a cual más errada. Nadie entendió entonces la resurrección, que es a partir de la unión con el alma. Ni la inmortalidad, que es la de esa individualidad que se crea con las técnicas apropiadas y con una vida virtuosa. No se trata de ser como santos, se trata de ser libres, de entender, de buscar, de creer que somos algo más que esto y que el universo tiene cosas más profundas que las que percibimos. Platón por ejemplo, ya lo había anticipado en su alegoría de la caverna que nos habla de otra realidad. Seguramente lo aprendió durante sus estudios en Egipto. Y nadie pensó que todo era parte de un mismo mensaje, claro, Platón era anterior al Jesús que conocemos. Nadie comprendió el funcionamiento del universo, en el cual todos y todo somos pequeños coágulos de una gran energía mental con sus leyes específicas. A eso que venía de más de dos mil años atrás, lo llamaron con el tiempo Hermetismo, y lo separaron completamente del mensaje de Jesús. Y de

otros como él... La Tradición y la historia fueron desmenuzadas hasta su incompreensión total.

Carlo se detuvo.

-Y aquí estamos nosotros, como caminantes solitarios buscando verdades antiguas, como voces perdidas "clamando en el desierto" y tratando de encontrarnos unos a otros.

Mercedes estaba conmovida.

-Carlo..., es mucho, es demasiado para poder integrarlo.

-Tranquila, con calma. No se hace de un día para el otro.

-¿Y todo eso de el Cristo?

-Eso vino después. Decir el Cristo es como decir esa individualidad que debemos buscar dentro de nosotros mismos, ese religar con el alma, con el *nous*. También deformaron todo eso.

-¿Por qué tuvo que sufrir?

Carlo suspiró.

-Por varias cosas. Para cumplir con las escrituras, para que nadie olvidara todo eso, para mostrar que es por el dolor que se aprende cuando no hay consciencia. Eso lo había aprendido en otra vida, en la India, con un gran Maestro.

Hizo una pausa.

-Y seguramente para corregir algún desvío de sus comienzos. Tal vez nunca sabremos eso. Estoy seguro de que hay algo más, mucho más relativo a su sacrificio. Pero toda su gesta tiene un nombre y un mensaje: Redención. Y nos alcanza a todos...

Mercedes pensó unos momentos.

-¿Y Dios?

Carlo pensó antes de decir:

-No lo sé. Tal vez por eso la Cábala no lo menciona por su nombre. Solo sé que necesita de nosotros tanto como nosotros necesitamos de Él. Necesita que lo piensen. Pero existe.

Mercedes optó por no profundizar en eso. Era demasiado.

-¿Y Boff y Ur?

Carlo hizo un gesto de perplejidad.

-Él vive en Italia. Tiene un grupo de estudio allá. Y creo que también en Argentina. Y ella... un día de lluvia comprobé que no dejaba huellas en el piso. Debe ser un *nous*. Creo que se desplaza en el espacio-tiempo.

-¿Y la Biblia y todo eso, es una gran mentira?

-No. Gente muy sabia encriptó allí un gran mensaje que habla de la Tradición y sus técnicas. Tal vez a la espera de un mundo mejor. Actualmente las energías del mundo se transformaron, antes se movía todo por las energías del amor, de las emociones, buenas o malas, por las energías de la convivencia y el placer que de allí se experimentaba. Estaban cosas como la solidaridad, el bien común. Y sí, también había odios, guerras y malas acciones. Los humanos siempre hemos errado. Pero ahora todo se transformó en una sola energía: el dinero. Es el único motivador. Y es lo peor que nos puede pasar como especie, nos anula como seres conscientes. Hay que esperar que todo esto se resuelva de alguna manera, que explote. Como dijo el Budha, si no tenemos conciencia aprenderemos por el dolor.

Mercedes lo abrazó sin saber qué decir.

-¿Y de ti?, ¿qué pudiste saber de tu origen?

Carlo pensó unos instantes y sonrió, como para sí mismo.

-Yo era un médico.

Mercedes lo miró levantando las cejas.

-Sí, era un muchacho joven, seguidor de Hipócrates. Me había vinculado a la Escuela de Alejandría y mis ídolos eran Herófilo y Erasítrato. En el momento en que hice el contacto, en que me vi, estaba siguiendo a Celso. Toda mi teoría y mi postura existencial era la de los comienzos de la ciencia, me oponía ferozmente a las prácticas con contenido religioso. Y un día lo vi a él, al Rabí. Lo escuché, lo seguí, no podía dejar de escucharlo. Hablaba de algo nuevo... y muy antiguo a la vez. Te confieso que me costó muchísimo no dejarme absorber por el alma de mi ser inicial, al fin y al cabo, una parte de mi alma actual. Varias veces mi antiguo ser discutió con él, y él respondía con una sonrisa y con frases que parecían sentencias. Me aconsejó que esperara. Y un día lo ví curar a un ciego, después a un parálítico, le vi traer gente desde más allá de la muerte. Toda mi incipiente ciencia cayó hecha pedazos. Abandoné la medicina y me puse a estudiar

todo eso, a seguirlo para aprender sus métodos y lo que allí había de oculto.

Mercedes lo miró sorprendida.

-¡Lo mismo que estás haciendo ahora!

Carlo le sonrió.

-Exacto. Y eso es lo que debo corregir. Debo volver a la medicina, y debo integrar esta forma de curar. Debo retornar a mi origen. No son cosas incompatibles, lo sé. Y ya he comenzado a corregir la desviación.

-¿Lo has intentado? Digo... curar gente... de esa manera- preguntó ella.

Carlo asintió con la mirada perdida.

-Sí, lo he hecho, muchas veces. Y he utilizado ambas técnicas, la de la ciencia y la de la Tradición. Hay que tener mucho equilibrio, porque sabes que tienes un poder, y te desesperas, quisieras curar a todo el mundo, poner una clínica gratuita, avisar en la prensa. Cada persona que muere pienso que yo podría haber estado allí.

-¡Es horrible!- exclamó Mercedes -¿cómo puedes vivir así?

Carlo respiró hondo.

-Lo dejo en manos de Dios y su sabia e infinita dinámica. Lo aplico a aquellas personas que aparecen en mi vida y lo necesitan. Debe haber una razón para que eso suceda así. Y la respeto. Lo demás, como dicen los orientales, es el karma de cada uno. Es cosa de Dios...

Mercedes permaneció callada unos instantes. Carlo supo que iba a decir algo y calló.

-Carlo...

-Dime.

-Carlo, recordé aquello importante que me sucedió en la iglesia cuando era pequeña.

Carlo la miró, asombrado. Vio que sus ojos brillaban. Ella continuó.

-Cuando hice eso... rezar, hablar con Dios... cosa de la cual no tenía la menor idea, tuve una respuesta. No recuerdo qué fue, ¡pero tuve una respuesta, Carlo!, ¡alguien respondió! Y eso lo pude recordar ahora, después de esta experiencia de retroceso. Y eso... quedó en mi. Y me cambió. Tal vez a la espera de este momento.

Carlo, emocionado, la miró sin saber qué decir. Y la besó dulcemente en los labios.

El sonido de golpes en la puerta los interrumpió.

Carlo abrió. Era Felipe.

-Tengo que hablar con ustedes- dijo un tanto serio.

CAPÍTULO 28

Martín fumaba pensativamente en la pieza de su habitación. Una muy difusa claridad anunciaba un día incierto. Un día en que debería tomar decisiones.

No había podido dormir, más allá de una oscilante duermevela durante la madrugada en la cual mezcló pensamientos confusos con sueños acuciantes que por suerte no pudo recordar.

Apagó el cigarrillo y decidió tomar una ducha, lavarse la boca sabiendo que el gusto amargo del fondo no provenía del cigarrillo y ni del mal dormir.

Cuando finalizó se preparó un café grande. Se sintió mejor. Salió al jardín y el fresco aire de un bello otoño le hizo bien.

Tenía que pensar, y no podía hacerlo solamente con el apoyo de la mente. Entró, se armó con papel y lápiz y se enfrentó a sí mismo sentado en la barbacoa.

Martín trató de separar los temas que lo presionaban.

Anotó:

1. Camila
2. La investigación
3. La experiencia

Martín pensó un buen rato. No sabía si incluir ese cuarto punto como un tema a analizar. Pero si lo pensaba, era porque debería resolverlo. Casi sin ganas, presionándose a sí mismo anotó, con letra vacilante y pequeña:

4. Lealtad

Decidió abordar el primer tema.

No pudo evitar pensar en Mercedes, y una sonrisa dulce se dibujo en su rostro. “¡Qué tipa bien, qué gran mujer!” Mercedes era tema casi terminado, por lo menos en lo afectivo, en cuanto al punto 4...

Mejor seguir con Camila. Lo había apresado, sí, ese era el término. Lo dominaba y condicionaba sexualmente. Sin saber aun cómo había hecho, había desplazado a Claudio, y producido un beneficio para ambos. Pero en ese momento ella se había inserto en el tema y en el negocio. Y aun más, ¡era el nexo con la gente de Estados Unidos! Su dominio del inglés y su

capacidad de maniobra así lo habían determinado. ¿Cuál era su punto fuerte en esto para no perder el control de la situación?

Martín pensó unos instantes y escribió con grandes caracteres: YO CONDUZCO LA INVESTIGACIÓN, TENGO LA FUENTE Y SÉ INTERPRETAR Y PRESENTAR UN TRABAJO.

Decidió fortalecer su posición ante Camila a partir de ese punto. Aunque nunca podría saber cuánto cobraba ella. Por lo demás, la relación seguiría igual, visitas periódicas y sexo del bueno.

Fue al segundo punto.

Ahora tenía todo más claro. Estaba trabajando sobre datos bastante firmes, ya había encontrado un marco teórico bastante promisorio en la psicología analítica y en unos antiguos escritos de San Agustín y más recientemente de Frances Yates, junto a un viejo tratado titulado *Ad Herennium*. Con eso y alguna cosa de Sheldrake podría dar forma a un marco teórico interesante. Entonces aparecía una segunda alternativa: en caso que Camila y los de Estados Unidos se pusieran muy pesados, tomaría bajo su cuenta lo investigado y publicaría él mismo una serie de artículos para Science. Y que se conformaran con lo que ya les había entregado, el interés de ellos no era para nada científico en todo esto. Y a propósito, ¿por cuál razón investigaban todo esto? ¿y por qué el interés en los nombres de los participantes? ¿por qué no se interesaban en el marco teórico que diera solidez a todo lo experimentado? Martín pensó un buen rato y subrayó las tres preguntas. Aquí había algo oculto, e importante a juzgar por las enormes cantidades de dinero que dispensaban. Pero oculto... y sórdido.

Pasó al tercer punto.

La Experiencia en sí. No podía negar que se sentía muy asombrado y conmovido por los resultados obtenidos y cómo se comprobaban con los evangelios. Era un todo coherente, más allá que se apartaba mucho de lo convencional en el tema, era coherente, olía a verdad. Y aquí definió la pregunta que lo presionaba desde algún lugar un poco profundo de su mente: “¿Qué tengo que ver yo en esto?” Porque Martín había llegado a convencerse que todo esto estaba ligado, y todos ellos, tal como había dicho Carlo. Y por otra parte no dejaba de ver la acuciante circunstancia presente de su vida en la cual estaba presionado por temas de sexo y de

relación, temas de poder, temas de dinero, temas de... filosóficos profundos, logró definir. Y... temas de lealtad... Acá sintió un gran vacío interior. No tenía ni solución ni punto de abordaje para eso. No sabía qué hacer. Mencionar a esa gente los nombres de sus amigos se le antojaba algo como una delación. Y un peligro, no sabía el porqué, pero presentía un peligro. ¿Y si hablaba con ellos y les proponía participar? No, no lo aceptarían, y tendría que informarles de los contactos que había hecho. Y comprendió que la traición ya había comenzado. Sí, odió el término, pero era lo justo: **TRAICIÓN**, escribió con grandes caracteres y apretando demasiado el lápiz al punto de romperlo. Martín comenzó a revisar toda su vida. Cuántas veces...

En un arranque de furia destrozó todo lo que había escrito.

Encendió un cigarrillo y procuró calmarse.

Tenía que entender porqué había hecho esto, por qué su vida era así. Y sólo había una manera de hacerlo, ahora lo tenía claro.

CAPÍTULO 29

Felipe hacía rodar la taza de café en sus manos mientras su mirada vagaba, desenfocada.

Mercedes y Carlo esperaban, observando con cierta preocupación al joven.

-Intenté viajar solo- dijo –y lo logré. Varias veces.

Carlo se enderezó y Mercedes se mordió los puños.

-Es peligroso...- advirtió Carlo.

-Tú lo has hecho.

-Eh... sí- tuvo que admitir.

Felipe asintió.

-No me resultó difícil, y siempre pude controlar el viaje así como las coordenadas.

-¿Por qué?- fue la pregunta y el reclamo de su hermana –¿qué necesidad...?

Felipe la miró sonriendo.

-Una necesidad enorme, hermana. Te diré que esto es una oportunidad mucho más grande de lo pensado.

-¿A dónde llegaste?- preguntó Carlo.

Felipe los miró.

-Como les dije antes: a Grecia. Quinientos años antes de Cristo.

-¿Por qué allí precisamente?

-Lázaro también viajaba, ¿recuerdas? Y cuando hicimos la experiencia, yo llegué en un momento en que estaba enseñando la técnica a mi antepasado, al que yo vi junto a él. Allí incorporé un conocimiento y una información un tanto confusas, una mezcla de las conversaciones entre ellos y una vivencia de las técnicas de viaje. Y sin quererlo, hice un salto a una coordenada diferente. No sabía dónde me encontraba, pero fue fácil reconocer la arquitectura y la vestimenta. Estaba en medio de un ágora. No había mucha gente. Era de noche, y un maestro parecía orar. Varios me vieron, pero no se asombraron, me pareció que estaba en medio de una ceremonia que propiciaba esos contactos, por eso fui atraído. Por lo menos así lo sentí, es difícil precisar las cosas en ese estado.

Carlo asintió en silencio.

-Y me di cuenta de que junto al maestro, estaba en estado de trance un joven... ¡que era yo!

Carlo y Mercedes se acomodaron en sus asientos.

-De inmediato sentí la atracción que decías tú, Carlo. Me acerqué, pero no me dejé integrar. Él, es decir, yo, tampoco me permitía hacerlo. Quería... quería ver el futuro. Se lo permití. Y cuando lo hizo se tomó la cabeza con ambas manos, debe haber sido algo muy fuerte. Al rato se calmó. Entonces yo pude sentirlo a él. Y comencé a comprender mi vida actual. Lo ví llorar, estaba emocionado. Fue entonces que el maestro que conducía la ceremonia comenzó a cerrar. Me sentí algo alejado, desprendido. Pero en ese momento Argo me miró. Sí, se llama, o me llamaba, Argo. En ese estado de unión acordamos volver a vernos, construimos un puente. Yo puedo volver cuando quiero a él, y él puede ver el futuro.

-Eso del puente, es algo nuevo- manifestó Carlo.

-Es fácil, basta la voluntad de quien se encuentra en el pasado y un estado mental adecuado. Después, cada vez que se usa, se fortalece.

Carlo asintió en silencio.

-¿Y aun te mantienes en contacto con Argo?- preguntó Mercedes.

Felipe le sonrió.

-Sí, he viajado varias veces más en estos días. A tiempos diferentes, posteriores. Ahora Argo es una especie de oráculo, en Delfos. Me ha pedido que estudie historia, para poder comprender el futuro. Hasta ahora solo había tenido una visión de esta época presente y quedó muy confundido. Ahora yo estudio y él me lee. Entonces puede desempeñarse como oráculo. Está totalmente consagrado a eso. Pero se siente solo, muy solo. Está totalmente aislado del mundo.

-Hay algo que no me cierra- intervino Carlo –en Delfos eran solo mujeres, normalmente vírgenes consagradas. Las famosas Pitonisas.

Felipe lo miró y sus ojos se llenaron de lágrimas. Mercedes se sentó a su lado y lo abrazó.

-¿Qué pasa?- preguntó Carlo, extrañado.

-No solo eran mujeres, Carlo. Pero sí debían ser vírgenes.

Carlo lo miró boquiabierto.

-Tú...

Felipe asintió.

-Soy una cosa extraña, soy asexuado. No tengo inclinación sexual alguna. Me atrae cualquier persona con un sentimiento de amor. Se produce una colisión entre mi naturaleza y mi alma. Y eso me ha confundido toda la vida. No sé qué soy. Por eso soy un solitario. Y sufro.

Mercedes lo abrazó fuerte y no pudo evitar las lágrimas.

-Esto solo lo sabe Mercedes. El día que intenté hablarlo con papá no llegué a definirlo bien. Tan solo obtuve una mirada de profundo desprecio y no me dejó terminar, se fue. Al otro día mamá no me hablaba.

-Pensamos en hablar con algún profesional, con un psicoterapeuta- agregó Mercedes –pero todos lo querían “curar”. Y Felipe no estaba enfermo de nada, ¡quería comprender! Abandonamos rápidamente todo intento. Y finalmente Felipe se aisló de todo y de todos.

Felipe los miró casi con desesperación.

-Yo quiero vivir allá- dijo con voz quebrada –allá soy alguien, me aceptan. Tengo amigos. Y mi extraña condición es una virtud.

-¿Qué quieres decir?- preguntó Mercedes con alarma -¿quieres... morir?
Felipe la miró sonriente.

-La muerte no existe. Como bien dice Carlo. Es solamente desplazar el alma a otro tiempo.

-¿Y allá...?

-Me fundo conmigo mismo en ese tiempo. Y confío que mantendré el recuerdo. Y no voy a aislarme de la sociedad, como hice entonces y ahora. Voy a recomenzar.

Carlo pasaba la mano por su cara sin saber qué decir. Mercedes continuaba.

-¿Y no te veremos más?

-Claro que sí, construiremos un puente en el tiempo.

Mercedes, desesperada, miró a Carlo.

-¿Se puede?

-Sí... al parecer sí.

Mercedes no aguantó más, se echó a llorar.

-¡Es lo mismo!- casi gritó -¡es la muerte, es tu muerte! ¡Tendremos que disponer de tu cuerpo, hacer el velatorio, todo! ¡Es... horrible!

Felipe la acarició.

-Deja que yo me ocupe de eso hermanita. No sucederá nada de lo que dices. No soy feliz, tú lo sabes. Allá puedo recomenzar, en conciencia. Y tal vez, en otra vida, ya me pueda aceptar. No hay oráculos vírgenes en este siglo. Ni se aceptan a seres como yo. Hasta nuestros propios padres me negaron.

Mercedes asintió en silencio sin parar de llorar.

Carlo no sabía qué decir.

-¿Cuándo... te vas?- preguntó al fin.

-Pronto, mañana, casi seguro.

Y Mercedes volvió a llorar desesperadamente y a abrazarlo.

-No me llores hermanita. Nos veremos pronto. Te lo prometo.

Mercedes miró a Carlo, desesperada.

Éste movió la cabeza sin saber qué decir.

-Pero... ¿estás seguro, Felipe?

Felipe lo miró sonriente.

-Completamente, amigo mio, completamente. Es mi felicidad, algo que nunca tuve. Tengo derecho a vivirlo. En el tiempo que sea.

Carlo y Mercedes asintieron en silencio. Ella no podía parar de llorar.

Y Carlo sentía que todo eso lo desbordaba, que sus convicciones estaban siendo puestas a prueba. Una vez más. Por su causa ese muchacho iba a buscar la muerte. ...¿la muerte? Él era el primero en decir que no existía, y se lo decía a todos. Pero cuando se enfrentaba al hecho, los millones de años de la experiencia humana caían implacablemente sobre su ser gritando e imponiendo una tragedia que habían vivido, y viven, todos los seres vivos del universo. Y en ese momento debía negar la muerte. Sintió que sus fuerzas morales flaqueaban, recordó a Martha "aun la necesito", recordó sus propias experiencias, las conversaciones con Boff y Ur. Y no pudo evitar sentirse responsable de lo que estaba sucediendo.

"No son seres tibios e indecisos que necesitamos para este trabajo. Se debe ser fuerte para aceptar la responsabilidad en conciencia."

El pensamiento lo sorprendió, no tenía idea de dónde venía. Pero no era la primera vez..., no, no lo era.

El sol comenzaba a bajar un par de horas después de mediodía, cuando Felipe remando vigorosamente en su tabla de surf, se internó en el mar a la altura de la playa de Manantiales.

Apuntó hacia el sur. Y remó y remó, luchando contra el mar que estaba un tanto picado. No supo cuánto tiempo estuvo así, no quiso mirar hacia atrás, pero sabía que la costa había desaparecido desde hacía ya mucho rato. Las olas eran cada vez más grandes y el viento aumentaba. Era casi de noche.

Felipe supo que el momento se acercaba. Sus fuerzas menguaban y las olas eran enormes. Masas oscuras que se levantaban frente a él, enormes vacíos en los cuales caía sin saber cómo.

Hasta que la vio. Supo de inmediato que esa era la ola. Su ola.

Felipe giró con un potente golpe de brazo y se aprestó a tomarla. Remó con energía, la tabla comenzó a elevarse desde popa y Felipe se irguió. Cuando sintió aquella conocida sensación de silencio y una leve ingravidez, cerró los ojos, disfrutó un poco más y se concentró.

Felipe comenzó a entrar rápidamente en su trance, una sensación agradable y familiar. Comenzó a desprenderse de la noción de movimiento y de sus piernas manteniendo el equilibrio. Ya no sentía el frío del viento y del mar. Su mente pareció elevarse, casi desprenderse.

Nunca sintió el romper de la ola y su cuerpo cayendo al mar. Ni sintió el lento descenso al fondo del océano.

Felipe ya estaba miles de años atrás.

Se encontró, se fundió en sí mismo. Su conciencia se expandió hasta límites que nunca había conocido.

Y una enorme felicidad inundó al nuevo ser.

CAPÍTULO 30

Martín entró en una cafetería de la Avenida Gorlero, pidió un “capuchino”, con bizcochos y abrió el diario El País. Ojeó sin leer las primeras páginas y se detuvo. Algo lo había impresionado en página tres. Volvió rápidamente y leyó:

Dos extraños accidentes se verificaron en la tarde de ayer en Punta del Este. El primero de ellos ocurrió en inmediaciones de la Avenida Roosevelt, donde una conocida confitera de Maldonado, la señora Celia Pérez, encontró una muerte terrible al haberse precipitado desde un décimo piso. Se desconocen las causas del hecho. A pocas cuadras de allí corrió la misma suerte el doctor Julián Cuenca, un médico cordobés que pasaba sus vacaciones en nuestro principal balneario. También este conocido profesional se precipitó de un décimo piso. Lo más curioso, y que despierta fuertes sospechas en la policía local, es que ninguna de las víctimas vivía en los edificios en los cuales sucedieron los hechos. La hipótesis de un suicidio se aleja considerablemente. No existe relación alguna entre ambas personas y se carecen de pistas hasta el momento.

Martín quedó petrificado. Tragó saliva y cerró el diario. Pensó, mientras el capuchino se enfriaba en la mesa del bar. Algun paseante mañanero lo miró con curiosidad, estaba muy pálido.

Martín sacó su celular, buscó y digitó el número de Camila. Esperó un tiempo que le pareció eterno y finalmente escuchó la conocida voz anunciando que el celular estaba seguramente apagado o fuera de alcance.

Nerviosamente, Martín llamó a la secretaria de Claudio. Al rato lo atendió la voz seca y desagradable de la secretaria. Martín se identificó y preguntó por Claudio, explicando que no podía comunicarse con su teléfono.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea.

-¡Hola, hola!- dijo Martín, nervioso.

Al fin la secretaria habló, apenas podía hacerlo.

-El señor Montesor... se suicidó... ayer...

Martín interrumpió la comunicación. Estaba sudando.

Volvió al puesto de diarios y compró El Clarín, de Buenos Aires. Lo ojeó con desesperación. Y allí estaba, en las páginas policiales:

Una joven que se desempeñaba como escort de alto nivel, se suicidó ayer en circunstancias extrañas. La joven, que fue identificada como Camila Puyrredón...

Martín no pudo leer más. Sentía ganas de vomitar. Pagó y comenzó a andar sin rumbo. Poco a poco una idea tomó forma en su mente. Todo conducía a lo mismo.

Llamó a Carlo.

La humedad de la noche comenzaba a caer mientras Carlo Y Martín conversaban en la barbacoa. Martín propuso ir adentro. Habían convenido encontrarse allí a expreso pedido de Martín para evitar la presencia de Mercedes. No quería preocupar a la muchacha por la cual sentía ahora un afecto profundo y sincero.

Cuando Martín finalizaba su relato se dio cuenta que para culminar, había contado la historia de su vida. Una historia de lucha, de infinitas postergaciones y de traiciones. Una historia que, vista en esta perspectiva, parecía un film al cual Martín se negaba a poner un nombre. Era una historia que Martín de alguna manera quería terminar bien, dignamente. Y para ello estaba dispuesto a cualquier cosa.

Cuando Carlo le contó lo sucedido con Felipe, Martín apretó las mandíbulas.

-Era..., es un muchacho valiente. Muy valiente.- fue todo lo que dijo.

Ambos hombres se miraron. Y no hablaron. No hacía falta.

-Y entonces...- preguntó Carlo -¿quieres hacer tu viaje al pasado?

-Sí- respondió con determinación -debo saber por qué he vivido así, por qué mi vida ha llegado a este punto en que puedo morir... sin explicación.

-Y esa gente... ¿puede llegar a nosotros?

Martín lo miró muy fijo.

-Solamente a través de mi. Porque ahora están satisfechos con haber asesinado a un par de inocentes... Por culpa mia... - agregó tratando de controlar su emoción y su desgarrador remordimiento.

Carlo no quiso pensar en el diálogo sin palabras que se tejía en el fondo de esa terrible situación. Tenía que resolver el sentido de otra vida, para eso estaba. Y sabía, sí, lo sabía, que de esa experiencia iba a salir toda la solución.

-Comencemos con el viaje- dijo al fin con un suspiro.

Disimuladamente Martín apretó el botón de la grabadora de su celular en el bolsillo.

Durante el retroceso, Martín tuvo que pasar por la agonía de mil recuerdos desagradables. “Una vida miserable”, había concluido en su revisión anterior.

Carlo se percató de ello y lo condujo con suavidad para salir lo antes posible de situaciones de angustia. No podía dejar que Martín arrastrara ese resentimiento al pasado.

Cuando saltaron hacia atrás del nacimiento, Carlo se tomó su tiempo para que Martín pudiera borrar lo anterior.

Entonces lo llevó hacia atrás, hacia la coordenada de espacio tiempo que definía la vida de todos ellos.

Poco tiempo le tomó a Martín, o mejor dicho, al ser que viajaba, el darse cuenta que estaba en la antigua Palestina de los tiempos de Jesús.

Martín encontró a su maestro, al ser que su alma buscaba sin que él lo supiera.

Estaba allí, sentado sobre un bote viejo, en compañía de otro joven... ¡que era él mismo!

Cuando se reconoció, Martín se mantuvo apartado. Pero vio que su maestro le sonreía.

-Te veo. Te veo, viejo amigo. Te esperaba.- le dijo. Y a continuación dirigió unas palabras al joven que se apartó de allí.

-No puede verte. Recién está aprendiendo todo. Habla, habla, ángel del Señor.

Martín formó las palabras en su mente y sintió que su amigo las comprendía de inmediato, captaba la idea antes de ser formada en palabras. Al poco tiempo se acostumbró a ese tipo de intercambio.

Sintió cómo su amigo le contaba con entusiasmo que estaban en los momentos decisivos de la vida y la misión del Rabí. Supo que era su preferido entre los otros discípulos. Que él podía viajar en el tiempo y que su alma venía de tiempos desconocidos, donde todo se había originado por el concurso de seres extraños.

-Barbeló, Barbeló- repetía su amigo –es el dios femenino, el Creador. Es su reino al cual pertenece mi alma. Y el Rabí me pide que le explique. Él descende de lo masculino, de lo innombrable. Él es Hojmá, la Sabiduría infinita, la fuerza de la vida. Yo desciendo de Binah, la vida en sí misma, la Inteligencia de la creación. Yo debo hacer que él adquiera forma. Esa es la misión.

Martín quiso saber cuál era la misión del Rabí.

Sin perder su alegría su amigo le explicó.

-Estamos haciendo la historia, ángel del Señor. La historia que tú conoces. Y se requiere un holocausto, un máximo sacrificio de sangre. Un grandioso acto de magia para que alcance a las generaciones que vienen. Solo ellas podrán comprender lo que hoy vivimos. El Hijo del Hombre ha nacido en el Rabí, pero su cuerpo debe morir para gloria del Señor. Por eso mi joven discípulo ha ido a delatar dónde el Rabí se encuentra, Él está preparado. Ha visto el futuro, en otro ángel, y quiere que esto se consume, ya.

Martín comenzó a comprender todo el alcance de la tragedia en la cuál él mismo había estado comprometido... ¡más de dos mil años atrás!

Su amigo seguía hablando.

-Ahora te pido mi ángel, varón del Señor. Déjame ver el futuro a través tuyo, quiero saber cómo se producirá esto que estamos creando desde hace eones. Esta epopeya en la que han intervenido fuerzas y seres magníficos para culminar en nosotros, unos simples mortales que han encontrado su alma en el tiempo. Déjame ver el futuro, mi ángel. El Rabí me habló de una gran generación del futuro que comprendería todo.

-Sí, mi amigo, sí. Pero antes dime tu nombre.

-Soy Judas, Judas Iscariote. Discípulo predilecto del Rabí, compañero de su eternidad.

Antes de que el alma de Martín pudiera reaccionar por la tremenda revelación que lo había golpeado, el alma de Judas se integró con la suya. Y Judas vio su futuro.

Cuando se separó, el horror y la tristeza más profunda se pintaban en su rostro.

-¡Noooo!- dijo con un alarido -¡No puede ser! ¡Nooooo!

Y salió despavorido.

El alma de Martín experimentó un pequeño salto, un cambio de escenario. Lo suficiente como para ver el cuerpo de Judas Iscariote colgando de la rama de una higuera.

Cuando Martín volvió a su presente estaba moralmente destrozado.

-Fui yo, fui yo- no paraba de decir -fui yo quien hizo la traición, Y lo culparon a él, a mi maestro y amigo. ¡Y se mató! Esa es mi vida: traición y muertes. Todo por mi culpa.

Y se tomó la cabeza con ambas manos.

Carlo le pasó un brazo por los hombros.

-Calma mi amigo, calma. Es tu alma que está aprendiendo. Los seres humanos somos muy simples, obramos sin conciencia.

Martín no tenía consuelo. Con los dientes apretados y las lágrimas en el borde de sus ojos casi gritaba.

-Tengo que solucionar todo esto, Carlo. Es una tremenda injusticia. La historia distorsionó por completo el mensaje original. Y para peor, ¡lo transformó en el paradigma del traidor! Se debe saber quién era Judas. ¡Y era mi amigo!- clamó una vez más.

Finalmente se calmó.

-Hay una sola forma de arreglar todo esto- explicó -Tú la sabes. Y además, debo escribir su historia. Se debe saber.

Ambos hombres se miraron. Sus almas casi desbordadas por la conciencia de la tragedia y de su solución.

Carlo no pudo evitar las lágrimas.

“Otra vez, Dios mio, otra vez...”

Sintió el implacable silencio de seres invisibles que lo observaban desde más allá del tiempo. Y también se sintió confortar. No, no estaba solo.

Se abrazaron fuertemente con Martín.

Cuando se separaron, Martín estaba tremendamente emocionado.

-Estamos haciendo la historia, mi amigo. Estamos poniendo hechos en el tiempo. Mi vida no es en vano. Gracias a ti- dijo.

Carlo no supo qué responder. Lo miró largamente, lo abrazó una vez más. y se fue.

Martín apagó la grabadora.

Se sentó, estuvo un largo rato reflexionando. Al final estaba satisfecho.

Encendió la grabadora, escuchó, y borró la parte final, en la que Carlo daba indicaciones para el regreso.

Hizo tres respiraciones profundas y la reencendió. La suave voz de Carlo comenzó a guiarlo nuevamente.

Al llegar a la coordenada, vio al joven llorando, desesperado.

Y se fundió con él.

Días después terminó de escribir una historia sobre una serie de papiros. Los metió en ánforas de barro, cargó todo en un burro y partió hacia el desierto.

Después de varios días encontró una región de cuevas, cerca de Beni Masar, en Egipto.

Penetró en una de ellas y lo dejó en el fondo, a unos tres metros de profundidad.

Siguió su viaje hasta Kenoboskión, no muy lejos de allí. Localizó una cuevas y realizó la misma operación con las ánforas que le quedaban.

Ahora sí, la historia estaba mejor construida. Lo demás, era la búsqueda de la verdad por parte de las generaciones venideras.

El joven se fue satisfecho. Su alma tenía una nueva oportunidad.

CAPÍTULO 31

Mercedes se tomaba la cara con las manos en gesto de desesperación.

-No puede ser. Felipe..., ahora Martín... Todo esto es terrible.

-Fui a su casa a ver cómo estaba y lo encontré sentado, sonriendo. Aun con los micrófonos de su celular en la cabeza. Había grabado la guía de meditación que yo había hecho. Y había dejado una nota: construyan un puente.

-¿Y nosotros, qué va a ser de nosotros, Carlo?

Él la abrazó.

-Tenemos toda la vida... y el tiempo... por delante, Mercedes.

-¿No nos van a encontrar?, me refiero, a los que hicieron eso con esa gente...

Carlo negó con la cabeza.

-No hay forma. El único nexo era Martín. Fue otro de los motivos por los cuales tomó esa determinación

Mercedes quedó pensativa.

-Recompuso su vida- dijo al fin –murió dignamente. Como él quería.

Pensó por un rato y agregó.

-¿Logrará escribir la verdad de los hechos?

Carlo se levantó, fue hasta la biblioteca y trajo dos libros pequeños.

-Al parecer sí lo hizo- manifestó poniendo los libros sobre la mesa –Y es posible que haya hablado también de tu experiencia.

Mercedes los miró con curiosidad.

“El evangelio de Judas” y “El evangelio de María Magdalena”.

Mercedes miró a Carlo, perpleja.

-Pero... no entiendo. Esto estaba escrito antes de que él viajara. Y lo mismo con tu experiencia relatada en el Evangelio de Felipe- agregó al recordar el hecho.

Carlo abrió los brazos en gesto de impotencia.

-Así parece. Tal vez es como dice Einstein, el tiempo no existe, es una ilusión por la sucesión de los hechos. Todo es un eterno presente, una gran tela donde se insertan hechos. No lo sé... por ahora- agregó pensativo.

El sonido del timbre de la puerta de entrada los sacó de su reflexión.

Carlo fue a abrir.

Era la señora Boff.

Entró y saludó a Mercedes con una inclinación de cabeza.

-Mercedes...

No hubo necesidad de presentación. Mercedes también sabía quien era ella.

La señora Boff se sentó en la punta del sillón. Mercedes no pudo evitar notar que el sillón no se hundía bajo su peso.

Boff se dio cuenta de su mirada y le sonrió.

-Este trabajo está terminado- dijo sin preámbulos. -Ha sido perfecto, a pesar de todo. Y aprendimos mucho.

-¿Y entonces, que hacemos nosotros ahora?- preguntó Carlo.

Boff los miró alternativamente a uno y otro.

-Lo que quieran- dijo. - Pueden elegir hacer lo que hago yo, es decir, seguir en este plano buscando gente que está en el umbral y ayudarlos, o bien buscar la tumba de Jesús, o vivir donde quieran. Y cuándo quieran.

-¿Podemos correr algún peligro con esa gente?- preguntó Mercedes.

-No. Dijo secamente- Ustedes ahora pertenecen a una Hermandad, siempre estarán protegidos.

-¿Y qué es esa Hermandad?- inquirió Carlo.

Boff los miró con cierta dulzura.

-Tienen mucho para aprender aun. Estaremos en contacto, siempre- dijo.

Y súbitamente la atmósfera de la habitación cambió, todo se hizo más luminoso, mientras el cuerpo de la señora Boff, aun sonriente, se disolvía lentamente ante sus ojos.

Lo último que vieron antes de que desapareciera del todo, fue la nítida imagen dorada de una cruz con una rosa enlazada. Se mantuvo un tiempo y estalló muy suavemente devolviendo al ambiente su textura original.

Carlo Y Mercedes se miraron asombrados.

Sí, tenían mucho que aprender y experimentar antes de decidir sobre el destino de sus vidas.

Y lo harían juntos.

FIN

APÉNDICE

Para quienes deseen profundizar y comprender estas prácticas de retrocesos con la memoria, acá les dejamos el excelente artículo de Arsgravis presentado por Luïsa Vert. Aquí, por razones de practicidad, hemos omitido las ilustraciones. El artículo completo lo podrán leer en:

<http://www.arsgravis.com/?p=4760>

Gracias, Arsgravis.

Gracias, Luïsa Vert.

El arte de la memoria

Sobre el contenido hermético del Arte de la Memoria a través de los ejemplos de dos grandes personajes renacentistas que lo utilizaron Giulio Camillo y Giordano Bruno. Luïsa Vert.

Nadie será instruido si no busca la instrucción, / Nadie será curado si no busca la curación, / Nadie será salvado si no busca la regeneración

El Mensaje Reencontrado 36, 84'

I. Presentación

Gracias a un magnífico estudio elaborado por Francés Yates se despertó en nuestros días el interés sobre un arte olvidado que consistía precisamente en recordar. Se trata del Arte de la memoria; unas palabras evocadoras que engloban un conjunto de sistemas mnemotécnicos que desde muy antiguo han servido para ordenar la memoria. Su origen se sitúa en la aparición de un tratado titulado *Ad Herennium*, que un desconocido maestro compiló unos cien años antes de nuestra era.

Durante la Edad Media, los grandes Padres de la Iglesia, como san Agustín o san Alberto Magno utilizaron este Arte como un instrumento al servicio de la retórica. Su técnica consistía en imprimir en la memoria una serie de *loci* o lugares imaginarios en los que se depositaban las ideas a recordar, representadas por imágenes mitológicas o emblemáticas. El orador, desplazándose mentalmente a través de todos estos *loci*, iba extrayendo de ellos las imágenes que le servían como inspiradoras de las ideas que quería expresar. De aquí a utilizarlo como un sistema mágico destinado a

despertar el recuerdo primordial enterrado en el hombre, sólo había un paso que fue dado por los sabios renacentistas.

Sin embargo, antes que los humanistas del Renacimiento, fue Ramon Llull quien unió las dos corrientes clásicas del pensamiento: la platónica y la hebraica en su *Arte Combinatoria* que se basaba en la meditación y combinación de las Dignidades divinas. Al situar dichas Dignidades en los lugares representados dentro de los círculos móviles de sus esquemas combinatorios, Llull fue el primero en convertir el Arte de la Memoria en un medio de conocimiento metafísico, alejado del sistema puramente retórico conocido hasta entonces y que sólo se utilizaba para memorizar.

Durante el Renacimiento, el Arte de la Memoria alcanzó un gran esplendor convirtiéndose entonces en un arte hermético o mágico utilizado por los grandes sabios y artistas del Renacimiento. Todavía hoy se pueden admirar en algunos palacios de la época, hermosas habitaciones decoradas con alegorías mitológicas que responden a sistemas mnemotécnicos.

Mediante el Arte de la memoria se pretendía penetrar en los misterios mágicos y cabalísticos que preocupaban a aquellos sabios, de modo que a partir de unas alegorías o emblemas hechos a imagen del mundo celeste, se quería despertar la memoria profunda dormida en el interior de cada ser humano, memoria de su auténtico origen y destino final. Para la filosofía renacentista que bebió tanto de los escritos herméticos como de la cábala hebraica el recuerdo tenía mucho que ver con el despertar del hombre interior, el único destinado a la regeneración.

Intentaremos buscar el contenido hermético del Arte de la Memoria a través de los ejemplos de dos grandes personajes renacentistas que lo utilizaron Giulio Camillo y Giordano Bruno.

II. El Teatro de Giulio Camillo

Giulio Camillo (1480- 1544), fue uno de los hombres más conocidos del s. XVI. Literato, filósofo, maestro de retórica y conocedor de la cábala y la alquimia, concibió un teatro basado en el Arte de la memoria cuya fama se extendió por toda Europa. Cesare Vasoli en su artículo sobre el hermetismo en Venecia proporciona unos datos muy interesantes sobre este personaje y sus obras que confirman la visión que vamos a dar de su Teatro del Mundo, pues su conocimiento de la cábala, el hermetismo y la alquimia de Camillo ya no admiten dudas.

En Venecia construyó un modelo de su teatro a escala reducida, visto por muy pocos, pues lo único que ha llegado hasta nuestros días son unos

apuntes que Camillo dictó a su discípulo Girolano Musio poco antes de morir. Otro de sus discípulos, Jacopo Brocardo, llamado el “profeta” en los ambientes alemanes de la época, estuvo, según Vasoli, en el origen del mito rosacruciano.

Volviendo a Camillo, sus apuntes se publicaron en 1550 bajo el título de *La idea del teatro*, y están dedicados a don Diego Hurtado de Mendoza. Si bien este texto es de los más conocidos de este autor no fue el único, escribió también una obra breve llamada *De transmutatione* en la que afirma que son tres las “artes transmutativas”: la elocuencia, la alquimia y la deificación, que aluden a tres aspectos de la realidad: las palabras, las cosas naturales y la interioridad del hombre. Y otras dos obras, creemos que fundamentales, al final de su vida, la primera titulada: *Sermone della cena di Nostro Signore Giesu Cristo* y la segunda: *De l’humana deificatione*, en las que domina la inspiración hermética, cabalística y como puede intuirse por el último título, la alquímica.

En efecto, Camillo era un firme seguidor de las enseñanzas herméticas sobre la divinidad de la *mens* del hombre, extraídas del *Corpus Hermeticum* y con Hermes creía que no se debía “hablar públicamente de las cosas de Dios, sino con enigmas” (*La idea del teatro*, p. 47), por eso él mismo se “sirvió de las imágenes como señales de lo que no debe ser profanado” (*La idea del teatro*, p. 48) con el fin de que mediante las cosas visibles el hombre pudiera despertar el recuerdo de las invisibles, así su teatro representaba el Universo, expandiéndose a través de los distintos estadios de la creación.

Esta idea se confirma por una carta dirigida a Erasmo de Rotterdam, escrita por el humanista Vigilius y citada por Yates, en ella detalla el objetivo del teatro de Giulio Camillo del siguiente modo:

“Pretende que todas las cosas que la mente humana puede concebir y que no podemos ver con los ojos corporales, una vez que se las ha congregado con diligente meditación, se las puede expresar con determinados signos corporales, de tal suerte que el espectador puede al instante percibir con sus ojos todo lo que de otro modo quedaría oculto en las profundidades de la mente humana”.(*El arte de la memoria*, p. 159).

Lo que permanece “oculto y olvidado en las profundidades de la mente humana”, es el recuerdo de su origen celeste, el drama de la caída y la posibilidad de la regeneración mediante la ayuda de la gracia divina y eso es precisamente lo que Camillo quería manifestar en su obra pues como él mismo escribe:

“Nosotros, a quienes Dios ha dado la luz de su gracia, no nos podemos conformar con quedarnos en los cielos sino que con el pensamiento tenemos que elevarnos a aquella altura de donde nuestras almas han bajado, y a donde deben regresar, puesto que este es el verdadero camino del conocimiento y la comprensión” (*La idea del teatro*, p. 56)

El teatro se levantaba sobre siete gradas o peldaños, que constituían las siete dimensiones de la creación de lo celeste y de lo inferior, a estas dimensiones Camillo les da el nombre de sefirot en el mundo supra celeste. Las gradas estaban divididas por siete pasarelas que representaban a los siete planetas. En cada una de las pasarelas se hallaban siete puertas decoradas con temas mitológicos y mágicos; estas puertas eran los lugares de la memoria repletos de imágenes. Según Camillo el siete era el número perfecto “teniendo en cuenta que contiene ambos sexos, ya que está compuesto por un número par y otro impar” (*La idea del teatro*, p. 50).

El lugar del espectador estaba donde se hubiese tenido que situar el escenario, mirando hacia el auditorio y contemplando las imágenes que se hallaban en las siete veces siete puertas de las siete gradas ascendentes; ante él se encontraban, como en un espectáculo, las siete medidas del universo y sus emanaciones hasta alcanzar lo más concreto: el mundo supraceleste representado como hemos dicho por las sefirot, el celeste, por los planetas y sus mitos hasta llegar al séptimo grado dedicado a todas las artes hechas por el hombre.

La idea de su teatro descansaba básicamente en el número siete, que según los platónicos representaba el Alma del Mundo, sin embargo, este Alma, este oro espiritual y volátil, necesita ser fijado en un lugar, tal y como escribe Emmanuel d’Hooghvorst: “Hacer descender la magia de los mundos y fijarla en su lugar es también la obra de la cábala química” (*El hilo de Penélope*, p. 27); y eso es precisamente lo que creemos que Camillo quería enseñar. Simbólicamente, la unión del fijo y el volátil se representa por la construcción del templo. Camillo lo explica así:

“Salomón, en el noveno capítulo de los Proverbios, dice que la sabiduría se ha edificado una casa y que al ha asentado sobre siete columnas. Debemos inferir que estas columnas, que simbolizan la inalterable eternidad, son las siete sefirot del mundo supra celestial, que constituyen las siete dimensiones de lo celeste y lo inferior, en las cuales están contenidas las ideas de todas las cosas que pertenece a lo celeste y a lo inferior” (*La idea del teatro*, pp. 49-50).

Al relacionar su obra con el Árbol sefirótico, tema central de la sabiduría cabalista, Camillo se refería implícitamente al misterio de la creación del hombre regenerado. El Alma del Mundo, siempre en continuo movimiento, encuentra su Lugar en el hombre; por ello, Camillo situaba al espectador en el punto central de su teatro. Sin embargo, Giulio Camillo distingue entre el Alma del Mundo platónica y el espíritu que ella contiene, a éste último lo denomina “el espíritu de Cristo”, y dice de él que es aquel que “descendiendo de los canales supracelestes, renueva con su poder todos los cielos y traslada a los lugares inferiores la impronta y toda la influencia de éstos y con esta impronta e influencia se detiene aquí abajo entre los seres vivos... esta es seguramente aquella ciudad que Juan vio en el sagrado Apocalipsis, que descendía llena de júbilo” (*La idea del teatro*, p. 129) La ciudad santa de Jerusalén es precisamente el cielo en la tierra, es decir la imagen por excelencia de la regeneración.

Hemos dicho que en su teatro, Giulio Camillo trataba de representar el mundo celeste. Sin embargo, lo que en el teatro se mostraba no era un cielo sin límites, en perpetuo movimiento y errando sin final, sino un cielo ordenado, medido y fijado en su lugar, como él mismo escribe a continuación: “Así pues nos hemos esforzado enormemente por hallar, para estas siete dimensiones, un orden adecuado preciso y diferenciado que mantenga siempre los sentidos despiertos y la memoria estimulada” (*La idea del teatro*, p. 52)

Mediante las imágenes representadas en su teatro, pretendía despertar en el pensamiento del espectador el recuerdo de su origen celeste y sobre todo, el de la posibilidad de su regeneración. El pensamiento, según Camillo, está falto del don del intelecto que procede de Dios para volverse semejante a Él, (*La idea del teatro*, pp. 151 y ss.) sin embargo, puede recobrar su completa naturaleza divina por medio de la experiencia religiosa hermética. Es decir, a partir del recuerdo y del conocimiento de su origen, el hombre recobra el deseo de volver a él y ello es el principio ineludible para obtener la regeneración, pues no puede tenerse lo que no se desea y no se puede desear lo que no se conoce. Saber que lo necesario es algo “algo externo” al ser humano es el primer paso para obtener “el favor de Dios” que “nos es indispensable para conseguir el don de este intelecto” (*La idea del teatro*, p. 154)

Giulio Camillo como otros de sus contemporáneos, convirtió el arte clásico de la memoria en un arte hermético o mágico. En efecto, las prácticas mágicas del Renacimiento, ya se tratase de encantamientos poéticos o musicales, ya del uso de imágenes magnificadas, como en este caso, se dirigían a influir en el pensamiento del ser humano a fin de hacerle

recordar su origen, incitando este recuerdo hasta convertirlo en un imán capaz de atraer las influencias celestiales. Según la doctrina de Jámblico, que Camillo conocía perfectamente, el alma está compuesta de ritmo y armonía y cada vez que percibe algo que conserva la traza de la armonía divina, este algo le hace recordar su origen y la lleva hacia él.

En ello reside la magia, cuyo objeto como explicaba Pico della Mirandola, sería casar lo más alto con lo más bajo, es decir: la unión del cielo y la tierra. La memoria, al despertarse, excita el deseo que provoca la unión con la parte celeste. Conviene mencionar que en hebreo los conceptos 'recuerdo' (*zejer*) y 'macho' (*zajar*) se expresan con la misma palabra, aunque su vocalización sea distinta, así pues, el recuerdo dormido en el interior de cada uno sería precisamente la parte adámica que persiste después de la caída y que tiene que unirse con su ayuda celeste, o intelecto, para alcanzar la regeneración.

Isis, lo femenino, el volátil, el cielo, busca un lugar donde fijarse, el *locus*. Se ha dicho que los amantes de este Arte pretendían crear *loci* en la memoria, creemos que en realidad buscaban la creación del lugar, el lugar de la unión del cielo y la tierra.

III. La Memoria mágica de Giordano Bruno

A este dominico nacido en 1548, lulista convencido, sabio, mago convicto de herejía y viajero incansable, se le conoció también como un experto en el arte de la memoria. Publicó varios libros sobre el tema, considerándolo un arte mágico-hermético. *De umbris idearum* y el *Cantus circaeus* son sus primeros escritos sobre la memoria mágica, a los que siguieron *Explicatio triginta sigillorum*, *Lampas triginta statuarum* y *Sigillus sigillorum*. También compuso algunos tratados sobre magia como *De vinculis in genere* y *De magia*, basado este último en *De occulta philosophia* de Agrippa, del que fue un gran admirador. En la *Explicación de los treinta sellos* y en la *Lámpara de las Treinta Estatuas*, Giordano Bruno utiliza un sistema mnemotécnico inspirado en las figuras de Ramon Llull, considerando tales figuras como *lugares* de la memoria, que sustituyen la arquitectura imaginaria de un edificio de la memoria.

Estos *lugares* corresponden a las Dignidades o manifestaciones de la divinidad, imaginadas por Llull y también a las diez sefirot hebreas que Bruno amplía a treinta.

Es curioso constatar que tanto Giulio Camillo como Giordano Bruno se refieren a las sefirot hebreas como *lugares* de la memoria, y no podría ser

de otro modo ya que, como hemos visto, el origen y el fin del arte de la memoria es la creación del Universo divino, representado por las sefirot.

En la *Lámpara de las Treinta Estatuas*, Giordano Bruno utiliza el número treinta para describir otras tantas estatuas esculpidas en el interior de la memoria que representan distintas causas primordiales que forman la divina creación. Respecto al significado de una de ellas, Minerva, que según Bruno simboliza precisamente la memoria, escribe: “Representa la *mens*, lo divino que en el hombre refleja el divino universo. Ella es la memoria y la reminiscencia (...) por la escala de Minerva nos elevamos de lo primero a lo último” (*El arte de la memoria*, p. 338).

Aquí Bruno introduce un elemento interesante pues relaciona la memoria con la *mens* o el intelecto divino de Giulio Camillo y lo relaciona con la escalera que une lo más bajo con lo más alto. Etimológicamente, *Minerva* procede de *mens*, ‘pensamiento’, se trataría pues de una parte del Pensamiento divino que mueve el Alma del Mundo y que se aloja en el hombre dándole la vida por un tiempo. En este sentido, es un préstamo que Dios le confía cuando viene a este mundo. Respecto a este préstamo, un hermetista del s. XIV, llamado François de Foix escribió lo siguiente:

“Si usamos nuestros pensamientos según nuestro deber, conoceremos que poseen tantas esencias divinas que su llave, que es la voluntad, estará totalmente unida a Dios, como dice san Pablo (*Romanos VII*) quien, por su hombre interior, se deleita de la ley de Dios y la sirve según su pensamiento; al contrario, según la carne y sus concupiscencias, sirve a la ley del pecado. De aquí proviene nuestra ruina, ya que nos son tan familiares nuestros pensamientos mal empleados que, a menudo, pensamos que son cualidades de nuestra propiedad, sin considerar que nuestro pensamiento es una verdadera esencia divina, que nos es delegada para conducirla a la gloria, alabanza, servicio y obediencia a Dios, a cambio de rendir cuentas y ser juzgados por ello” (*Le Pimandre de Mercure Trismegiste*, pp. 27-28).

En lo escrito por F. de Foix reside el problema del libre albedrío del hombre, o, dicho de otro modo ¿cómo debería usar el ser humano del depósito divino a él confiado? La imaginación mágicamente animada y el recuerdo despertado eran según Bruno: “la única puerta de acceso y el vínculo de los vínculos” (*De Magia*, op. lat. III, p. 453), aquello que permitiría unir el alma del hombre con su fuente original. Para confirmarlo, en algunas de sus obras Bruno cita la defensa de la imaginación llevada a cabo por Sinesius en el *Tratado sobre los Sueños*:

“La inteligencia encierra en sí las imágenes de las cosas que son, el alma encierra las imágenes de las cosas que nacen; la imaginación es como el espejo en el que se reflejan, para ser percibidas por el animal, las imágenes que tienen su asiento en el alma... Es una gran felicidad tener la intuición de Dios, pero conocer a Dios por medio de la imaginación, he aquí la intuición por excelencia. La imaginación es el sentido de los sentidos, pertenece a la vez al alma y al cuerpo”. (*Oeuvres de Synesius*, p. 351).

Por medio de sus estatuas o sus sellos talismánicos creados para influir en la imaginación y despertar la memoria, Bruno pretendía provocar el proceso apuntado por Marsilio Ficino en su obra *De Amore*:

“Así como el espejo, alcanzado de algún modo por el rayo del sol, resplandece e inflama, por el reflejo de este resplandor, a la lana colocada cerca de él, igualmente, la parte del alma llamada oscura fantasía y memoria, como un espejo, es alcanzada por el simulacro de la belleza que toma el lugar del propio sol, por un cierto rayo que entra por los ojos resplandece e inflama, encendiéndose por ello la facultad de apetecer”. (*De Amore*, p. 190).

Bruno, al igual que Camillo, transformó el Arte de la memoria y convirtió una técnica racional y objetiva para aumentar la memoria, basada en el uso de imágenes, en un arte mágico religioso destinado a preparar la imaginación y despertar el recuerdo adámico sepultado en cada hombre, la débil llama destinada a atraer el divino fuego, tal y como está explicado en *El Zohar*, texto que tanto Bruno, ferviente admirador de Pico, como Camillo conocían perfectamente:

“Mediante el despertar de lo de abajo se produce el despertar de lo de arriba. Ya que nada se despierta arriba si antes no ha sido excitado desde abajo. Y las bendiciones de arriba no se encuentran sino allí donde hay algo, y no en lugares vacíos, donde no hay nada” (*Zohar*, vol. I, fol. 88^a).

En la actualidad el olvido de la humanidad es total, las hermosas estancias renacentistas adornadas con sus maravillosos sistemas mnemotécnicos son sólo residuos del pasado. Sin embargo, siempre habrá un lugar donde reavivar la memoria; se trata de los libros santos y sabios, donde bajo imágenes y símbolos se halla descrita la vía del recuerdo y de la regeneración del hombre. Respecto a ello está dicho en *El Zohar*: “El hombre que olvida las palabras de la Torá y que no quiere dedicarse a ella, es como aquel que ha olvidado al Santo-bendito-sea, ya que la Torá entera es el nombre del Santo-bendito-sea” (*Zohar*, vol. III, fol. 136^a).

Quisiéramos, para finalizar, aportar el testimonio de un cabalista cristiano de la época, llamado Johannes Reuchlin (1455-1522), autor de *De Verbo Mirifico* y *De Arte Cabalística*, en esta última obra trata de la importancia del recuerdo relacionado con el nacimiento del amor, la magia poderosa que vincula al amante con su amado:

“Su recuerdo atento nos lleva recíprocamente al amor de Dios, y a su vez el amor reaviva nuestra memoria. De aquel a quien amamos mucho, nos acordamos a menudo, según dice el proverbio: «Los que se aman se acuerdan de todo” (Ovidio, *Epístolas* XV, 43). Por eso es por lo que nos gratificó con el Tetragrama, no para que lo llamáramos con este Nombre, que es inefable. En efecto, ¿qué respondió el Creador a Moisés, cuando éste le preguntó: cuál es tu Nombre? Dios le respondió: Es IHVH, es decir, mi nombre para la eternidad y (*vav*, en hebreo) éste será mi Nombre, recuerdo de generación en generación”. (*De Arte Cabalística*, p. 231).

Se podría leer: Mi nombre para la eternidad es *vav*, este será mi Nombre, recuerdo de generación en generación. Respecto a esta *vav* existe un comentario rabínico que la relaciona con otra *vav* del versículo (*Éxodo* III, 16): «Dios de Abraham, Dios de Isaac y (*vav*) Dios de Jacob». El comentario dice: «*Vav* es el Dios de Jacob, *vav* es el recuerdo de generación en generación». La *vav*, es decir, la huella de Dios en el hombre, es el recuerdo y de él proviene la posibilidad de la regeneración.

Los cabalistas cristianos del Renacimiento rememoraron un camino seguido desde siempre por los amantes de la Sabiduría; es la vía del recuerdo, ya que, como hemos visto, el recuerdo es el inicio del amor.

Quien se acuerda de Dios ama a Dios...

El Mensaje Reencontrado 20, 37

BIBLIOGRAFÍA

- Camillo, Giulio, *La idea del teatro*, edición de Lina Bolzoni, Siruela, Madrid, 2006.
- Cattiaux, Louis, *El Mensaje Reencontrado*, Herder, Barcelona, 2011.
- Ficino, Marsilio, *De amore*, Tecnos, Madrid, 1994.
- Foix, François de, *Le Pimandre de Mercure Trismegiste*, Burdeos, Millanges, 1579.
- Giorgio, Franciscus, *L'Harmonie du monde*, trad. G. Le Fèvre de la Boderie, París, J. Macé, 1578. Ed. facs.: Neuolly-Siena, Arma Artís, 1978.

- Hooghvorst, Emmanuel d', *El hilo de Penélope I*, Arola, Tarragona, 1999.
- Reuchlin, Johannes, *La Kabbale (De Arte Cabalística)*, ed. F. Secret, Aubier Montaigne, París, 1973.
- Ruon, H. *Oeuvres de Synesius*, Hachette, París, 1878.
- *Sefer haZohar*, ed. Yehuda Ashlag, Jerusalén, 1945-1958.
- Vasoli, Cesare, "L'ermetismo a Venezia. Da Francesco Giorgio Veneto ad Agostino Steuco" in *Magia, Alchimia, Scienza dal '400 al '700. L'influsso di Ermete Trismegisto*. (A cura di Carlos Gilly y Cis Van Heertum), Florencia, Centro Di, 2002, vol. I.
- Yates, Francis, *El arte de la memoria*, Siruela, Madrid, 2005.